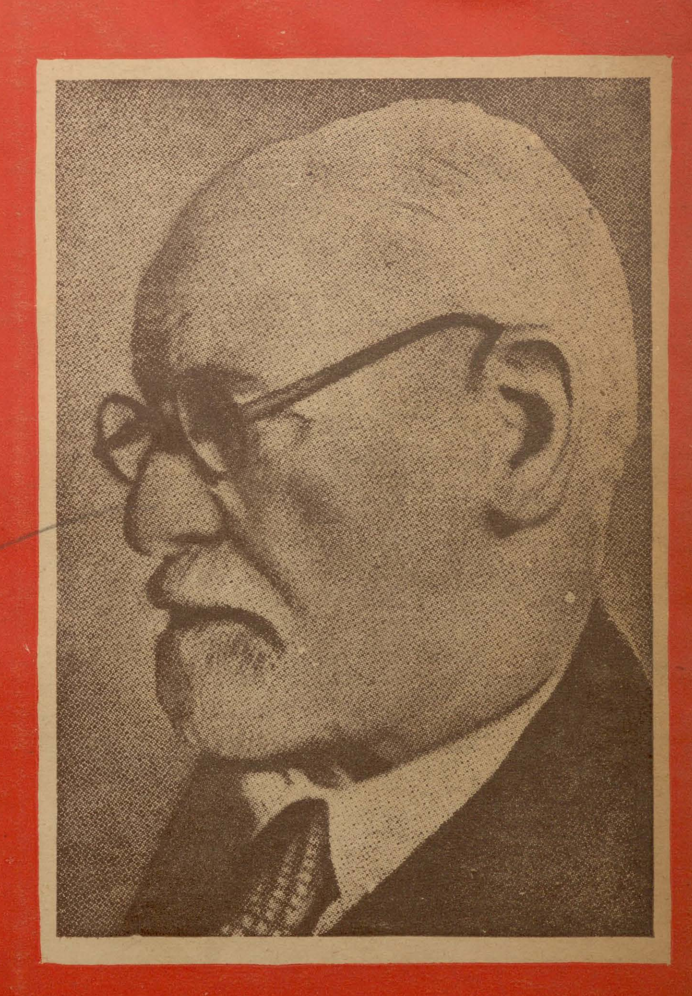
SIGMUND FREUD

EDICION PAX



AUTOBIOGRAFI

SIGMUND FREUD

BIBLIOTECA DE CULTURA



EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

SIGMUND FREUD

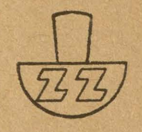
AUTOBIOGRAFIA

Seguida de

FREUD

por Stefan Zweig

TRADUCCION ESPECIAL PARA
ZIG-ZAG POR EL DOCTOR
HERNAN ROMERO



EDICION ZIG-ZAG

I

Muchos de los que han contribuído a esta serie de "Estudios Autobiográficos" (1) han comenzado por expresar sus cavilaciones ante las excepcionales dificultades de la tarea que han emprendido. Pienso que las dificultades en mi caso son aún mayores, porque yo ya he publicado más de una vez trabajos del mismo orden que el actual, trabajos que, por la naturaleza del tema, han contenido más consideraciones personales que lo usual o que las que, de otra manera, habrían sido necesarias.

Hice mi primera presentación del desarrollo y substancia del psicoanálisis en cinco conferencias que dicté en 1909 en la Clark University en Worcester, Massachussetts, donde había sido invitado para asistir a la celebración del vigésimo aniversario de dicho cuerpo (2). Sólo he cedido recientemente a la tentación de hacer una contribución similar a ediciones americanas que se refieren a los primeros años del siglo veinte, puesto que estos publicistas demostraron reconocer la importancia del psicoanálisis asignándole un capítulo especial (3). Entre estas dos fechas

---

(1) El presente trabajo apareció originalmente en el cuarto volumen de *Die Medizin der Gegenwart en Selbstdarstellungen* (Leipzig: Félix Meiner, 1925); una colección de estudios autobiográficos de eminentes médicos.

(2) Las conferencias se publicaron por primera vez (en inglés) en el *American Journal of Psychology* (1910); el original en alemán se publicó bajo el título de *Meber Psychoanalyse* (Viena, 1910).

(3) *These Eventful Years* (Nueva York, 1924). Mi ensayo traducido por el Dr. A. A. Brills forma el capítulo LXXIII del segundo volumen. (El original alemán apareció en el volumen XI del *Gesammelte Schriften* (Viena, 1927).

apareció un trabajo sobre "Historia del movimiento psicoanalítico" (4), que en realidad contiene la esencia de todo lo que puedo decir en esta ocasión. Puesto que no debo contradecirme a mí mismo, ni deseo repetirme exactamente, intentaré hacer una narración en la cual los temas subjetivos y objetivos de interés histórico y biográfico se combinen en una proporción nueva.

Nací el 6 de mayo de 1856, en Freiberg, en Moravia, un pueblecito que pertenece actualmente a Checoeslovaquia. Mis padres eran judíos y yo sigo siéndolo. Tengo razones para creer que la familia de mi padre estaba establecida desde hacía mucho tiempo en el Rin (en Colonia); y que como resultado de una persecución a los judíos durante los siglos catorce y quince, huyeron hacia el este y emigraron en el curso del siglo diecinueve de Lituania al Austria germana a través de Galicia. Cuando tenía cuatro años vine a Viena y recibí allí mi educación completa. En el "Gimnasium" fuí el primero de mi clase durante siete años; gozaba de privilegios especiales y raramente se me exigía dar examen para pasar de curso. Aun cuando vivíamos en circunstancias bastante estrechas, mi padre insistió en que debía seguir mi propia inclinación para la elección de carrera. No sentí entonces, ni después, predilección especial por la carrera de médico. Me impulsaba, más bien, una especie de curiosidad, dirigida, sin embargo, más hacia el género humano que a los objetos naturales; no me había compenetrado de la importancia de la observación como uno de los mejo-

(4) Publicado en el *Jahrbuch der Psychoanalyse*, Vol. VI, 1914. (Traducido al inglés en los *Trabajos coleccionados* de Freud, Vol. I).

res medios para satisfacerla. Mi prematura familiaridad con la historia bíblica (anterior casi al momento de adquirir el arte de leer) tuvo, como lo reconocí más tarde, un profundo efecto sobre mis orientaciones. Bajo la poderosa influencia de una amistad de colegio con un muchacho, quizás mayor que yo, que llegó a ser un conocido político, se desarrolló en mí un deseo de estudiar, como él, leyes y de emprender actividades sociales. Al mismo tiempo, las teorías de Darwin, que eran entonces de interés primordial, me atrajeron fuertemente, porque me hicieron concebir esperanzas de un avance extraordinario en nuestro conocimiento del mundo; y fué poco antes de salir del colegio, mientras oía un hermoso ensayo de Goethe sobre la naturaleza, que leía el profesor Carl Brül en una conferencia popular, cuando me decidí a ingresar como estudiante de medicina.

En 1873, al llegar a la Universidad, experimenté una considerable desilusión. Sobre todo, comprobé que se esperaba que yo me sintiera inferior y extranjero porque era judío. Me negué en absoluto a lo primero. Nunca he podido comprender por qué tendría que sentirme avergonzado de mi ascendencia o, como la gente empezaba a decir, de mi raza. Acepté, sin lamentarlo, la resistencia en la comunidad, porque me parecía que, a pesar de esta exclusión, un trabajador activo no podía dejar de encontrar un hueco en el marco de la humanidad. Esta primera impresión en la Universidad tuvo, sin embargo, una consecuencia que más tarde demostró ser importante; porque desde una edad temprana me familiaricé con el destino de marchar en oposición y de ser un proscrito de la "mayoría compacta". Así quedaron

echadas las bases de un cierto grado de independencia de criterio.

Además, me vi obligado durante mis primeros años de Universidad a descubrir que las peculiaridades y limitaciones de mis dotes me negaban todo éxito en muchas de las ramas de la ciencia hacia las cuales me precipitaba mi juvenil vehemencia. Así aprendí la verdad de la advertencia de Mefistófeles:

Vergebens, dass ihr ringsum wissenschaftlich schweift. Ein jeder lernt nur, was er lernen kann (5).

Finalmente, en el laboratorio de fisiología de Ernst Brücke, encontré descanso y satisfacción, y también hombres a quienes podía respetar y tomar como modelos; el gran Brücke mismo, y sus ayudantes, Sigmund Exner y Ernst von Fleischl-Marxow. Con este último, hombre brillante, tuve el privilegio de mantener relaciones de amistad. Brücke me dió un problema para que lo desarrollara, sobre histología del sistema nervioso; lo resolví con éxito a satisfacción suya y pude llevarlo más adelante con mi propia iniciativa. Trabajé en ese instituto, con cortas interrupciones, desde 1876 hasta 1882 y, en general, se pensó que era yo el designado para ocupar el próximo puesto de ayudante que quedara vacante. Las variadas ramas de la medicina, propiamente tal, fuera de la psiquiatría, no me atraían. Descuidé, decididamente, la prosecución de mis estudios médicos, y sólo en 1881 me gradué, tardíamente, doctor en medicina.

El momento decisivo fué en 1882, cuando mi maestro, por el que yo sentía la mayor estimación posible,

(5) Es vano que pase de ciencia en ciencia: cada hombre aprende lo que puede aprender.

enmendó la imprevisión generosa de mi padre, aconsejándome insistentemente que, en vista de mi mala situación financiera, abandonase la carrera teórica. Seguí su consejo, dejé el laboratorio de fisiología y entré en el Hospital General (6) como "aspirante". Luego después fuí promovido a segundo médico residente, y trabajé en varios departamentos del hospital, entre otros, por más de seis meses, bajo la dirección de Maynert, cuyos trabajos y personalidad me habían impresionado hondamente desde que era estudiante.

En cierto modo, permanecí fiel, sin embargo, a la línea de trabajo que había iniciado. El tema de investigación que Brücke me había propuesto fué la médula espinal de uno de los peces más inferiores (*Ammocoetes Petromyzon);* y ahora pasaba al sistema nervioso central humano. Justamente en este tiempo, los descubrimientos de Flechsig de la no simultaneidad de las vainas medulares, estaban arrojando una luz reveladora sobre el intrincado curso de su desarrollo. El hecho de que empezara por escoger la *medulla oblonga* como el solo y único tema de mi trabajo era otro signo de continuidad en mi desenvolvimiento. El completo contraste con el carácter difuso de mis estudios durante mis primeros años de Universidad, estaba ahora desarrollando una inclinación a concentrar mi trabajo exclusivamente sobre un tema o problema único. Esta inclinación ha persistido y ha sido causa de que se me acuse de unilateralidad.

Llegué a ser entonces un trabajador tan activo en el Instituto de Anatomía Cerebral como lo había

---

(6) El principal hospital de Viena.

sido previamente en el de fisiología. Algunos trabajos cortos sobre el curso de las raíces y orígenes nucleares en la *medulla oblonga,* datan de aquellos años de hospital, y mis resultados eran anotados regularmente por Edinger. Un día, Maynert, que me había dado acceso a su laboratorio aun durante el tiempo en que no trabajaba bajo sus órdenes, me propuso que me dedicara definitivamente a la anatomía del cerebro y me prometió delegar en mí su labor de conferencista porque se sentía demasiado viejo para adoptar los nuevos métodos. Rehusé alarmado ante la magnitud de la tarea; puede ser, también, que yo ya hubiera adivinado que este grande hombre no se sentía favorablemente inclinado hacia mí.

Desde el punto de vista práctico, la anatomía cerebral no era ciertamente mejor que la fisiología, y con un ojo puesto en consideraciones materiales, empecé a estudiar enfermedades nerviosas. Había, en aquel tiempo, pocos especialistas de esta rama de la medicina en Viena, el material de estudio se distribuía entre un número de diferentes departamentos del hospital, no había ocasiones satisfactorias de aprender el tema, y uno estaba obligado a ser su propio maestro. Aun Nothnagel, que había sido nombrado poco antes en vista de su libro sobre localización cerebral, no individualizaba la neuropatología de las otras subdivisiones de la medicina. A lo lejos se vislumbraba el gran nombre de Charcot; así me formé el plan de obtener primero un nombramiento de Conferencista de Enfermedades Nerviosas en Viena y luego irme a París para continuar mis estudios.

En el curso de los años siguientes, mientras continuaba trabajando como segundo médico, publiqué

cierto número de observaciones clínicas sobre enfermedades orgánicas del sistema nervioso. Gradualmente me fuí familiarizando en el terreno; era capaz de localizar una lesión en la *medulla oblonga* con tanta exactitud que los anatomo-patólogos no tenían otras informaciones que agregar; fuí el primero en Viena que mandó un caso de autopsia con un diagnóstico de *polyneuritis aguda.*

La fama de mis diagnósticos y de su confirmación *post-mortem,* me valió influencia sobre los médicos americanos, a quienes daba conferencias sobre los pacientes en mi departamento, en un inglés chapurreado. Yo no entendía nada de neurosis. En una ocasión, presenté a mi auditorio a un neurótico que sufría un persistente dolor de cabeza como caso de meningitis crónica localizada; ellos, con perfecto derecho, se levantaron contra mí, y mis prematuras actividades de profesor tocaron a su fin. A modo de excusa debo añadir que esto ocurría en tiempos que autoridades vienesas mucho mayores que yo acostumbraban diagnosticar la neurastenia como tumor cerebral.

En la primavera de 1885 fuí designado Conferencista de Neuropatología en virtud de mis publicaciones histológicas y clínicas. Poco después, como resultado de un ardiente testimonio de Brücke, se me concedió una beca de considerable valor para viajar. En el otoño del mismo año, emprendí el camino hacia París.

Fuí estudiante en la Salpetriere, pero como uno más entre la multitud de extranjeros visitantes, y se me dedicó muy poca atención al comienzo. Un día oí a Charcot lamentarse de que desde la guerra no había oído decir nada sobre las traducciones alema-

nas de sus conferencias, y agregar que le agradaría que alguien se hiciera cargo de vertir al alemán su nuevo volumen de conferencias. Le escribí ofreciéndome a hacerlo; recuerdo una frase en la carta: que sufría sólo de *"l'aphasie motrice"* y no *"l'aphasie sensorielle du francais"*. Charcot aceptó la proposición, fuí admitido en el círculo de sus relaciones personales, y desde entonces participé plenamente de las actividades de la clínica.

Mientras escribo estas líneas, me llega de Francia un buen número de periódicos y artículos que evidencian una violenta objeción para aceptar el psicoanálisis y que hacen a menudo las aseveraciones más inexactas respecto a mis relaciones con la escuela francesa. Leo, por ejemplo, que he aprovechado mi visita a París para familiarizarme con las teorías de Pierre Janet y hacer de ellas mi botín. A este respecto, querría decir explícitamente que durante toda mi permanencia en la Salpetriere el nombre de Janet ni siquiera se mencionó.

Lo que más me impresionó, mientras estuve con Charcot, fueron sus últimas investigaciones sobre histeria, algunas de las cuales se realizaron ante mi vista. Había probado, por ejemplo, la legitimidad de los fenómenos histéricos y su ortodojia *("introite et hic dii sumt")*, su aparición frecuente en hombres, la producción de parálisis y contracturas histéricas por sugestión hipnótica y el hecho de que estos productos artificiales presentaban, hasta en sus menores detalles, las mismas características que los ataques espontáneos, provocados éstos, a menudo, traumáticamente. Muchas de las demostraciones de Charcot comenzaron por producir en mí y en otros visitantes una cierta estupefacción e inclinación al escepticis-

mo que tratábamos de justificar apelando a una de las teorías del momento. El juzgaba nuestras dudas con paciencia y comprensión, pero era absolutamente decidido: en una de estas discusiones (al hablar de teoría) observó: "*Ca n'empeche pas d'exister*", frase que produjo una huella indeleble en mi mente.

Sin duda que la totalidad de lo que Charcot nos enseñó entonces no se mantiene hoy día: parte se ha hecho dudosa, otra no ha resistido la prueba del tiempo. Pero un volumen suficiente ha subsistido encontrando sitio permanente en el templo de la ciencia. Antes de dejar París, discutí con el grande hombre un plan de estudio comparativo de parálisis histéricas y orgánicas. Deseaba establecer la tesis de que en la histeria, las parálisis y anestesias de las distintas partes del cuerpo están demarcadas de acuerdo con la idea popular de sus límites y no con hechos anatómicos. Convino con esta apreciación, pero era fácil ver que en realidad no tomó interés especial en penetrar más profundamente en la psicología de la neurosis. Mirando hacia atrás, se ve que su trabajo había partido de la anatomía patológica.

Antes de volver a Viena me detuve por algunas semanas en Berlín, con el objeto de obtener un pequeño conocimiento de los trastornos generales de la infancia, Kassowitz, que era jefe de un establecimiento público para el tratamiento de enfermedades infantiles en Viena, había prometido ponerme a cargo de un departamento de enfermedades nerviosas de niños. En Berlín recibí ayuda y cariñosa recepción por parte de Baginsky. Durante los años inmediatamente siguientes, publiqué, en el Kassowitz Institut, varias monografías de considerable tamaño so-

bre parálisis cerebral uni y bilateral en niños. Por esta razón, en una fecha posterior (en 1893), Nothnagel revisó el mismo tema en su gran *Handbuch der allgemeinen und speziellen Therapie.*

En el otoño de 1886 me establecí en Viena como médico y me casé con la muchacha que me había estado esperando en una ciudad lejana durante más de cuatro años. Aquí puedo volver un poco atrás y contar cómo por culpa de mi novia no fuí famoso en aquella temprana edad. Interés secundario, aunque profundo, me indujo a obtener de Merck en 1884 un poco de ese alcaloide casi desconocido entonces, la cocaína, para estudiar su acción fisiológica. Cuando estaba en la mitad de este trabajo, se me presentó la oportunidad de hacer un viaje para visitar a mi novia de quien me había separado hacía dos años. Abandoné apresuradamente mis investigaciones y me contenté con anunciar en mi libro sobre el tema, que se encontrarían muy pronto aplicaciones de largo alcance para la droga. Sugerí, sin embargo, a mi amigo Kononigstein, el oftalmólogo, que debería estudiar hasta dónde las propiedades anestésicas de la cocaína eran aplicables en las enfermedades del ojo. Cuando volví de mis vacaciones encontré que no él, sino otro de mis amigos, Carl Koller (actualmente en Nueva York), a quien también hablé sobre la cocaína, había hecho experimentos decisivos en ojos de animales y los había presentado en el Congreso Oftalmológico de Heidelberg. Por lo tanto, Koller es considerado, con razón, el descubridor de la anestesia local con cocaína, que ha llegado a tener tanta importancia en cirugía menor; pero no me fastidié con mi novia porque interrumpió mi trabajo.

Vuelvo de nuevo ahora al año 1886, la época de

mi establecimiento en Viena como especialista en enfermedades nerviosas. Se me impuso el deber de informar a la "Gesellschaft der Aertze" (Sociedad de Medicina) sobre cuanto había visto y estudiado con Charcot. Pero me encontré con una mala recepción. Personas de autoridad, tales como el que presidía (Hamberg, el médico), declararon que era increíble lo que yo había dicho. Meynert me urgió a encontrar en Viena algunos casos similares a aquellos que yo había descrito y presentarlos ante la Sociedad. Traté de hacerlo, pero los médicos jefes en cuyos departamentos encontré algunos de esos casos, rehusaron permitirme que los observara o que trabajara con ellos. Uno de los jefes, viejo cirujano, irrumpió con la exclamación: "Pero, mi querido señor, ¿cómo puede hablar usted semejantes tonterías? *Hysteron* (sic) significa el útero. Entonces, ¿cómo puede ser histérico un hombre?" Objeté en vano que lo que deseaba no era que se me aprobara mi diagnóstico, sino que se pusiera el caso a mi disposición. Finalmente, fuera del hospital, di con un caso de hemi-anestesia histérica clásica en un hombre y lo presenté ante la 'Gesellschaft der Aertze". Esta vez fuí aplaudido, pero no me prestaron mayor atención. La impresión de que las altas autoridades habían rechazado mis innovaciones, permanecía inamovible, y con mi histeria en hombres y producción de parálisis por sugestión me encontré forzado a la oposición. Como luego después fuí excluído del laboratorio de anatomía cerebral y durante una sesión entera no tuve dónde dictar mis conferencias, me retiré de la vida académica y dejé de asistir a las sociedades de estudio. Hace una generación completa a que no asisto a la "Gesellschaft der Aertze".

Cualquiera que desee ganarse la vida con el tratamiento de enfermos nerviosos debe ser capaz de hacer algo para ayudarlos. Mi arsenal terapéutico contenía sólo dos armas: electroterapia e hipnotismo, porque prescribir una visita a un establecimiento hidroterápico después de una sola consulta era una fuente de ingresos inadecuada. Mi conocimiento de electroterapia derivaba del libro de W. Erbs, que contiene instrucciones detalladas para el tratamiento de todos los síntomas de enfermedades nerviosas. Desgraciadamente, pude darme cuenta pronto de que con seguir estas instrucciones no prestaba ayuda y que lo que había tomado por un compendio de observaciones exactas era tan sólo una construcción de la fantasía. La confirmación de que el trabajo de mayor renombre en la neuropatología germana, no tenía más relación con la realidad que cualquiera de esos fantásticos libros egipcios que se compran en librerías baratas, fué dolorosa, pero me ayudó a desembarazarme de otro fragmento de mi inocente fe en la autoridad, de la cual todavía no estaba libre. Así, dejé de lado mi aparato eléctrico aun antes de que Moebius hubiese resuelto el problema explicando que los éxitos del tratamiento eléctrico (cuando existen) en trastornos nerviosos eran efecto de la sugestión ejercida por el médico.

Con hipnotismo la cosa era mejor. Mientras fuí estudiante, asistí a una demostración pública dada por Hansen "el magnetista" y advertí que una de las personas sobre las que se experimentaba se puso mortalmente pálida en el momento de comenzar la rigidez cataléptica y permaneció así mientras duró esa condición. Esto me convenció firmemente de la legitimidad de los fenómenos de hipnosis. Pronto lo

apoyó científicamente Heidenhain; pero ello no impidió a los profesores de psiquiatría declarar durante largo tiempo que el hipnotismo no sólo era fraudulento, sino también peligroso y mirar con desprecio a los hipnotistas. En París había visto usar libremente el hipnotismo como método para producir síntomas en los pacientes y para suprimirlos. Entonces nos llegaron noticias de que se había creado una escuela en Nancy que hacía uso, con éxito extenso y notable, de la sugestión con o sin hipnosis con propósitos terapéuticos. Así ocurrió, naturalmente, que en los primeros años de mi actividad médica, mi instrumento principal de trabajo, aparte de la suerte y de métodos psico-terápicos no sistemáticos, fué la sugestión **hipnótica.**

Esto implica, por cierto, que abandoné el tratamiento de enfermedades nerviosas orgánicas; pero eso tenía poca importancia. Porque, por una parte, las perspectivas de tratamiento de tales trastornos no eran nunca prometedoras, en tanto que, por otra, en la práctica privada de un médico que ejerce en una gran ciudad la cantidad de tales casos no era nada en comparación con la multitud de neuróticos, cuyo número parecía multiplicarse, porque se empeñaban en ir con sus tribulaciones de un médico a otro. Y aparte de esto, había algo positivamente seductor en trabajar en hipnotismo. Por primera vez se tenía la sensación de haber vencido la propia impotencia; y era altamente lisonjero disfrutar de la reputación de trabajador milagroso. Sólo mucho después vine a descubrir las imperfecciones de procedimiento. En ese momento, tenía únicamente dos puntos de qué lamentarme: primero, porque no lograba hipnotizar a todos los pacientes, y segundo, porque

era incapaz de poner a pacientes individuales en un estado de hipnosis tan profundo como habría deseado. Con la idea de perfeccionar mi técnica hipnótica, hice un viaje a Nancy en el verano de 1889 y pasé allí varias semanas. Presencié el conmovedor espectáculo del viejo Liébault trabajando entre mujeres y niños pobres de las clases obreras; fuí espectador de los asombrosos experimentos de Berheim con sus pacientes de hospital, y recibí la más profunda de las impresiones ante la posibilidad de que pudieran existir procesos mentales poderosos que permanecían, sin embargo, ocultos a la conciencia del hombre. Pensando que sería instructivo, había persuadido a una de mis pacientes a que me siguiera a Nancy. Era una histérica de grandes condiciones, una mujer de buena familia que me habían enviado porque nadie sabía qué hacerse con ella. Por la influencia hipnótica le había permitido llevar una existencia tolerable sacándola de la miseria de su condición. Pero ella recaía después de corto tiempo, y yo, en mi ignorancia, lo atribuía al hecho de que su hipnosis no había alcanzado nunca al estado de sonambulismo con amnesia. Berheim también había tratado muchas veces de conseguir lo mismo, pero fracasó igualmente. Confesaba francamente que sus grandes éxitos terapéuticos por medio de la sugestión, los obtenía sólo con sus pacientes de hospital, y no con los particulares. Tuve muchas conversaciones estimulantes con él, y le propuse traducir al alemán sus dos trabajos sobre sugestión y sus efectos terapéuticos.

Durante el período de 1886 a 1891 hice muy pocos trabajos científicos y no publiqué casi nada. Estaba ocupado en establecerme en mi nueva profe-

sión y asegurarme la existencia material con mi familia que crecía rápidamente. En 1891 apareció el primero de mis estudios sobre la parálisis cerebral en los niños, que fué escrito en colaboración con mi amigo y ayudante Dr. Oscar Rie. Una invitación que recibí en el mismo año para contribuir a una enciclopedia de medicina, me llevó a investigar las teorías sobre la afasia, que estaban dominadas en aquella época por los conceptos de Wernicke y Lichteim, quienes daban importancia sólo a la localización. El fruto de esta investigación, fué un pequeño libro de especulación y crítica. *Zur Auffassung der Aphasie.* Pero debo explicar ahora cómo fué que la investigación científica llegó a ser, una vez más, el interés primordial de mi vida.

II

Debo completar lo que acabo de decir, explicando que desde el principio hice uso de la hipnosis en otra forma, fuera de la sugestión hipnótica. La usé para preguntar al paciente sobre el origen de sus síntomas, lo que en estado de vigilia no podía describir o lo hacía muy imperfectamente. No sólo me pareció este método más efectivo que las órdenes o prohibiciones meramente sugestivas, sino que también satisfacía la curiosidad del médico que, después de todo, tiene derecho a aprender algo del origen del fenómeno que está tratando de corregir por procedimientos monótonos de sugestión.

La forma por la cual llegué hasta este otro procedimiento, es como sigue. Mientras estaba aún trabajando en el laboratorio de Brücke, conocí al doctor Joseph Breuer, uno de los médicos de familia más respetados de Viena, pero que tenía también un pasado científico, puesto que había producido muchos trabajos de valor permanente sobre fisiología de la respiración y sobre el órgano del equilibrio. Era hombre de notable inteligencia y catorce años mayor que yo. Nuestras relaciones se hicieron pronto más estrechas, y llegó a ser mi amigo y a ayudarme en circunstancias difíciles. Nos acostumbramos a compartir nuestros intereses científicos. Con su amistad el que salía ganando era yo, naturalmente. El desarrollo del psicoanálisis, más tarde, me enajenó su afecto. No me fué fácil pagar ese precio, pero no pude evitarlo.

Aun antes de irme a París, Breuer me contó un

caso de histeria que, entre 1880 y 1882, había tratado en forma peculiar, lo que me hizo penetrar profundamente en las causas y significados de los síntomas histéricos. En esa época, los trabajos de Janet pertenecían aún al futuro. Repetidamente me leyó fragmentos de la historia del caso, y recogí la impresión de que ésta avanzaba más hacia una comprensión de la neurosis que toda observación anterior. Me propuse informar a Charcot de este descubrimiento, y lo hice al llegar a París. Pero el grande hombre no demostró interés en mi primer bosquejo del tema, de manera que no insistí sobre él y lo dejé escapar.

Cuando volví a Viena, recurrí otra vez a la observación de Breuer y le pedí que me contara más. La paciente era una muchacha de condiciones y educación poco comunes, que había caído enferma mientras cuidaba a su padre, al que quería mucho. Cuando Breuer se hizo cargo del caso, presentaba un cuadro variado de parálisis con contracturas, inhibiciones y estados de confusión mental. Una observación casual le hizo ver al médico que ella podía libertarse de esos estados nebulosos de conciencia si se la inducía a expresar en palabras la fantasía efectiva que la dominaba en el momento. Por este descubrimiento, Breuer llegó a un nuevo método de tratamiento. La puso en hipnosis profunda y le hizo contar lo que oprimía su mente. Después que dominó en esta forma los ataques de confusión depresiva, empleó este mismo procedimiento para hacer desaparecer sus inhibiciones y trastornos físicos. En estado de vigilia, la niña no estaba en condiciones de describir mejor que otros pacientes cómo se habían generado sus síntomas, ni podía descubrir ninguna conexión entre éstos y las experiencias de su vida. En hipnosis

revelaba inmediatamente la conexión ausente. Resultó que todos sus síntomas databan de las experiencias conmovedoras que tuvo mientras cuidaba a su padre; es decir, sus síntomas tenían un significado y eran residuos o reminiscencias de esas situaciones emocionales. Se deducía en la mayor parte de los casos que había existido un pensamiento o un impulso que debió contener mientras estaba junto al lecho de su padre, y que, en lugar de ellos, como un substituto, había aparecido después un síntoma. Pero como regla, el síntoma no era la cristalización de una escena "traumática" aislada, sino el resultado de la suma de un buen número de situaciones similares. Cuando, bajo hipnosis, la enferma recordaba una situación de esta especie en forma alucinatoria y llevaba hasta sus conclusiones, con libre expresión de emociones, el acto mental que había suprimido originariamente, el síntoma era abolido y no reincidía. Con este procedimiento, Breuer logró, después de largos y penosos esfuerzos, librar a la paciente de todos sus síntomas.

La enferma se había restablecido y continuaba bien, y, en realidad, era capaz de hacer trabajos serios. Pero sobre la etapa final de este tratamiento hipnótico, quedaba aún un velo de obscuridad, que Breuer nunca me reveló; y no pude comprender por qué había mantenido tanto tiempo en secreto lo que me parecía un descubrimiento inestimable, en lugar de enriquecer con él la ciencia. La pregunta inmediata era, sin embargo, hasta dónde sería posible generalizar lo que había encontrado en un caso individual. El estado de cosas que había descubierto me parecía de naturaleza tan fundamental que no pude creer que faltaría en cualquier caso de histeria si se ha-

bía probado que existía en uno. Pero la pregunta sólo se podía contestar con la experiencia. Comencé, por tanto, a repetir las investigaciones de Breuer con mis propios enfermos, y, sobre todo después que mi visita a Bernheim en 1889 me enseñó las imitaciones de la sugestión hipnótica, no trabajé en nada más. Después de observar durante varios años que sus descubrimientos se confirmaban invariablemente en cada caso de histeria accesible a un tratamiento semejante, y después de haber acumulado un considerable aporte de material en forma de observaciones análogas a las suyas, le propuse que hiciéramos juntos una publicación. Al principio la objetó con vehemencia, pero cedió finalmente, en especial, porque en el intertanto los trabajos de Janet habían anticipado algunos de sus resultados, tales como la relación de los síntomas histéricos con acontecimientos de la vida del paciente, y su desaparición por medio de la reproducción hipnótica *in statu nascendi*. En 1893, editamos un trabajo preliminar "Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos" (1), y en 1895 apareció nuestro libro, *Studien über Hysterie*.

Si la información que he dado hasta ahora da margen al lector a suponer que *Studien über Hysterie* es, en el contenido esencial de su material, producto de la mente de Breuer, coincide conmigo, porque es lo mismo que yo he tratado siempre de mantener y lo que me he propuesto repetir aquí. En cuanto a la *teoría* expuesta en el libro, es parcialmente mía, pero en grado que no es posible determinar hoy, Esa teoría era, en todo caso, modesta y no iba más allá de una descripción directa de las observaciones. No pre-

(1) Freud Collected Papers Vol. 1.

tendía establecer la naturaleza de la histeria, sino apenas arrojar luz sobre el origen de sus síntomas. Así subrayaba el significado de la vida emocional, la importancia de distinguir entre los actos mentales que son inconscientes y aquellos conscientes (o más bien capaces de ser conscientes); presentaba un factor dinámico, suponiendo que un síntoma proviene de la represión de un afecto, y un factor económico, considerando ese mismo síntoma como producto o equivalente de una cantidad de energía que habría sido empleada en otro caso, en distinta forma. (Este último procedimiento se ha descrito como *conversión.)* Breuer calificó nuestro método de catártico, y se explicó su propósito terapéutico como destinado a conseguir que el efecto acumulado y usado para mantener el síntoma — que se había desviado hacia líneas erradas y se había estancado allí — debería dirigirse hacia conductos normales a lo largo de los cuales se pudiera obtener su eliminación (o abreacción.) Los resultados prácticos del procedimiento catártico fueron excelentes. Sus defectos, que se hicieron evidentes más tarde, eran los de cualquier forma de tratamiento hipnótico. Hay todavía un número de psicoterapeutas que no han ido más allá de la catarsis como Breuer la entendió y que la defienden todavía. Su valor como un método abreviado de tratamiento se probó de nuevo en manos de Simmel en la curación de las neurosis de guerra en el ejército alemán durante la última Gran Guerra. La teoría de la catarsis no tenía mucho que hacer con el tema sexual. En las historias clínicas con que contribuí a los *Studien*, los factores sexuales jugaban cierto rol, pero la atención que se les prestó fué poco mayor que la que se dedicó a cualquiera otra excitación

emocional. Breuer escribió sobre la muchacha, que se hizo famosa como su primera paciente, en la que el lado sexual estaba extraordinariamente poco desarrollado. Había sido difícil adivinar en los *Studien über Hysterie* la importancia que el aspecto sexual tiene en la etiología de las neurosis.

La etapa de desenvolvimiento que siguió — la transición entre la catarsis y el psicoanálisis propiamente tal—, la he descrito ya varias veces con tal detalle, que me resultaría difícil agregar ningún hecho nuevo. El acontecimiento que causó el comienzo de este período fué el retiro de Breuer de nuestro trabajo en común, con lo que me constituí en administrador único de su legado. Había habido diferencias de opiniones entre nosotros, en un período muy anterior, pero no habían sido causa para que nos separáramos. Para contestar a la pregunta de cuándo un procedimiento mental se hace patógeno, es decir, cuándo llega a ser imposible encontrar una eliminación normal, Breuer prefiere lo que podría llamarse una teoría fisiológica; pensaba que los procesos que no encontraron salida normal eran como los que se habían provocado durante estados mentales excepcionales, "hipnoídeos". Esto planteaba la pregunta posterior sobre el origen de estos estados hipnoídeos. Por otra parte, yo me inclinaba a sospechar la existencia de un entrelazamiento de fuerzas y la acción de intenciones y propósitos, tales como los que se observan en la vida normal. Así había un caso de "Histeria hipnoídea" contra "Neurosis defensiva". Pero diferencias como éstas, lo habrían alejado apenas del tema, si no hubieran actuado otros factores. Uno era, indudablemente, que su labor como médico de clientela le tomaba mucho tiempo y que no podía,

como yo, dedicar todas sus fuerzas al trabajo de catarsis. Además, le afectó la recepción que hicieron a nuestro libro tanto en Viena como en Alemania. La confianza en sí mismo y el poder de resistencia no estaban tan desarrollados en él con tal plenitud como el resto de su organización mental. Por ejemplo, cuando Strümbell cogió los *Studien* con severas objeciones, yo me reí ante la falta de comprensión que demostraban sus críticas, pero Breuer se sintió herido y se desalentó. Pero lo que contribuyó, principalmente, a su decisión, fué que mis trabajos posteriores lo orientaban en direcciones con las que no podía conciliar.

La teoría que habíamos tratado de construir en los *Studien* permanecía, como ya lo he dicho, muy incompleta; y en especial, apenas si habíamos tocado el problema etiológico, el terreno en que el proceso patogénico tiene sus raíces. Aprendí entonces, de mi experiencia creciente, que *ninguna* excitación emocional actuaba detrás de los fenómenos de neurosis, sino que era, ordinariamente, una de naturaleza sexual, ya sea un conflicto sexual corriente o el efecto de experiencias sexuales anteriores. No estaba preparado para esta conclusión, y mis expectativas no influían en ellas, porque había comenzado mis investigaciones sobre neuróticos de una manera no intencionada. Mientras escribía mi "Historia sobre el movimiento psicoanalítico". en 1914, se me presentaron a la imaginación algunas observaciones que me habían hecho Breuer, Charcot y Chroback, que pudieron inducirme antes a este descubrimiento. Pero en la época en que las oí, no comprendía lo que estas autoridades significaban; en verdad me dijeron más de lo que sabían o de lo que

estaban preparados para defender. Lo que oí me permaneció latente hasta que la coyuntura de mis experimentos catárticos determinaron un descubrimiento en apariencias original. Tampoco había advertido que al derivar la historia de la sexualidad retrocedía a los comienzos de la medicina y seguía un pensamiento de Platón. Sólo más tarde lo supe por un ensayo de Havelock Ellis.

Bajo la influencia de mi sorprendente descubrimiento, di ahora un paso trascendental. Traspuse los dominios de la histeria y empecé a investigar la vida sexual de los llamados neurasténicos que acostumbraban visitarme en gran número durante mis horas de consulta. Estos experimentos me valieron, es cierto, mi popularidad como médico, pero crearon en mí convicciones que hoy, después de casi treinta años, no han perdido nada de su fuerza. Había gran cantidad de error de taumaturgia que vencer, pero, hecho esto, resultó que en todos estos pacientes existían graves abusos de la función sexual. Considerando cuán frecuentes son estos abusos por una parte, y la neurastenia por otra, una coincidencia habitual entre ambos no habría dicho mucho; pero había más que ese mero hecho. Observaciones más estrechas me sugirieron que era posible extraer de la mezcla confusa de cuadros clínicos cubiertos por el nombre de neurastenia, dos tipos fundamentalmente diferentes que podían mezclarse en todas las proporciones, pero que se observaban, sin embargo, en sus formas puras. En uno de los tipos, el fenómeno central era el ataque de ansiedad con sus equivalentes, las formas rudimentarias y los síntomas crónicos de subrogación. En consecuencia, le di el nombre de *neurosis*

de ansiedad, y limité el término *neurastenia* al otro tipo. Ahora es fácil establecer el hecho de que cada uno de esos tipos tenía una anormalidad diferente de la vida sexual como factor etiológico: en los primeros *coitus interruptus*, excitación no expresada y abstinencia sexual; en el segundo: masturbación excesiva, y, además, emisiones nocturnas demasiado numerosas. En unos pocos casos, especialmente instructivos, que habían demostrado un cambio sorprendente en el cuadro clínico de un tipo a otro, era posible demostrar que había un cambio correspondiente en el *régimen* sexual que les servía de base. Si fuera posible poner fin al abuso y permitir que lo reemplazara una actividad sexual normal, la recompensa sería mejoramiento sorprendente de la condición.

Así llegué a considerar que las neurosis eran, sin excepción, trastornos de la función sexual, que la que se llama neurosis "actual" es la expresión tóxica directa de tales perturbaciones y la psiconeurosis, su expresión mental. Mi conciencia de médico se sintió complacida al llegar a tales conclusiones. Confiaba en haber llenado un vacío en la ciencia médica, por cuanto se relacionaba con una función de tan grande importancia biológica, y no había considerado otros daños causados por infecciones o lesiones anatómicas groseras. El aspecto médico del asunto estaba respaldado, además, por el hecho de que la sexualidad no era algo puramente mental. Tiene también un lado somático al que fué posible asignar procesos químicos especiales como se pudo también atribuir la excitación sexual a la presencia de substancias determinadas aunque desconocidas todavía. Además, debe de haber habido algunas bue-

nas razones por las cuales las verdaderas neurosis espontáneas se parecen, más que a cualquier grupo de enfermedades, a los fenómenos de intoxicación y abstinencia producidos por la administración o supresión de algunas substancias tóxicas o al bocio exoftálmico que, como se sabe, depende de los productos de la glándula tiroides.

Desde aquel tiempo no he tenido oportunidad de volver a la investigación de la neurosis actual; y nadie ha continuado mi trabajo. Si hoy día miro hacia mis primeros descubrimientos, me impresionan como primeros esbozos rudimentarios de lo que es probablemente un tema mucho más complicado. Pero en general, subsisten. Me habría agradado poder, más tarde, hacer un examen psicoanalítico de otros casos de neurastenia juvenil simple, pero, desgraciadamente, no se presentó esta oportunidad. Para evitar equivocaciones, me gustaría dejar en claro que estoy lejos de negar la existencia de conflictos mentales y complejos neuróticos en la neurastenia. Lo que afirmo es que los síntomas de tales pacientes no son mentalmente determinados o eliminados por el análisis, sino que deben ser considerados como consecuencias tóxicas directas de procesos químicos de sexualidad perturbada.

En los años que siguieron a la publicación de los *Studien* y habiendo alcanzado estas conclusiones sobre el papel que juega la sexualidad en la etiología de las neurosis, leí algunos trabajos sobre el tema ante varias sociedades médicas, pero me encontré sólo con incredulidades y refutaciones. Breuer hizo cuanto pudo durante algún tiempo, tratando de influir a mi favor con el enorme peso de su prestigio personal, pe-

ro no consiguió nada y fué fácil ver que él, también, se resistía a reconocer la etiología sexual de las neurosis. Pudo haberme aplastado, o al menos desconcertado, señalando su propia primera paciente en cuyo caso el factor sexual no había tenido ningún papel. Pero nunca lo hizo y no pude comprender por qué, hasta que logré interpretar correctamente el caso y reconstruir, gracias a algunas observaciones que había hecho, las conclusiones de su tratamiento. Después que el trabajo de catarsis pareció completo, la muchacha desarrolló repentinamente una condición de "amor de transferencia"; él no había relacionado esto con la enfermedad y se retiró desalentado. Era, naturalmente, doloroso para él que se le recordara este evidente *contretemps* (1). Su actitud hacia mí oscilaba por épocas entre el aprecio y la crítica amarga; luego se produjeron dificultades accidentales, como nunca deja de ocurrir en situaciones similares, y nos separamos.

Otro resultado de haber emprendido el estudio de los trastornos nerviosos en general, fué que alteré la técnica de la catarsis. Abandoné el hipnotismo y traté de reemplazarlo por otro método, porque quería no limitarme al tratamiento de condiciones histeriformes.

La experiencia creciente había provocado en mi mente dos graves dudas en cuanto al uso del hipnotismo, aun como un camino a la catarsis. La primera fué que aun los resultados más brillantes eran susceptibles de desaparecer repentinamente si se perturbaban mis relaciones personales con el enfermo. Es cierto que podían restablecerse las relaciones si se

(1) En francés en el original.—N. del T.

lograba una reconciliación; pero tal hecho prueba que la relación emocional personal entre el paciente y el médico es, después de todo, más fuerte que el proceso catártico total y era precisamente ese factor el que se substraía a todo intento de control. Y un día tuve una experiencia que me demostró con la luz más cruda lo que sospechaba desde hacía tiempo. Una de mis pacientes más asequibles, con la que el hipnotismo me había permitido llegar hasta resultados maravillosos, y a la que me había propuesto librar de sus sufrimientos relacionando los ataques de dolor con sus orígenes, al despertar, en una ocasión, me echó los brazos al cuello. La entrada inesperada de un sirviente nos evitó una penosa discusión, pero desde entonces en adelante se entendió tácitamente, que el tratamiento hipnótico debía interrumpirse. Fuí lo suficientemente modesto como para no atribuir el hecho a mi irresistible atracción personal, y pensé que me había compenetrado de la naturaleza del misterioso elemento que actuaba por detrás del hipnotismo. Para excluirlo, o en todo caso, aislarlo, era necesario abandonar el hipnotismo.

Pero éste había sido de considerable ayuda en el tratamiento catártico, ampliando el campo consciente del enfermo, y poniendo a su alcance conocimientos que no poseía en estado de vigilia. No parecía tarea fácil encontrarle un substituto. Mientras estaba ante esta perplejidad, vino en mi ayuda el recuerdo de un experimento que había presenciado a menudo mientras estaba con Bernheim. Cuando el individuo despertaba del estado de sonambulismo, parecía haber perdido todo recuerdo de lo que había ocurrido mientras estaba en ese estado. Pero Bernheim sostenía que

la memoria estaba igualmente presente; y que si él insistiera al enfermo que recordase y si le aseguraba que lo sabía todo y que sólo tenía que decirlo, y si al mismo tiempo le ponía la mano en la frente, entonces los recuerdos olvidados volvían de ordinario, con vacilaciones al principio, pero, a veces, en avalancha y con completa claridad. Resolví que procedería en la misma forma. Mis pacientes, pensé, deben, en verdad, "saber" todas las cosas que hasta entonces les habían sido accesibles sólo en la hipnosis, y que afirmaciones y estímulos míos, ayudados tal vez por la presión de mi mano, tendrían el poder de vigorizar hechos olvidados y conectarlos con la conciencia. Sin duda, esto parecía un proceso más laborioso que someterlos a hipnosis, pero podía resultar altamente instructivo. Por eso, abandoné el hipnotismo, conservando únicamente la práctica de rogar al paciente que se tendiera en un sofá, mientras yo me sentaba a su lado viéndole, pero sin que él me viera a mí.

II

Mis expectativas se realizaron; me liberté del hipnotismo. Pero junto con el cambio de técnica, el proceso de la catarsis toma una nueva forma. El hipnotismo había ocultado a la vista una interacción de fuerzas que aparecían ahora y cuya comprensión daba una base sólida a mi teoría.

¿Cómo era que los pacientes habían olvidado tantos actos de sus vidas externas e internas y podían recordarlos, sin embargo, si se les aplicaba una técnica particular? La observación suministraba una respuesta global a esta pregunta. Todo lo que había sido olvidado era doloroso por alguno u otro motivo; ya alarmante, desagradable o vergonzoso, según la estructura de la personalidad del sujeto. El pensamiento surgía espontáneamente: que había sido olvidado precisamente por eso y que por eso también no había permanecido consciente. Con el objeto de llevarlo de nuevo a la conciencia, a pesar de ello, era necesario vencer algo que luchaba contra uno en el paciente; era necesario hacer un gasto de esfuerzo por nuestra propia parte para ordenarlo y subordinarlo. La cantidad de esfuerzo que el médico requería, variaba en los diferentes casos; aumentaba en proporción directa con la dificultad de lo que había que recordar. Este gasto de fuerzas por parte del médico era, evidentemente, la medida de *resistencia* por parte del paciente. Era sólo necesario traducir en palabras lo que había observado, y poseía la teoría de la *represión*.

Fué fácil, entonces, reconstruir el proceso patógeno. Limitémonos a un solo ejemplo en que un impulso especial ha surgido en la mente del paciente, pero al que se oponían otras tendencias poderosas. Habíamos esperado que el *conflicto mental* producido tomara el curso siguiente: Durante algún tiempo, las dos cantidades dinámicas—para nuestros propósitos actuales llamémoslas "el instinto" y "la resistencia"—lucharían entre sí en la plena luz de la conciencia hasta que el instinto fuera repudiado y extraída la *carga* (1) *de energía*. Esta habría sido la solución normal. En una neurosis, sin embargo (por razones aun desconocidas), el conflicto encuentra una salida diferente. El ego, como que retrocede después de la primera conmoción de su conflicto con el impulso objetable, impide el acceso del impulso a la conciencia motora directa, pero al mismo tiempo, el impulso conserva completa su carga de energía. Llamé a este proceso *represión;* era una novedad, y nada semejante se había reconocido anteriormente en la vida mental. Era, evidentemente, mecanismo primario de defensa, comparable a una tentativa de fuga, y sólo un precursor del juicio condenatorio normal que se desarrolla con posterioridad. El primer acto de represión envolvía consecuencias ulteriores. En primer lugar, el ego estaba obligado a protegerse por medio de un gasto permanente de energía — una contracarga o *anticatexis* — contra la amenaza constante de un avance renovado

(1) La palabra alemana *Besetzung* que se ha traducido por "carga", la aplica Freud a la suma de energía que él supone se agrega a los impulsos mentales (algo semejante a una carga eléctrica), sean conscientes o inconscientes, cuando están en condición de actividad. La traducción inglesa técnica reconocida de la palabra es *cathexis.*—N. del T.

por parte del impulso reprimido, y así se empobrecía. Por otra parte, el impulso reprimido, que era ahora *inconsciente*, podía encontrar medios de descarga y de satisfacción substitutiva por caminos circulares y así anulaba todo propósito de represión. En el caso de la *histeria de conversión*, el camino circular conducía a la fuente nerviosa del cuerpo; el impulso reprimido irrumpía por un lado o por otro y producía *síntomas*. Los síntomas eran, pues, resultados de un arreglo, porque, aunque satisfacciones reemplazantes, eran, no obstante, desviadas y torcidas de su intento, debido a la resistencia del ego.

La teoría de la represión llegó a ser la piedra angular de nuestra comprensión de la neurosis. Había que adoptar un nuevo concepto en la tarea terapéutica. Su propósito no era ya desviar un afecto que se había lanzado por líneas erradas, sino descubrir represiones y reemplazarlas por raciocinios que podían producir sea la aceptación, sea el rechazo de lo que había sido repudiado anteriormente. Demostré mi conocimiento de la nueva situación al no llamar más catarsis a mi método de investigación y tratamiento, sino psicoanálisis.

Es posible tomar la represión como centro y relacionar con ella todos los elementos de la teoría psicoanalítica. Pero antes que ello, tengo que hacer otra observación de naturaleza polémica. De acuerdo con el punto de vista de Janet, una mujer histérica era una criatura despreciable, que, a causa de su debilidad constitucional, era incapaz de coordinar sus actos mentales, y era esa la razón por la cual se convierte en víctima de una disociación mental y de una restricción en el campo de su concien-

cia. Los resultados de investigaciones psicoanalíticas, por otra parte, demostraron que estos fenómenos eran consecuencias de factores dinámicos, del conflicto mental y de la represión. Esta distinción me parece lo suficientemente amplia como para que ponga fin a la repetición de la opinión de que todo lo que tiene valor en el psicoanálisis fué tomado de las ideas de Janet. El lector habrá aprendido de mi relación que, históricamente, el psicoanálisis es completamente independiente de los descubrimientos de Janet, tanto como su contenido diverge de ellos y los sobrepasa. Los trabajos de Janet no habían tenido nunca las consecuencias que han hecho al psicoanálisis tan importante para las ciencias mentales y atraído un interés universal. Siempre he tratado a Janet mismo con respeto, puesto que sus descubrimientos coinciden en gran parte con los de Breuer, que se hicieron antes, aunque se publicaron después que los suyos. Pero durante el tiempo en que el psicoanálisis llegó a ser tema de discusión en Francia, Janet se portó en mala forma, demostró ignorancia de los hechos y usó de feos argumentos. Finalmente se reveló a sí mismo ante mi vista y destruyó su propio trabajo, declarando que cuando había hablado de actos mentales "inconscientes" no había querido significar nada con la frase; no había sido más que una *"facon de parler"*.

Pero el estudio de las represiones patogénicas y de otros fenómenos que deben ser todavía mencionados, obligaron al psicoanálisis a tomar seriamente el concepto de "inconsciente". El psicoanálisis consideraba todo lo mental, inconsciente en primera instancia; la condición siguiente de "conciencia" po-

día también estar presente o no estarlo. Esto, naturalmente, provocó negativa por parte de los filósofos, para quienes "consciente" y "mental" eran idénticos, y que protestaron que no podían concebir una monstruosidad tal como el "inconsciente mental". No hubo, sin embargo, medio de evitarlo y lo único que cupo fué prescindir de esta idiosincrasia de los filósofos con un encogimiento de hombros. La experiencia (obtenida de material patológico que los filósofos desconocían) de la frecuencia y poder de los impulsos, de los cuales nada se sabía directamente y cuya existencia tuvo que deducirse al igual que algunos actos del mundo externo, no dió lugar a ninguna alternativa. Pudo subrayarse, incidentalmente, que esto era tan sólo tratar la vida mental propia como uno siempre lo había hecho con los demás. No se vacilaba en atribuir procesos mentales a otras personas, aunque uno tuviera conciencia inmediata de ellos y sólo pudiera deducirlos de sus palabras y acciones. Pero lo que es bueno para los otros debiera ser aplicable para sí. Cualquiera que tratara de llevar más allá la argumentación y deducir que los procesos ocultos propios pertenecen a una segunda *conciencia*, debería encarar el concepto de una conciencia de la cual uno nada sabe y de una "conciencia inconsciente", y esto apenas sería preferible a la aceptación de "mente inconsciente". Si, por otra parte, uno declarara, como otros filósofos, que está preparado para tomar en cuenta fenómenos patológicos, pero que los procesos que los sustentan no deben ser descritos como mentales sino como "psicoides", la diferencia de opinión degeneraría en una discusión estéril sobre vocablos, aunque tal subterfugio deci-

diera en favor de conservar la expresión de "mente inconsciente". La dificultad que sigue respecto a la naturaleza última de este inconsciente no es más cuerda ni más provechosa que la antigua respecto a la naturaleza de la conciencia.

Sería difícil explicar concisamente cómo ocurrió que el psicoanálisis hizo una distinción más de detalle en la inconsciencia y la separó en *preconciencia*, y en inconsciente propiamente tal. Será suficiente decir que pareció desarrollo legítimo el suplementar las teorías que eran una expresión directa de la experiencia por hipótesis que estaban destinadas a facilitar el manejo del material y a relacionarlo con hechos que no podían ser tema de observación inmediata. Exactamente el mismo procedimiento es adoptado por ciencias más antiguas. La subdivisión del inconsciente es parte de una tentativa de concebir el aparato de la mente como compuesto de un número de casos o sistemas cuyas interrelaciones pudieran expresarse en términos especiales, sin referencia, por cierto, a la anatomía real del cerebro. (Describí esto como el método *topográfico* de aproximación.) Ideas tales son parte de una *superestructura especulativa* del psicoanálisis, de la que parte puede ser abandonada o cambiada sin que sufra o pierda en cuanto se demuestre su imperfección. Pero hay todavía mucho que describir que está más cerca de la experiencia actual.

He referido ya que mi investigación de las causas fundamentales y precipitadoras de las neurosis, me llevaron con más y más frecuencia a conflictos entre los impulsos sexuales del individuo y su resistencia a la sexualidad. Mi búsqueda de situaciones

patógenas en las cuales existieron represiones sexuales y en las cuales los síntomas se habían originado como substitutos de lo que se reprimió, me condujo más y más lejos al pasado del paciente, y terminé por llegar hasta los primeros años de su niñez. Lo que los poetas e investigadores de la naturaleza humana habían asegurado siempre, resultó ser verdad: las impresiones de ese período remoto de la vida, aunque estén en su mayor parte sepultadas en la amnesia, dejan huellas imborrables en el crecimiento del individuo y, en especial, echan las bases de todo trastorno que haya de seguir. Pero puesto que estas experiencias de la niñez se relacionaban siempre con las excitaciones sexuales y la reacción contra ellas, me encontré frente al hecho de la sexualidad infantil, de nuevo una novedad y un mentís a uno de los prejuicios humanos más fuertes. La niñez había sido mirada siempre como "inocente" y libre de las seducciones del sexo y se pensaba que la lucha contra el demonio de la "sensualidad" no había de comenzar hasta la edad atormentada de la pubertad. Esas actividades sexuales, que habría sido imposible ignorar en niños, se les había considerado como signos de degeneración y depravación prematura o como monstruosidades caprichosas de la naturaleza. Pocos hallazgos del psicoanálisis encontraron una repulsa tan universal o levantaron una indignación tan violenta como la aseveración de que la función sexual data desde el principio de la vida y revela su presencia por signos importantes, aun en la niñez. Y, sin embargo, ningún otro descubrimiento del psicoanálisis puede ser demostrado tan fácil y completamente.

Antes de ir más adelante en el asunto de la sexualidad infantil, debo mencionar un error en que caí en un tiempo y que bien pudo haber tenido fatales consecuencias para el total de mi trabajo. Bajo la presión de un procedimiento técnico que usaba en aquel tiempo, la mayoría de mis pacientes reproducían escenas de su niñez en las que aparecían sexualmente seducidos por personas mayores. Con pacientes femeninos, el papel de seductor correspondía siempre al padre. Creí esas historias, y, en consecuencia, supuse haber descubierto el origen de la neurosis en tales experimentos de seducción sexual en la niñez. Mi seguridad se amplió con unos pocos casos en los cuales relaciones de esta clase, con el padre, tío o hermano mayor, habían continuado hasta una edad en que la memoria podía acreditarlo. Si el lector siente deseos de mover la cabeza ante mi incredulidad, no puedo reprochárselo, aunque sí puedo alegar que en aquel tiempo tenía en suspenso, intencionadamente, mis facultades críticas, en forma de conservar una actitud receptiva y sin prejuicios hacia las muchas novedades que observaba cada día. Cuando, no obstante, me vi al fin obligado a reconocer que estas escenas de seducción no habían existido nunca y que eran sólo fantasías que mis pacientes se habían forjado, o que quizás yo mismo había inducido en ellos, me sentí, por un tiempo, totalmente perdido. Mi confianza, tanto en la técnica como en sus resultados, sufrió un rudo golpe; no se podía discutir que había llegado a tales escenas por un método técnico que consideraba correcto y que su esencia estaba relacionada incuestionablemente con los síntomas de que habían partido mis investi-

gaciones. Cuando me rehice, pude deducir las conclusiones correctas de mi descubrimiento, o sea, que los síntomas neuróticos no están directamente relacionados con hechos reales, sino que con fantasías que envuelven deseos y que la realidad psíquica en la neurosis es más importante que la realidad material. Aun hoy, no creo que impuse en mis pacientes las fantasías de seducción, sino que las "sugerí". En verdad, había tropezado por primera vez con el *complejo de Edipo* que asumió más tarde una importancia abrumadora, pero al cual no reconocía bajo su disfraz de fantasía. Además, la seducción en la niñez conserva cierta participación, aunque reducida, en la etiología de la neurosis, pero los seductores resultan ser, por regla general, niños mayores.

Se verá, pues, que mi error fué de la misma clase que el que cometería quien creyera que la historia legendaria de los primeros reyes de Roma (como la cuenta Livio) era verdad histórica y no lo que es en realidad: una reacción contra el recuerdo del tiempo y circunstancias que fueron insignificantes y, quizás, poco gloriosas. Cuando el error se aclaró, la senda para el estudio de la vida sexual en la niñez, quedó abierta. Así se hizo posible aplicar el psicoanálisis a otro campo de la ciencia, y usar sus datos como un medio de descubrir una pieza nueva en el conocimiento biológico.

La función sexual, como pude determinar, existe desde el comienzo mismo de la vida del individuo, y aunque al principio está asimilada a otras funciones vitales y no llega a ser independiente de ellas sino más tarde, tiene que pasar a través de un largo y complicado proceso de desarrollo antes de que se

convierta en lo que acostumbramos a considerar como vida sexual normal en el adulto. Empieza por manifestarse en la actividad de un gran número de *instintos componentes*. Estos dependen de *zonas erógenas* en el cuerpo; algunas de ellas hacen su aparición en parejas de impulsos opuestos (tales como el sadismo y el masoquismo o el impulso de mirar y ser mirado); operan independientemente entre sí en la busca del placer, y encuentran, de ordinario, su objetivo en el propio cuerpo del individuo. Al comienzo no están centralizados y predomina el *auto-erotismo*. Más tarde empiezan a coordinarse: una primera etapa de coordinación se alcanza bajo el dominio de los componentes *orales*, se sigue una etapa *analsadística*, y es sólo después de la tercera etapa cuando se llega, por fin, a establecer la primacía de los *genitales* y la función sexual empieza a servir para los propósitos de reproducción. En el curso de este proceso de desarrollo, un número de elementos de componentes instintivos varios demuestran ser inservibles a este último fin, y son, por esto, dejados de lado o incorporados a otros usos, en tanto que otros se desvían de su objeto y son conducidos a la organización genital. Di el nombre de *libido* a la energía del instinto sexual y solamente a esta forma de energía. Fuí luego empujado a suponer que la libido no pasa siempre a través de su curso prescrito de fácil desarrollo. Como resultado, sea de la excesiva fuerza de algunos componentes o de experiencias que desenvuelven una gratificación prematura, se pueden producir *fijaciones* de la libido en varios puntos en el curso de su desenvolvimiento. Si, como consecuencia, surge una represión, la libido refluye

hacia esos puntos (proceso descrito como *regresión),* y desde ellos la energía irrumpe en foma de síntomas. Más tarde se hace más claro que la localización del punto de fijación es lo que determina la *elección de neurosis,* esto es, la forma en que la enfermedad hace su aparición.

El proceso de alcanzar un *objeto,* que juega un papel tan importante en la vida mental, se desarrolla junto a la organización de la libido. Después del estado de *autoerotismo,* el primer objeto de amor, en el caso de ambos sexos, es la madre; y parece probable que al principio el niño no distinga el órgano de nutrición de su madre, de su propio cuerpo. Más tarde, pero siempre en los primeros años de infancia, la relación, conocida como complejo de Edipo, se establece; los niños concentran sus deseos sexuales en su madre y desarrollan impulsos hostiles en contra del padre como si fuera un rival, mientras que las niñas adoptan una actitud análoga (2). Todas las diferentes variaciones y consecuencias del complejo de Edipo son importantes, y, en especial, la constitución bisexual innata de los seres humanos se hace sentir y acrecienta el número de circunstancias simultáneamente activas. Los niños no distinguen cla-

(2) (Nota adicional, 1935): La conformación sobre sexualidad infantil se obtuvo del estudio de hombres, y la teoría que de dicho estudio se dedujo concernía a niñas. Era natural esperar encontrar un paralelo completo entre ambos sexos, pero éste no se evidenció. Investigaciones y reflexiones ulteriores revelaron la profunda diferencia entre el desarrollo sexual del hombre y la mujer. El primer objetivo sexual para la niña (igual al niño), es su madre; y antes que la mujer pueda alcanzar el término de su desarrollo normal, tiene que cambiar no sólo su objetivo sexual, sino también su zona genital predominante. De estas circunstancias nacen dificultades y posibilidades de inhibición que no se presentan en el caso del hombre.

ramente, por largo tiempo, las diferencias entre los sexos, y durante este período de *búsqueda sexual*, producen *teorías sexuales* típicas, que, puesto que están limitadas por las imperfecciones del desarrollo físico de sus autores, son una mezcla de verdad y error y no pueden resolver los problemas de la vida sexual (el enigma de la Esfinge, la incógnita de dónde vienen los niños). Vemos, entonces, que el primer objetivo del niño es *incestuoso*. La primera etapa de desarrollo que he descrito es atravesada rápidamente. Porque el rasgo más notable de la vida sexual del hombre es que se presenta en dos ondas, con un intervalo entre ellas. Alcanza un primer máximum entre el cuarto y quinto año de la vida del niño. Pero este crecimiento prematuro de la sexualidad se marchita en capullo; los impulsos sexuales que han demostrado tal vivacidad son ahogados por la represión y viene un *período de latencia* que persiste hasta la pubertad y durante el cual se forman los *elementos reaccionales*, moralidad, vergüenza y repulsión (3). De todos los seres vivientes, solamente el hombre demuestra este doble comienzo del desarrollo sexual y puede tal vez ser el determinante biológico de su predisposición a las neurosis. En la pubertad se reaniman los impulsos y objetivos de los primeros años del niño y entre ellos los lazos emocionales de su complejo de Edipo. La vida sexual de la pubertad es una lucha entre los impulsos de sus primeros años y las inhibiciones del período de la-

(3) (Nota adicional, 1935): El período de latencia es un fenómeno fisiológico. Produce una interrupción completa de la vida sexual sólo en organizaciones culturales que suprimen, como parte de su sistema, la sexualidad infantil. No es el mismo el caso de la mayoría de los pueblos primitivos.

tencia. Antes que esto, y mientras el niño está en el punto culminante de su desarrollo sexual infantil, se establece cierta organización genital; pero sólo en el macho actúan los genitales, en tanto que los de la hembra permanecen aún velados. (Lo he descrito como el período de primacía *fálica)*. En esta etapa, el contraste entre los sexos no está determinado por los términos de "macho" o "hembra" sino por "el poseer pene" o ser "castrado". El *complejo de castración* que surge así es de la mayor importancia tanto en la formación del carácter como de la neurosis.

Con el objeto de hacer más inteligible esta exposición condensada de mis descubrimientos sobre la vida sexual del hombre, he reunido las conclusiones a que llegué en diferentes fechas y las he incorporado a modo de suplemento o corrección en las ediciones ulteriores de mis *"Tres contribuciones a la teoría sexual"* (4). Espero que habrá sido fácil comprender la esencia de mis ampliaciones (a las que se ha dado tanta importancia y que han provocado tanta oposición) del concepto de la sexualidad. Ese ensanche es de dos clases. En una, la sexualidad está divorciada de su conexión demasiado estrecha con los genitales y es considerada como una función más amplia del cuerpo humano, teniendo como meta el placer y viniendo a servir sólo secundariamente para fines de reproducción. En la segunda, los impulsos sexuales incluyen todas aquellas tendencias meramente afectivas y amistosas a las que el uso aplica una palabra en extremo ambigua: "amor". No considero, sin embargo, que esta extensión sea innovadora

(4) (La primera edición alemana bajo el título de *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905).

sino *más bien restauradora:* significa la supresión de limitaciones impropias del concepto, a las que nos hemos dejado llevar.

La separación de la sexualidad y de los genitales tiene la ventaja de permitirnos poner las actividades sexuales de los niños y de los pervertidos en el mismo terreno de los adultos normales. A los primeros se les había descuidado por completo hasta ahora, y los segundos, aunque reconocidos, habían sido considerados con indignación moral e incomprensión. Miradas desde el punto de vista del psicoanálisis, se explican las perversiones más raras y repelentes, como manifestaciones de instintos componentes de la sexualidad que se han libertado de la primacía de los genitales y lanzados, por su cuenta, en la prosecución de placer, como lo hicieron en etapas precoces del desarrollo de la líbido. La perversión más importante de éstas, la homosexualidad, apenas merece tal nombre. Se puede hacer derivar de la bisexualidad constitucional de todos los seres humanos y de los efectos tardíos de la primacía fálica. El psicoanálisis nos capacita para reconocer en cada individuo uno u otro rastro de un objetivo homosexual. Si hubiera descrito a los niños como "perversos poliformos", habría usado sólo una terminología corriente; la frase no implica juicio moral. El psicoanálisis no tiene nada que hacer con tales juicios.

La segunda de mis ampliaciones del concepto de sexualidad encuentra su justificación en el hecho, revelado por la investigación psicoanalítica, de que todos esos impulsos afectivos eran, en su origen, de naturaleza enteramente sexual, pero que fueron o *in-*

hibidos en su finalidad o *sublimados*. La forma en que los instintos sexuales pueden ser así influídos o desviados les permite hacerse utilizables en actividades culturales de toda clase a las que, en realidad, aportan las más importantes contribuciones.

Mis sorprendentes descubrimientos sobre la sexualidad en el niño, fueron hechos, en un principio, por medio del análisis de adultos. Pero más tarde (desde más o menos 1908 hacia adelante) fueron posibles de confirmar en forma más satisfactoria y detallada por observaciones directas en niños. Es tan fácil convencerse de la actividad sexual regular de los niños que uno no puede menos que preguntarse con estupefacción cómo pudo la raza humana no advertir estos hechos y mantener durante tanto tiempo la grata leyenda de la asexualidad de la niñez. Estas circunstancias sorprendentes deben ser relacionadas con la amnesia con que la mayoría de los adultos ocultan su propia infancia.

IV

Las teorías de la resistencia y de la represión, del inconsciente, del significado etiológico de la vida sexual y de la importancia de las experiencias infantiles, forman los constituyentes principales de la estructura teórica del psicoanálisis. Por desgracia, en estas páginas sólo he podido describir los elementos separados y no sus entrelazamientos e influencias recíprocos. Pero ahora debo volver a las modificaciones que sufrió, por grados, la técnica del método analítico.

Los primeros medios que adopté en un principio para vencer la resistencia del paciente, empujándolo y alentándolo, han sido indispensables al propósito de obtener un cuadro general de lo que era de esperar. A la larga, sin embargo, demostraron implicar violencia por ambas partes, y, además, parecieron susceptibles de ciertas críticas evidentes. Cedieron el paso, por lo tanto, a otro método que era, en cierto modo, opuesto. En lugar de urgir al paciente para que dijera algo sobre un tema particular, le pedí que se abandonara a un proceso de *libre asociación,* es decir, que relatara todo lo que le viniera a su mente, dejando de dirigir a la conciencia sus ideas. Era esencial, sin embargo, que se comprometiera a informar literalmente sobre todo lo que surgía de su propia percepción, y no tolerar objeciones críticas que trataran de separar algunas asociaciones porque no eran suficientemente importantes, no sugerían nada o carecían totalmente de significado. No había ne-

cesidad de insistir explícitamente en que el paciente debía ser ingenuo al relatar sus pensamientos puesto que esta era la condición previa de todo el tratamiento analítico.

Puede parecer sorprendente que este método de libre asociación, puesto en práctica de acuerdo con la *regla fundamental del psicoanálisis,* diera los resultados que se esperaban, o sea, que llevara a la conciencia el material reprimido por las resistencias. No debemos olvidar, sin embargo, que la situación libre no es realmente libre. El paciente permanece bajo la influencia de la situación analítica, aun cuando no esté dirigiendo sus actividades mentales hacia un tema determinado. Tenemos derecho a suponer que no se le ocurrirá nada que no se relacione con esa situación. Su resistencia a extraer el material reprimido se expresará ahora en dos formas. Ante todo, como objeciones críticas: para ellas se creó la regla fundamental del psicoanálisis. Pero si el paciente observa ese principio y vence así sus reticencias, la resistencia encontrará otro medio de expresión. Se les arreglará de manera que el material reprimido sólo parecerá ante el paciente como algo que se le parece, de modo alusivo; y mientras mayor sea la resistencia, más remota será la asociación substituidora del hecho real que el analista busca. El analista que escucha sosegadamente, sin influir la corriente de asociaciones, y que, por experiencia, tiene una noción general de lo que se puede esperar, usa el material evidenciado por el paciente, de acuerdo con dos posibilidades. Si la resistencia es escasa, inferirá de las alusiones del enfermo el material inconsciente mismo; si es mayor, lo sabrá por las aso-

ciaciones—que parecen alejarse del tema—y se lo explicará al paciente. Debelar la resistencia es dar el primer paso para vencerla. El trabajo del analista exige, pues, *arte de interpretación*, que no es difícil de adquirir, pero que requiere tacto y práctica. No sólo porque ahorra esfuerzo, el método de libre asociación es superior al antiguo. Expone al paciente a una coacción mínima; no le permite perder contacto con la situación corriente y real; y garantiza, en mayor grado, la contemplación de todos los componentes en la estructura de la neurosis y, además, que no se introducirá en ella ninguno que provenga de lo que el analista espera. En esencia, corresponde al enfermo determinar el curso del análisis, y arreglar el material y el manejo de síntomas especiales se hace así imposible. En completo contraste con lo que ocurría con el hipnotismo y el método apremiante, el material entrelazado aparece en tiempos distintos y en puntos diferentes durante el tratamiento. El método analítico puede parecer, por tanto, obscuro, aunque no lo sea en absoluto.

Otra ventaja del método es que no se interrumpe nunca. Teóricamente debe ser, en todo momento, posible tener una asociación, siempre que no se condicione su carácter. Hay, no obstante, un caso en el cual sobreviene la interrupción en forma absolutamente regular: por singularidad misma puede este caso ser también interpretado.

Llego ahora a la descripción de un sector que agrega un rasgo esencial a mi cuadro del análisis y que puede reclamar, tanto técnica como teóricamente, que se le considere de primera importancia. En todo tratamiento analítico, surge, sin la intervención

del médico, una relación intensa entre el paciente y el analista de que se debe prescindir en la situación real. Puede ser de carácter positivo o negativo y oscilar entre los extremos de un amor apasionado, completamente sensual, y la expresión incontenida de amarga desconfianza y de odio. Esta *transferencia* —para darle su nombre abreviado—reemplaza pronto en la mente del paciente al deseo de ser curado y, mientras sea afectuosa y moderada, se convierte en agente de la influencia del médico y ni más ni menos que en la fuente principal del trabajo analítico de conjunto. Más adelante, cuando se ha hecho apasionada o se ha convertido en hostilidad, se torna en el instrumento principal de resistencia. Puede, pues, ocurrir que paralice el poder asociador del paciente y amenace el éxito del tratamiento. Sería, no obstante, insensato tratar de evadirla, porque un análisis sin transferencia es imposible. No se debe suponer, sin embargo, que ella es creada por el análisis y no aparece fuera de éste. La transferencia es simplemente revelada y aislada por el análisis. Es un fenómeno universal de la mente humana; determina el éxito de toda influencia médica y, en realidad, domina la totalidad de las relaciones de una persona con el medio humano. La podemos reconocer fácilmente como el mismo factor dinámico que los hipnotistas han llamado "sugestibilidad", y que es el agente de *rapport* hipnótico cuyo comportamiento imprevisible conduce a dificultades semejantes en el método catártico. Cuando no hay inclinación a la transferencia de emociones como ésta, o cuando se ha hecho enteramente negativa—como sucede en

la demencia precoz o paranoia—no hay posibilidad de influir al paciente por métodos psicológicos.

Es perfectamente cierto que el psicoanálisis, como otros medios psicoterapéuticos, emplea el instrumento de la sugestión (o transferencia). Pero la diferencia es ésta. En el análisis no se le permite jugar el papel decisivo en la determinación de los resultados terapéuticos. Se acostumbra, en cambio, a inducir al paciente a que realice una parte del trabajo mental — el vencimiento de sus transferencia-resistencias — que implica una transformación permanente de su organización mental. Con el análisis, la transferencia se hace consciente para el enfermo y se la soluciona convenciéndole de que en su actitud está *reexperimentando* las relaciones emocionales que se originaron en la sujeción al objeto, durante el período de represión de su niñez. En esta forma la transferencia se convierte del arma más fuerte de resistencia, en el mejor instrumento del tratamiento analítico. Su manejo sigue siendo, sin embargo, la parte más difícil y la más importante para la técnica del análisis.

Con ayuda del método de asociación libre y con el arte estrechamente relacionado de la interpretación, el psicoanálisis logró realizar algo que no parecía ser de importancia práctica, pero que de hecho condujo a una actitud nueva y a una nueva escala de valores en el pensamiento científico. Fué posible probar que los sueños tienen un significado y descubrirlo. En la antigüedad clásica se atribuyó gran importancia a los sueños como predicciones del futuro, pero la ciencia moderna nada quiso hacer con ellos. Se les entregó a la superstición declarando que eran

procesos puramente "somáticos" — una especie de espasmo que sobreviene a la mente dormida—. Parecía completamente inconcebible que alguien que hubiera hecho trabajos científicos serios pudiera darse a conocer como "interpretador de sueños", pero prescindiendo de la excomunión pronunciada tratándolos como síntomas neuróticos inexplicados, como ideas engañosas u obsesivas, menospreciando su contenido aparente y haciendo de sus imágenes componentes y separadas, temas de libre asociación, el psicoanálisis llegó a una conclusión diferente. Las numerosas asociaciones establecidas por el soñador condujeron al descubrimiento de una estructura mental que no pudo ya ser descrita como absurda o confusa sino en plan de igualdad con cualquier otro producto de la mente, del cual el sueño manifiesto no era sino una traducción desfigurada, abreviada e incomprendida y, de ordinario, una traducción en imágenes visuales. Estas *ideas-sueños latentes* envolvían el significado del sueño, en tanto que su contenido manifiesto era simplemente un subterfugio, una fachada, que podía servir como punto de partida para las asociaciones, pero no para la interpretación. Había ahora una serie completa de preguntas que contestar, entre las cuales las más importantes eran si había motivo para la formación de los sueños, bajo qué condiciones se realizaban, por qué métodos los sueños-ideas (que están invariablemente llenos de sentido) se convierten en sueños (que son de ordinario insensatos) y otras más. Traté de resolver todos estos problemas en *"La interpretación de los sueños"* (1), que publiqué en 1900. Sólo tengo espacio para un

(1) Die Traumdeutung, Viena, 1900.

brevísimo extracto de mi investigación. Cuando se revelan las ideas-sueños latentes por medio del análisis de un sueño, se encuentra que una domina sobre las demás y ella es inteligible y bien conocida para el soñador. Estos pensamientos son los residuos de la vida de vigilia (los *residuos del día*, como se les llama técnicamente); pero se encuentra que la idea aislada es un impulso en forma de deseo, a menudo de calidad muy repelente, que es ajeno a la vida de vigilia del soñador y que éste rechaza, en consecuencia, con sorpresa e indignación. Este impulso es el constructor real del sueño; suministra la energía para su producción y utiliza como material los residuos del día; el sueño así originado representa una situación que satisface el impulso; es la realización del deseo que el impulso contiene. Este impulso no podría tener lugar si no fuera favorecido por la presencia de algo en la naturaleza del estado dormido. La condición mental previa de estar dormido, es la concentración del ego en el deseo de dormir y la substracción de energía psíquica de todos los intereses de la vida. Puesto que al mismo tiempo todos los caminos de aproximación a la movilidad están cegados, el ego puede reducir el gasto de energía que en otros momentos mantiene las represiones. El impulso inconsciente usa esta relajación nocturna de la represión para abrirse paso en la conciencia con el sueño. Pero la resistencia reflexiva del ego no está abolida en el sueño, sino simplemente reducida. Parte de ella subsiste en forma de una *censura de los sueños* e impide al impulso inconsciente expresarse en las formas que uno supondría. Debido a la severidad de la censura de sueños, las ideas-sueños latentes se

ven obligadas a someterse a una alteración y aplacamiento, de manera que el significado prohibido del sueño se haga inconocible. Esto explica la deformación del sueño, que justifica las características más llamativas del sueño manifiesto. Estamos, pues, autorizados para afirmar que el sueño es la satisfacción (deformada) de un deseo (reprimido). Se verá ahora que los sueños se construyen como los síntomas neuróticos: son compromisos entre las demandas de un impulso reprimido y la resistencia de una fuerza censora en el ego. Puesto que tienen origen similar, son igualmente inteligibles y requieren interpretación.

No es difícil descubrir la función general del sueño. Sirve al propósito de atenuar los estímulos externos e internos que tenderían a despertar al dormido, asegurando así un sueño sin interrupción. Los estímulos externos son detenidos dándoles una nueva interpretación y tejiéndolos en forma inocua; los internos, causados por la presión de los instintos, son libertados, y se les permite encontrar satisfacción en la formación de ensueños, mientras la idea-sueño latente se somete al control de la censura. Pero si amenazan desencadenarse, y el significado del sueño se hace demasiado evidente, el que duerme interrumpe el sueño y despierta con ansiedad. (Los sueños de esta clase son conocidos como *sueños angustiosos.)* Fracasos semejantes en la función de soñar se producen si un estímulo externo se hace demasiado fuerte para ser atenuado. He dado el nombre de *trabajo del sueño* al proceso que, con cooperación de la censura, convierte las ideas latentes en contenido manifiesto del sueño. Consiste en una forma especial de tratar el material preconsciente del pensamiento, de manera

que sus componentes se *condensen*, su énfasis mental se *desplace* y que la totalidad se traduzca en imágenes visuales o se *dramatice* y que se modifique por una engañosa *elaboración secundaria*. El trabajo del sueño es un excelente ejemplo de los procesos que ocurren en las capas más profundas, inconscientes, de la mente, que difieren considerablemente de los procesos normales y conocidos del pensamiento. Despliega además una cantidad de características arcaicas, como el uso del *simbolismo* (en este caso de variedad predominante sexual), que ha sido, desde entonces, posible descubrir en otras esferas de la actividad mental.

Hemos explicado que el impulso inconsciente hace que el sueño se relacione con parte de los residuos del día, con algún interés no agotado de la vida de vigilia; así, el sueño que se genera no tiene doble valor para el trabajo de análisis. Es cierto que, por una parte, un sueño que ha sido analizado se revela como la realización de un deseo reprimido; pero, por otra, será la continuación de alguna actividad preconsciente del día anterior y contendrá materia de una clase u otra, sea que exprese una resolución, una advertencia, una reflexión o, de nuevo, la satisfacción de un deseo. El análisis explota el sueño en ambas direcciones como un medio de conocer tanto los procesos conscientes como los inconscientes del individuo. Se aprovecha también del hecho de que los sueños tienen acceso al material olvidado de la niñez, en forma tal que la amnesia infantil es, en su mayor parte, vencida al interpretar los sueños. Así los sueños desempeñan parte de la labor que antes cumplía el hipnotismo. Por otro lado, nunca he afirmado, co-

mo se ha dicho tantas veces, que la interpretación de los sueños demuestre que éstos tienen un contenido sexual o son derivados de motivos sexuales. Es fácil ver que el hambre, la sed o la necesidad de excretar pueden producir sueños de satisfacción tan bien como cualquier impulso egoísta o sexual reprimido. El caso de los niños pequeños nos suministra una prueba adecuada de la validez de nuestra teoría de los sueños. En ellos los distintos sistemas psíquicos no están todavía claramente delimitados y las represiones no se han profundizado, de manera que nos encontramos frecuentemente con sueños que no son sino la realización modificada de impulsos que provienen de la vida de vigilia. Bajo la influencia de necesidades imperativas, los adultos pueden también producir sueños de ese tipo infantil (2).

Así como el psicoanálisis usa la interpretación de los sueños, aprovecha también los pequeños errores que las gentes cometen — acciones sintomáticas, como se las llama—. Investigué este asunto en una serie de trabajos que se condensaron, por primera vez, en forma de libro, en 1904, bajo el título de *Psicopatología de la vida cotidiana* (3). En este trabajo de amplia circulación, he probado que estos fenómenos no son accidentales, que requieren más que una explicación fisiológica, tienen un significado susceptible de interpretación, y se justifica deducir de

(2) (Nota adicional: 1935). Cuando se considera con cuánta frecuencia la función de soñar fracasa, el sueño bien puede ser caracterizado como una *tentativa* a la satisfacción del deseo. La vieja definición de sueño de Aristóteles, como vida mental mientras se está dormido, subsiste. Esa fué la razón para que escogiera como título de mi libro no *El sueño*, sino la *Interpretación de los sueños*.

(3) *Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, Berlín, 1914.

ellos la existencia de impulsos e intenciones refrenados o reprimidos. Pero lo que constituye la enorme importancia de la interpretación de los sueños, como la de este último estudio, no es la ayuda que ella suministra al trabajo de análisis, sino otro de sus atributos. Antes el psicoanálisis se había limitado a la solución de fenómenos patológicos y a fin de explicarlos tuvo, a menudo, que hacer suposiciones cuya amplitud era desproporcionada a la importancia del material real bajo consideración. Pero cuando llegó a los sueños no manejaba ya un síntoma patológico, sino un fenómeno de la vida mental normal, que podía ocurrir en cualquier persona sana. Si resultaba que los sueños eran construídos como síntomas, y su explicación requería las mismas suposiciones — la represión de impulsos, la formación de substitutos, el establecimiento de transacciones, la división del consciente y el inconsciente en varios sistemas psíquicos—, entonces el psicoanálisis no era ya una ciencia subsidiaria en el campo de la psicopatología; era más bien la base de una ciencia de la mente, nueva y más profunda, que podría ser igualmente indispensable para el entendimiento de lo normal. Sus postulados y hallazgos podían trascender a otras regiones del proceso mental y se abría un camino que conducía muy lejos en las esferas del interés universal.

V

Debo interrumpir mi relación del crecimiento interno del psicoanálisis para referirme a su historia externa. Hasta ahora, de sus descubrimientos me he referido, en su mayor parte, a los que fueron resultados de mi propio trabajo; pero he usado en mi relato material de fechas ulteriores y no he distinguido entre mis propias contribuciones y las de mis discípulos y continuadores.

Durante más de diez años, a partir de mi separación de Breuer, no tuve continuadores. En Viena se me equivocó y en el extranjero pasé inadvertido. Mi *Interpretación de los sueños*, publicada en 1900, fué apenas revisada en las revistas técnicas. En mi trabajo, "De la historia del movimiento psicoanalítico", conté un caso de la actitud adoptada por los círculos psiquiátricos de Viena: una conversación con un ayudante de la Clínica, que había escrito un libro contra mis teorías, pero que no había leído nunca mi *Interpretación de los sueños*. Se le había dicho allí que no valía la pena. La persona en referencia, que después llegó a ser profesor, ha ido tan lejos como para repudiar mi relato de la conversación y despertar dudas sobre la exactitud general de mis recuerdos. Puedo decir solamente que mantengo cada palabra de dicha relación. Tan pronto como entendí la naturaleza inevitable de lo que se me oponía, mi sensibilidad disminuyó considerablemente. Además, mi aislamiento se esfumó por grados. Al comienzo, un pequeño círculo de discípulos se agrupó alrededor

mío en Viena; más tarde, después de 1906, llegaron noticias de que los psiquiatras de Zurich, E. Bleuler, su ayudante C. G. Jung, y otros, estaban tomando vivo interés en el psicoanálisis. Nos pusimos en contacto personal y en la Semana Santa de 1908, los amigos de la nueva ciencia se reunieron en Salzburg, acordaron repetir regularmente estos congresos informales y decidieron publicar una revista, que fué editada por Jung y llamada *Jahrbusch für psychopathologische und psychoanalytische Forschungen.* Apareció bajo la dirección de Bleuler y mía, y dejó de publicarse en los comienzos de la Gran Guerra. Al mismo tiempo que los psiquiatras suizos se unían al movimiento, se despertaba interés por el psicoanálisis en Alemania, donde llegó a ser tema de una serie de comentarios escritos, como también de animada discusión en congresos científicos. Pero la recepción no fué en ninguna parte cordial, ni siquiera benévolamente imparcial. Después del conocimiento más sucinto del psicoanálisis, la ciencia alemana se unió para rechazarlo.

Aun hoy, es, por cierto, imposible para mí prever el juicio final de la posteridad sobre el valor del psicoanálisis en la psiquiatría, la psicología y las ciencias mentales en general. Pero imagino que, cuando se escriba la historia de la fase porque hemos pasado, la ciencia alemana no tendrá razones para sentirse orgullosa de los que la representaban. No pienso en que rechazaron el psicoanálisis o en la forma rotunda en que lo hicieron; ambas cosas son fácilmente inteligibles, había que esperarlas, y no desacreditaron a los oponentes del análisis. Pero para el grado de arrogancia que desplegaron, para su desprecio de

la lógica y para la rudeza y el mal gusto no puede haber excusas. Podría decirse que es ingenuo de mi parte dar rienda suelta ahora a tales sentimientos, después que han pasado quince años; no lo haría si no fuera que tengo algo más que agregar. Años más tarde, durante la Gran Guerra, cuando un coro de enemigos culpaba a la nación alemana de barbarie, un cargo que resume todo lo que he escrito más arriba, me dolió profundamente comprobar que mi propia experiencia no me permitía contradecirlos.

Uno de mis oponentes se vanagloriaba de hacer callar a sus pacientes apenas comenzaban a hablar de algo sexual, y pensaba, evidentemente, que esta técnica le daba derecho para juzgar el papel desempeñado por la sexualidad en la neurosis. Fuera de las resistencias emocionales, explicadas tan fácilmente por la teoría psicoanalítica que es imposible desorientarse, me parecía que el obstáculo principal para un acuerdo reside en el hecho de que mis opositores consideraban al psicoanálisis como un producto de mi imaginación especulativa y no querían creer en el trabajo largo, paciente y desprejuiciado con que lo había construído. Puesto que, en opinión de ellos, el análisis no tiene nada que hacer con la observación o la experiencia, creían que era justificado rechazarlo sin experimentarlo. Otros, que no se sentían tan fuertemente convencidos, repetían en su resistencia la clásica maniobra de no mirar a través del microscopio para no ver lo que habían negado. Es, en realidad, notable con qué incorrección actúa la mayor parte de la gente cuando se ve obligada a juzgar por sí misma un tema nuevo. Durante años he oído a críticos "benévolos"—y lo mismo me dicen

hoy—que el psicoanálisis tiene la razón hasta tal o cual punto, más allá del cual comienza a exagerar o generalizar sin justificación. Pero sé que, en tanto que nada es más difícil que trazar tal línea, los críticos ignoraban completamente el tema pocas semanas o días antes.

El resultado del anatema oficial contra el psicoanálisis fué que sus cultivadores comenzaron a agruparse. En el segundo congreso, reunido en Nuremberg en 1910, constituyeron, a iniciativas de Ferenczi, una "Asociación internacional de psicoanálisis", dividida en un número de sociedades locales, pero bajo un presidente común. La Asociación sobrevivió más allá de la Gran Guerra y existe todavía. Tiene hoy ramas en Austria, Alemania, Hungría, Suiza, Gran Bretaña, Holanda, Rusia e India, y dos en los Estados Unidos. Logré que C. G. Jung fuera nombrado primero presidente, lo que demostró ser más tarde el paso más desgraciado. Al mismo tiempo, se inició una segunda revista destinada al psicoanálisis, la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, editada por Adler y Stekel, y más tarde una tercera, *Imago*, publicada por dos analistas no médicos, H. Sachs y O. Rank, y destinada a abordar la aplicación del análisis a las ciencias mentales. Poco después Bleuler publicó un trabajo en defensa del psicoanálisis (1). Aunque era un alivio encontrar que la honradez y la rectitud lógica tomaban parte, esta vez, en la disputa, no pude, sin embargo, sentirme completamente satisfecho con el ensayo de Bleuler. Insistió demasiado en sus apariencias de imparcialidad: no es azar el que nuestra ciencia le de-

(1) "Die Psychoanalyse Freuds", *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, Bd. II, 1910.

ba a él el valioso concepto de *ambivalencia*. En trabajos posteriores Bleuler adoptó tal actitud crítica hacia la estructura teórica del psicoanálisis y rechazó o puso en duda partes tan esenciales de él, que no pude menos que preguntarme, con sorpresa, qué le quedaba por admirar. Posteriormente ha lanzado las más fuertes defensas en favor de la "psicología de la profundidad", y ha basado en ella su amplio estudio de las esquizofrenias. No obstante, Breuler no permaneció mucho tiempo como miembro de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, sino que renunció de resultas de un disgusto con Jung, y así se perdió para el análisis el Burghölzli (2).

La reprobación oficial no pudo impedir el desarrollo del psicoanálisis ni en Alemania ni en otros países. En un trabajo (3) seguí las etapas de su desarrollo y di los nombres de los que fueron sus primeros representantes. En 1909, G. Stanley Hall nos invitó a América, a Jung y a mí, para concurrir a la Universidad de Clark en Worcester, Mass., de la que era presidente, y a dar una semana de conferencias (en alemán) con motivo de la celebración del vigésimo aniversario de la fundación de ese organismo. Hall era estimado, con justicia, como psicólogo y educador y había introducido el psicoanálisis en sus cursos, algunos años antes; tenía algo de hacedor de reyes, un placer en crear autoridades y de ponerlas después. Conocimos también a James J. Putnam, el neurólogo de Harvard, quien, a pesar de su edad, era un sostenedor entusiasta del psicoanálisis e imponía todo el peso de su personalidad, universalmente

(2) El hospital mental público de Zurich.
(3) "Historia del movimiento psicoanalítico".

respetada, en la defensa del valor cultural del análisis y en la pureza de sus propósitos. Era un hombre estimable en quien, como reacción contra una predisposición a la neurosis obsesionante, predominaba un prejuicio ético; la única cosa que lamentamos en él, fué su tendencia a relacionar el psicoanálisis con un sistema filosófico especial y a hacerlo servir fines morales. Otro acontecimiento de esta época que produjo en mí una impresión duradera, fué el encuentro con William James, el filósofo. No olvidaré nunca una pequeña escena que ocurrió mientras caminábamos juntos. Se detuvo bruscamente, me pasó una maleta que llevaba, y me pidió que siguiera andando, diciendo que me alcanzaría tan pronto como pasara un ataque de angina pectoris que comenzaba. Murió de esa enfermedad un año más tarde, y he deseado siempre que pudiera ser yo tan temerario como él, frente a una muerte próxima.

En aquel tiempo yo tenía sólo cincuenta y tres años, me sentía fuerte y sano, y mi breve visita al nuevo mundo estimuló mi propia estimación, en todo sentido. En Europa me sentía como si fuera despreciado, pero en América me vi recibido como igual por los hombres más destacados. Mientras avanzaba en la plataforma de Worcester para pronunciar mis *cinco conferencias sobre psicoanálisis,* me parecía que aquello era la realización de un sueño increíble: el psicoanálisis no era ya un producto de la ilusión; sino que se había convertido en parte valiosa de la realidad. No ha perdido terreno en América desde nuestra visita; es extraordinariamente popular entre el público profano y es considerado por un número de psiquiatras oficiales como un elemento importan-

te en la educación médica. Por desgracia, ha sufrido, sin embargo, considerablemente al diluirse. Además, muchos abusos que no tienen relación con él se cubren bajo su nombre, y hay pocas oportunidades de entrenamiento prolijo, en técnica o en teoría. En América, también, ha entrado en conflicto con el Behaviorismo, una teoría que es suficientemente ingenua como para presumir que ha resuelto todo el problema de la psicología.

En Europa, durante los años de 1911 a 1913, se produjeron dos movimientos separatistas del psicoanálisis, conducidos por hombres que habían jugado antes un papel preponderante en la joven ciencia, Alfred Adler y C. G. Jung. Ambos movimientos parecían muy amenazadores y obtuvieron rápidamente un gran auge. Pero su fuerza reside, no en el contenido propio, sino en la oportunidad que ofrecen de liberarse de aquellos que se consideraron como hallazgos repelentes del psicoanálisis, sin necesidad de rechazar su material real. Jung trató de dar a los hechos de análisis una interpretación nueva de carácter abstracto, impersonal y no histórico, y esperaba escapar así a la necesidad de reconocer la importancia de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo, como también la de todo análisis de la niñez. Adler parecía alejarse aún más del psicoanálisis: repudió enteramente la importancia de la sexualidad, relacionó la formación, tanto del carácter como de las neurosis, con el deseo de poder de los hombres y con la necesidad de compensar su inferioridad constitucional, y echó al viento todos los descubrimientos psicológicos del psicoanálisis. Pero lo que había rechazado, se buscó camino en su sistema cerrado con

otros nombres: su "protesta masculina" no es otra cosa que la represión sexualizada injustificadamente. La crítica con que los dos heréticos fueron acogidos era suave; insistí solamente en que Adler y Jung deberían de dejar de describir sus teorías como psicoanálisis. Después de un lapso de diez años se puede afirmar que ambos intentos contra el psicoanálisis han explotado sin hacer daño.

Si una comunidad está basada en el acuerdo en unos cuantos puntos cardinales, es evidente que los que han abandonado el campo común dejarán de pertenecer a él. No obstante, la secesión de mis antiguos discípulos ha sido a menudo esgrimida contra mí como signo de mi intolerancia o considerada como una fatalidad especial que me persigue. En respuesta, será suficiente subrayar que en oposición a aquellos que me han dejado—como Jung, Adler Stekel y otros pocos—hay un gran número—como Abraham, Eintingon, Ferenczi, Rank, Jones, Brill, Sachs, Pfister, Van Emden, Reik y otros—que han trabajado conmigo durante quince años de leal colaboración y mantenido, en su mayoría, una amistad ininterrumpida. He mencionado solamente a mis discípulos más antiguos que se han granjeado ya un nombre distinguido en la literatura del psicoanálisis; si he prescindido de otros, ello no se ha de considerar ligeramente, puesto que entre los jóvenes y los que se me han adherido últimamente hay talentos en los que pueden cifrarse grandes esperanzas. Pienso que puedo agregar en mi defensa que un hombre intolerante, dominado por una creencia arrogante en su propia infalibilidad, no habría podido mantener su influencia sobre tanta gente inteligente, en especial si tiene

a su disposición tan pocas atracciones prácticas que ofrecer.

La Gran Guerra, que destruyó tantas otras organizaciones, nada pudo hacer contra nuestra "Internacional". La primera reunión después de la guerra tuvo lugar en 1920, en La Haya, en terreno neutral. Resultó conmovedor ver la hospitalidad con que los holandeses recibían a los súbditos empobrecidos y hambrientos de los estados de la Europa central, y creo que ésta fué la primera oportunidad, en un mundo arruinado, en que ingleses y alemanes se sentaron ante la misma mesa para discutir amistosamente de intereses científicos. Tanto en Alemania como en los países de la Europa occidental la guerra había estimulado realmente la afición por el psicoanálisis. La observación de las neurosis de guerra había abierto los ojos de la profesión médica a la importancia de la psicogénesis en los trastornos neuróticos, y algunas de nuestras concepciones psicológicas como la "ventaja de estar enfermo" y la "huída hacia la enfermedad" se hicieron bruscamente populares. Al último congreso, antes del colapso germano, que se celebró en Budapest en 1918, concurrieron representantes oficiales de los gobiernos aliados de la Europa central, y convinieron en establecer estaciones psicoanalíticas para el tratamiento de las neurosis de guerra. Pero este punto no se alcanzó nunca. Asimismo los amplios planes de uno de nuestros miembros dirigentes, doctor Anton Freund, de establecer en Budapest un centro de estudio analítico y tratamiento, fracasó como consecuencia de los desórdenes políticos y de la muerte prematura de su generoso autor. En fecha posterior, algunas de sus ideas fueron puestas en

práctica por Max Eitingon, quien, en 1920, fundó una clínica psicoanalítica en Berlín. Durante el breve período de gobierno bolchevique en Hungría, Ferenczi pudo realizar un curso eficiente de instrucción como representante oficial del psicoanálisis en la Universidad de Budapest. Después de la guerra, sus oponentes anunciaron con gran júbilo que los acontecimientos habían suministrado un argumento concluyente contra la validez de las tesis del análisis. Las neurosis de guerra, dijeron, habían demostrado que los factores sexuales eran innecesarios en la etiología de los trastornos neuróticos. Pero su triunfo fué frívolo y prematuro. Porque, de un lado, ninguno pudo ejecutar un análisis prolijo de un caso de neurosis de guerra, de modo que, en realidad, nada exacto se supo sobre su motivación y no se pudieron desprender conclusiones de esta incertidumbre; en tanto que, por otra parte, el análisis había llegado mucho antes al concepto del narcisismo y de la neurosis narcisística en que la libido del sujeto está orientada hacia el propio ego y no hacia un objeto. Aunque en otras ocasiones se había inculpado al psicoanálisis de extender injustificadamente el concepto de sexualidad, cuando se hacía conveniente para fines polémicos, este crimen era olvidado y éramos sojuzgados en la acepción más estrecha de la palabra.

Si se deja de lado el período catártico preliminar, la historia del psicoanálisis, desde mi punto de vista, se desarrolla en dos fases. En la primera me alcé solo y tuve que hacer todo el trabajo: esto fué desde 1895-96 hasta 1906 o 1907. En la segunda, que dura hasta los tiempos presentes, las contribuciones de mis alumnos y colaboradores han aumentado pro-

gresivamente de importancia, de manera que hoy, en que una grave enfermedad me anuncia un fin próximo, puedo pensar con serenidad en la cesación de mi tarea propia. Por esta misma razón, sin embargo, me es imposible abarcar en este *Estudio autobiográfico* tan plenamente el progreso del psicoanálisis durante la segunda fase, como lo hice de su nacimiento gradual durante la primera, que comprendía solamente mi propia actividad. Estimo que estaría justificado mencionar únicamente aquí esos nuevos descubrimientos en los que he juzgado todavía un papel prominente, de preferencia, por tanto, aquellos hechos en la esfera del narcisismo, de la teoría de los instintos y de la aplicación del psicoanálisis a la psicosis.

Debo comenzar por agregar que una experiencia creciente me ha demostrado con más y más claridad que el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis. Es a la vez la cúspide de la vida sexual infantil y el punto de divergencia de donde proceden todos sus desarrollos ulteriores. Pero si es así, no puede ya esperarse que el análisis descubra un factor que es específico en la teoría de las neurosis. Debe ser verdad, como Jung expresaba tan bien en los primeros tiempos, cuando era todavía un analista, que las neurosis no tienen contenido peculiar que pertenezca exclusivamente a ellas, sino que la crisis neurótica ofrece las mismas dificultades que son vencidas eficientemente por los individuos normales. Este descubrimiento estaba lejos de ser una decepción. Estaba en completa armonía con otros: que la psicología de profundidad, revelada por el psicoanálisis, era, en realidad, la psicología de la mente normal. Nuestra

marcha ha sido como la de la química: las grandes diferencias cualitativas entre las sustancias fueron relacionadas con variaciones cuantitativas en las proporciones en que se combinan los mismos elementos.

En el complejo de Edipo, la libido está orientada hacia la imagen de los padres. Pero en períodos anteriores no hubo tales objetos. De este hecho, se derivó el concepto (de importancia fundamental para la teoría de la libido) de un estado en el cual la libido del sujeto llenó el *ego* propio y la tuvo a ella por objetivo. Este estado pudo llamarse narcisismo o amor de sí mismo. Un momento de reflexión demostró que esta etapa nunca termina por completo. Durante toda la vida del sujeto, el *ego* sigue siendo el gran emporio de reserva de la libido, del cual se irradia la orientación hacia los objetos y hacia la que la libido puede refluir desde los objetos. Así la libido narcisística es constantemente convertida en libido-objeto y viceversa. Un ejemplo excelente de la magnitud que esta conversión puede alcanzar, es suministrada por la devoción sexual o sublimada que envuelve un sacrificio del yo. Por cuanto hasta ahora, al considerar el proceso de represión, se prestó atención solamente a lo reprimido, estas ideas permitieron estimar correctamente las fuerzas represoras. Se ha dicho que la presión es puesta en acción por los instintos de preservación propia que operan en el ego (los instintos del *ego)* y que se la hizo descansar sobre los instintos de libido. Pero puesto que los instintos de conservación propia son considerados ahora como de naturaleza también libidica, como libidonarcisísticos, se vió que el proceso de represión ocurre dentro de ella misma; la libido narcisística fué opuesta a la li-

bido-objeto; los intereses de propia conservación se defienden contra las demandas del amor-objeto, o sea, contra las demandas de la sexualidad en su sentido más estrecho.

No hay necesidad más urgente en psicología que la de una teoría bien fundada de los instintos en la que se pueda seguir construyendo. No existe nada de este orden, sin embargo, y el psicoanálisis se ve obligado a esfuerzos tentativos hacia tal teoría. Comenzó por dibujar el contraste entre los instintos del ego (el instinto de propia conservación, el hambre) y los de la libido (amor), pero los reemplazó más tarde por otro contraste entre la libido narcisística y la de objeto. Claramente, esta no era la última palabra en la materia; consideraciones biológicas parecían hacer imposible el quedarse contento con suponer la existencia de una sola clase de instintos.

En los trabajos de mis últimos años *(Más allá del principio del placer, La psicología de grupo y el análisis del ego, y El ego y el id)* (4), he dado rienda suelta a la tendencia a especular que dominé por tanto tiempo, y recurrido a una nueva solución del problema de los instintos. He combinado los de propia conservación y los de conservación de la especie bajo el concepto de *Eros* y los he opuesto a un instinto de muerte o destrucción que trabaja en silencio. El instinto, en general, es considerado como una especie de elasticidad de las cosas vivientes, un impulso hacia la restauración de situaciones que existieron una vez, pero que fueron terminadas por un trastorno externo. Este carácter esencialmente conserva-

(4) *Jenseits des Lustprinzips*, Viena, 1920; *Masserpsycologie und Ichanalyse*, Viena, 1921, y *Das Ich und das Es*, Viena, 1923.

dor de los instintos encuentra ejemplo en los fenómenos de la *obligación de repetir*. El cuadro que la vida nos presenta es el resultado de la acción del Eros y del instinto de muerte juntos y en lucha.

Queda por ver si esta construcción resultará útil. Aunque emana de un deseo de fijar algunas de las ideas teóricas más importantes del psicoanálisis, va más allá de él. He oído decir repetidamente y con disgusto que es imposible tomar en serio una ciencia cuyos conceptos más generales, como los de libido y de instinto, carecen de precisión. Pero este reproche está basado en una concepción completamente falsa de los hechos. Los conceptos fundamentales claros y las definiciones marcadamente dibujadas son posibles en las ciencias mentales sólo cuando tratan de ajustar un grupo de hechos en el marco de un sistema lógico. En las ciencias naturales, de las que la psicología es una, tales conceptos generales nítidamente demarcados son superfluos y en realidad imposibles. La zoología y la botánica no partieron de definiciones correctas y adecuadas de un animal y una planta. La física misma no habría hecho ningún avance si hubiera tenido que esperar hasta que sus conceptos de materia, fuerza, gravitación y otros hubieran alcanzado el grado deseable de claridad y precisión. Los conceptos fundamentales o las ideas más generales en cualquiera de las disciplinas de la ciencia se dejan siempre indeterminados al principio, y entonces son explicados refiriéndolos al reino de fenómenos de que derivaron; únicamente por medio de un análisis progresivo del material de observación puede aclararse y encontrar un significado revelador y consistente. He estimado siempre como in-

justicia grosera que las gentes rehusen tratar al psicoanálisis como cualquier otra ciencia. Este rechazo encuentra expresión en las más obstinadas objeciones. Se reprochó constantemente al psicoanálisis sus insuficiencias, aunque es evidente que una ciencia basada en la observación no tiene alternativas, y tiene que elaborar sus hallazgos por parcialidades y resolver sus problemas uno a uno. De nuevo, cuando traté de obtener para la función sexual el reconocimiento que se le había quitado hace tanto tiempo, la teoría psicoanalítica fué calificada de "pansexualismo". Y cuando subrayé la importancia, menospreciada hasta entonces, del papel que juegan las impresiones accidentales de la primera juventud, se me dijo que el psicoanálisis estaba negando los factores constitucionales y hereditarios, algo que nunca soñé hacer. La cosa era contradecir a cualquier precio y por cualquier medio.

He hecho tentativas en etapas anteriores de mi trabajo de llegar a puntos de vista más generales, partiendo de las observaciones del psicoanálisis. En un ensayo corto, "Fórmulas relativas a los dos principios de la función mental" (5), publicado en 1911, llamé la atención (y por cierto, no hubo nada de original en esto) hacia el dominio del principio del placer-dolor en la vida mental y su desplazamiento por el llamado principio de realidad. Más tarde (1915-17), traté de producir una "Metapsicología". Entendía por esto un método de aproximación de acuerdo con el cual todo proceso mental es considerado en relación

---

(5) *Jahrbuch fur psychoanalytische und psycopathologische Forschungen*, Bd. III, 1911. La traducción inglesa en *Trabajos coleccionados*, Vol. IV.

con las tres coordenadas que describí como dinámica, topográfica y económica, respectivamente; y esto me parecía representar el papel más remoto que la psicología puede alcanzar. El intento permaneció como un esbozo nada más, después de escribir dos o tres trabajos—"Los instintos y sus vicisitudes", "Represión", "El inconsciente", "Duelo y melancolía" (6), etc. —me desistí, quizás sensatamente, puesto que el tiempo para prédicas teóricas de esta especie no había llegado todavía. En mis trabajos especulativos más recientes, emprendí la tarea de disecar nuestro aparato mental sobre la base de la consideración analítica de hechos patológicos y la dividí en un ego, un *id* y un *superego* (7). El superego es el heredero del complejo de Edipo que representa los niveles éticos de la humanidad.

No querría crear la impresión de que durante este último período de mi trabajo he abandonado la observación paciente y me he entregado enteramente a la especulación; por el contrario, he permanecido en el más estrecho contacto con el material analítico y nunca he dejado de trabajar en puntos detallados de importancia técnica o clínica. Aun cuando me he alejado de la observación, evité cuidadosamente todo contacto con la filosofía propiamente tal. Esta exclusión fué grandemente facilitada por mi incapacidad constitucional. Estuve siempre abierto a las ideas de G. T. Fetchner, y he seguido a ese pensador en muchos puntos importantes. La larga extensión en que el psicoanálisis coincide con la filosofía de Scho-

---

(6) Publicados en el *Zeitschrift für Psychoanalyse* entre 1915 y 1917. Traducción inglesa en *Trabajos coleccionados,* Vol. IV.

(7) *El ego y el id.*

penhauer—no sólo afirmó él el predominio de las emociones y la importancia suprema de la sexualidad, sino que advirtió aún el mecanismo de represión—, no hay que atribuirla a mi conocimiento de su enseñanza. Leí a Schopenhauer muy tardíamente. A Nietzsche, otro filósofo cuyas adivinaciones e intuiciones se avienen a menudo, de la manera más sorprendente con los hallazgos laboriosos del psicoanálisis, lo evité por largo tiempo por esa misma razón; me importaba menos la cuestión de prioridad que la de mantener mi mente despejada.

Las neurosis fueron el primer tema de análisis y, por largo tiempo, el único. Ningún analista puede dudar que la práctica médica erró al separar esos desórdenes de la psicosis y al unirlos con las enfermedades nerviosas orgánicas. La teoría de las neurosis pertenece a la psiquiatría, y es indispensable como introducción a ella. Parecería, no obstante, que el estudio analítico de la psicosis es impracticable, debido a su carencia de resultados terapéuticos. De ordinario, los enfermos mentales no tienen capacidad para formar transferencias positivas, de modo que el instrumento principal de la técnica analítica no es aplicable a ellos. Hay, sin embargo, que encontrar un número de métodos de aproximación. La transferencia no está, con frecuencia, tan completamente ausente que no pueda ser usada hasta cierto punto; y el análisis ha logrado éxitos indudables con depresiones psíquicas, modificaciones paranoicas débiles y esquizofrenias parciales. Por lo menos ha sido un beneficio para la ciencia que en muchos casos el diagnóstico pueda oscilar por mucho tiempo entre la presencia de una psiconeurosis o de una demencia

precoz; porque las tentativas terapéuticas emprendidas en tales casos han conducido a descubrimientos valiosos antes que haya que abandonarlas. Pero la consideración principal a este respecto es que tantas cosas que en las neurosis tienen que ser extraídas con esfuerzo de las profundidades se encuentran, en la psicosis, en la superficie, visible a todos. Es por eso que los mejores sujetos para la demostración de muchas de las afirmaciones del análisis son suministrados por la clínica psiquiátrica. Debía, pues ocurrir que antes de mucho el análisis se abriera camino hacia los objetos de observación psiquiátrica. En fecha temprana (1896), pude establecer en un caso de vehemencia paranoide, la presencia de los mismos factores etiológicos y de los mismos complejos emocionales que en las neurosis. Jung explicaba algunas de esterotipias más desconcertantes en dementes, relacionándolas con las historias de los pacientes; Bleuler demostró en várias psicosis la existencia de mecanismos semejantes a los que el análisis había descubierto en neuróticos. Desde entonces, los analistas nunca han descansado en sus esfuerzos de llegar a una comprensión de la psicosis. Sobre todo desde que ha sido posible trabajar con el concepto de narcisismo, han logrado ellos, en un punto u otro, echar una mirada más allá del muro. Sin duda que Abraham fué el que más logró con su dilucidación de la melancolía. Es verdad que en esta esfera todos nuestros conocimientos no se han convertido todavía en poder terapéutico; pero no se puede despreciar el triunfo meramente teórico y podemos contentarnos con esperar su aplicación práctica. A la larga, aun los psiquiatras han sido incapaces de resistirse a la

fuerza convincente de sus propios materiales químicos. En el momento actual, la psiquiatría alemana está sufriendo una forma de "penetración pacífica" de los conceptos analíticos. En tanto que declaran continuamente que nunca serán psicoanalistas, que no pertenecen a la escuela "ortodoxa" o que no aceptan sus exageraciones, y, en especial que no creen en el predominio del factor sexual, la mayoría de los trabajadores jóvenes adoptan, sin embargo, un fragmento u otro de la teoría analítica y la aplican, a su manera, al material. Todos los indicios señalan la proximidad de mayores desarrollos en la misma dirección.

VI

Contemplo ahora, desde la distancia, las reacciones sintomáticas que acompañan a la introducción del psicoanálisis en Francia, que fué refractaria durante tanto tiempo. Me parece una reproducción de algo que viví antes, pero tiene, sin embargo, peculiaridades propias. Se han alzado objeciones de increíble ingenuidad, tales como la de que la sensibilidad francesa es ofendida por la exactitud y la crudeza de la terminología psicoanalítica. (Uno no puede menos que recordar al inmortal Caballero Riccaut de la Marliniere (1), de Lessing.) Otro comentario tiene un clamoreo más serio: el método total del pensamiento del psicoanálisis es incompatible con el *génie latin*. En este punto los aliados anglosajones de Francia, que se cuentan como sostenedores del análisis, son arrojados explícitamente. Cualquiera que oyese la observación supondría que el psicoanálisis ha sido el hijo predilecto del *genio teutónico* y ha sido unido a su corazón desde el momento del nacimiento.

En Francia el interés por el psico-análisis comenzó entre los hombres de letras. Para entender esto, hay que recordar que desde el momento en que la *Interpretación de los Sueños* fué escrita, el psicoanálisis dejó de ser un tema puramente médico. Entre su

---

(1) El cómico soldado francés de suerte en *Minna von Barnhelm*, que se sorprende cuando califican de trampa su aguda práctica en las cartas: "Comment, Mademoiselle? Vous appelez cela "cheating"? Corriger la fortune, l'enchainer sous ses doigts, etre sur de son fait. ¿Pueden los alemanes llamar trampa a tal cosa? ¡Trampa! ¡Oh, qué lenguaje tan pobre, tan crudo debe ser el alemán!

aparición en Alemania y en Francia, se extiende la historia de sus numerosas aplicaciones a departamentos de la literatura y la estética, a la historia de las religiones y a la prehistoria, a la mitología, el folklore, la educación, etc. Ninguna de estas cosas tiene mucho que hacer con la medicina; en realidad sólo a través del psicoanálisis se relacionan con ella. No hay, pues, razón para que entre en detalle en estas páginas (2). No puedo pasar sobre ellas en silencio, sin embargo, porque, por una parte, son esenciales para una correcta aplicación de la naturaleza y el valor del psicoanálisis, y por otra, porque he emprendido, después de todo, la relación del trabajo de mi vida. Los comienzos de la mayoría de estas aplicaciones del psicoanálisis se encontrarán en mis trabajos. Aquí y allá he invadido un poco el territorio con el objeto de satisfacer mis intereses no médicos. Más tarde, otros (no sólo médicos, sino también especialistas en varios campos) han seguido mis huellas y han penetrado profundamente en los distintos temas. Pero puesto que mi programa me limita a mencionar mi participación propia en estas aplicaciones del psicoanálisis, puedo trazar solamente un cuadro del todo inadecuado de su extensión e importancia.

Un número de sugerencias nacieron para mí del complejo de Edipo, cuya ubicuidad se me presentó gradualmente. La elección del poeta o su inventiva en tema tan terrible parecía desconcertante; así también los efectos abrumadores de su tratamiento dramático y la naturaleza general de tales tragedias del destino. Pero todo esto se hace inteligible cuando uno

(2) El presente trabajo, como se recordará, originalmente forma parte de una serie de autobiografías médicas.

comprende que aquí se ha captado una ley universal de la vida mental en todo su significado emocional. La suerte y el oráculo no eran más que materializaciones de una necesidad interna; y el hecho de que el héroe pecara sin saberlo y contra sus intenciones era, evidentemente, una correcta expresión de la naturaleza *inconsciente* de sus tendencias criminales. De la comprensión de esta tragedia del destino había sólo un paso hasta el entendimiento de una tragedia de carácter: *Hamlet*, que ha sido admirado durante trescientos años sin que se descubra su significado o se adivinen los motivos de su autor. Apenas si puede ser azar que esta creación neurótica del poeta haya sucumbido al complejo de Edipo, como sus incontables prójimos en el mundo real. Porque Hamlet tuvo que afrontar la tarea de vengarse de otro por los dos hechos que son los sujetos de los deseos de Edipo, y ante esa tarea su brazo es paralizado por un sentido obscuro de culpabilidad. Shakespeare escribió *Hamlet* muy poco después de la muerte de su padre (3). Las sugerencias que hice para el análisis de esta tragedia fueron plenamente realizadas más tarde por Ernest Jones. Y el mismo ejemplo fué empleado después por Otto Rank como punto de partida para sus investigaciones de la elección de material que hacen los dramaturgos. En su gran volumen sobre el tema del incesto (4) pudo mostrar con qué

(3) (Nota adicional, 1935). Esta es una observación que me gustaría expresamente aclarar. Hasta hace mucho tiempo, se creía que William Shakespeare, el autor de Stratford, era el autor de los trabajos que se le habían atribuído. Después de leer el Shakespeare identificado, de J. T. Looney, estoy convencido de que el nombre que adoptó oculta la personalidad de Edward De Vere, Conde de Oxford.

(4) Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage, Viena, 1912.

frecuencia los escritores imaginativos han tomado como temas la situación de Edipo y trazado, en las distintas literaturas del mundo, la forma en que el material ha sido transformado, modificado y suavizado.

Tienta seguir desde allí hacia un esfuerzo de análisis de las creaciones poéticas y artísticas en general. El reino de la imaginación es, evidentemente, un "santuario" construído durante la dolorosa transición del principio del placer al principio de la realidad con el objeto de procurar un substituto para la satisfacción de instintos a los que se ha renunciado en la vida real. El artista, como el neurótico, se ha retirado de la realidad que no satisface a este mundo de la imaginación; pero, a diferencia del neurótico, sabe encontrar un camino de vuelta y alcanzar de nuevo el terreno firme de la realidad. Sus creaciones, obras de arte, son la satisfacción imaginaria, como los sueños, de deseos inconscientes, y como ellos son transacciones, puesto que se ven obligados a evitar todo conflicto abierto con las fuerzas de la represión. Pero difieren de los productos asociativos, narcisísticos del sueño, en que están calculados para despertar interés en otras gentes y en que son capaces de evocar y de satisfacer los mismos deseos inconscientes en ellos, también. Además, emplean el placer perceptivo de la belleza de forma como lo que he llamado un "incentivo-premio". Lo que el psicoanálisis pudo hacer fué tomar las relaciones entre las impresiones de la vida del artista, sus experiencias ocasionales y sus trabajos, y de ellas deducir su constitución y los impulsos en acción — o sea, aquella porción de sí mismo que comparte con todos los hom-

bres—. Con esta perspectiva delante, hice, por ejemplo, a Leonardo de Vinci tema de un estudio que está basado sobre un recuerdo único de niñez que él relata y que tiende principalmente a explicar su cuadro "Santa Ana con la Virgen y el Niño". Parece que la satisfacción de una obra de arte no se estropea con el conocimiento obtenido de tal análisis. El profano puede, quizás, esperar demasiado del análisis a este respecto, porque ha de admitirse que no arroja luz sobre los dos problemas que probablemente le interesan más. Nada puede hacer para dilucidar la naturaleza de las dotes artísticas ni puede explicar los medios con que el artista trabaja, la técnica artística.

Pude demostrar, gracias a un cuento corto de W. Jensen, que no tiene mérito en sí mismo, que los sueños inventados son susceptibles de igual interpretación que los reales, y que los mecanismos inconscientes, del sueño-trabajo, que nos es familiar, actúa en los procesos de la literatura imaginativa. Mi libro *La imaginación y sus relaciones en el inconsciente* (5), se derivó de la *Interpretación de los sueños*. El único amigo mío que se interesaba en aquel tiempo en mi trabajo me observó que mis interpretaciones de sueños a menudo lo impresionaban como si fueran bromas. Con el objeto de aclarar dicha impresión, comencé a investigar en las bromas y encontré que su esencia radica en los métodos técnicos empleados y que éstos son los mismos medios usados en el trabajo del sueño, o sea, condensación, desplazamiento, representación de algo por su opuesto o por una tri-

---

(5) La primera edición alemana se publicó bajo el título de *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*, Viena, 1905).

vialidad, etc. Esto me indujo a indagar en el origen del grado grande de placer que se obtiene con oír un chiste. Así determiné que es debido a la suspensión momentánea de la energía gastada para mantener la represión, debida ésta a su vez a la atracción ejercida por el anuncio de un premio de placer (placer-anticipado).

Concedo mayor valor a mis contribuciones a la psicología de la religión, que comenzaron en 1907 con el establecimiento de una notable similitud entre los actos obsesionantes y las prácticas religiosas o rituales. Sin entender todavía las conexiones más profundas, describí la neurosis obsesionante como una desfigurada religión privada, y la religión como una neurosis obsesionante universal. Más adelante, en 1912, las indicaciones explícitas de Jung respecto a las grandes analogías entre los productos mentales de los neuróticos y de los pueblos primitivos, orientó mi atención hacia ese tema. En cuatro ensayos, colectados en un libro bajo el título de *Totem y Tabú* (6), demostré que el temor del incesto era aún más acentuado entre las razas primitivas que entre las civilizadas, y que había dado lugar a un grado muy especial de defensa contra él; examiné las relaciones entre las prohibiciones—*tabús* (forma primera en que las restricciones morales hicieron su aparición) y la ambivalencia emocional; y descubrí en el esquema primitivo del universo, conocido como animismo, el principio de la estimación exagerada de la importancia de la realidad psíquica, el principio de "la omnipotencia de las ideas", en que se asientan también las

(6) La primera edición alemana, bajo el título de *Totem und Tabu*, Viena, 1913.

raíces de la magia. En este punto desarrollé la comparación con la neurosis obsesionante y demostré cuántos postulados de la vida mental primitiva subsisten aún en esa curiosa perturbación. Ante todo, atrajo mi atención, sin embargo, el "totemismo", primer sistema de organización en las tribus primitivas en el cual los comienzos de orden social están unidos con una religión rudimentaria y con el dominio implacable de un pequeño número de prohibiciones-tabús. En último término, el ser que se honra es siempre un animal, del cual el clan pretende haber descendido. Muchas indicaciones conducen a la conclusión de que todas las razas, aún las más desarrolladas, han pasado por esta etapa de totemismo.

Las fuentes literarias más importantes de mis estudios en este campo fueron los conocidos trabajos de J. G. Frazer (*Totemismo y exogamia* y *La rama de oro*, una mina de hechos y opiniones valiosos. Pero Frazer contribuyó poco a la dilucidación de los problemas del totemismo; cambió varias veces sus opiniones sobre el tema, y otros etnólogos y prehistoriadores parecían en igual desacuerdo e incertidumbre. El punto de partida mío fué la correspondencia notable entre las dos prohibiciones *tabú* del totemismo (no matar al totem y no tener relaciones sexuales con ninguna mujer del mismo totem-clan) y los dos elementos del complejo de Edipo (matar al padre y tomar a la madre como esposa). Me sentí tentado, por tanto, a igualar el totem animal con el padre; y, en realidad, los pueblos primitivos mismos lo hacen explícitamente al honrarlo como antepasado del clan. A continuación vinieron en mi ayuda dos hechos de psicoanálisis: la afortunada observación

de un niño hecha por Ferenczi, que autorizó para hablar de un "regreso infantil del totemismo", y el análisis de las fobias animales primeras en los niños, que muestran tan a menudo que el animal es un substituto del padre, un substituto que ha desplazado el temor del padre derivado del complejo de Edipo. No me faltaba mucho para estar en condiciones de reconocer el parricidio como el núcleo del totemismo y el punto de partida en la formación de la religión.

Este elemento ausente me fué procurado por mi conocimiento de los trabajos de W. Robertson Smith, *La religión de los semitas.* Su autor (un hombre de genio que fué a la vez físico y experto en la Biblia) introdujo lo que se llama totem-fiesta como parte esencial de la religión totémica. Una vez al año, el animal-totem, que fué en otros tiempos considerado como sagrado, era muerto solemnemente en presencia de todos los miembros del clan, devorado y lamentado. El duelo era seguido por un gran festival. Cuando tomé en consideración más tarde las conjeturas de Darwin sobre si los hombres vivieron originariamente en hordas — cada una bajo el dominio de un macho violento y celoso, como potencia única—, surgió de todos estos componentes la siguiente hipótesis, más bien dicho, visión. El padre de la horda primitiva, puesto que era un déspota ilimitado, había cogido todas las mujeres para sí; puesto que sus hijos constituían rivales peligrosos, los mató o los alejó. Un día, no obstante, los hijos se juntaron para dominar, matar y devorar a su padre, que había sido su enemigo, pero también su ideal. Después del hecho, no pudieron apoderarse de su herencia, puesto que se invadían recíprocamente los territorios. Bajo

la influencia del fracaso y el pesar aprendieron a llegar a un acuerdo entre ellos; se organizaron en un clan de hermanos con ayuda de las ordenanzas del totemismo, que trataba de prevenir la repetición de tales acciones, y emprendieron juntos la conquista de las mujeres, por cuya causa habían muerto al padre. Se vieron obligados así a buscar mujeres en otras partes, y este fué el origen de la exogamia, que está estrechamente relacionada con el totemismo. La fiesta del totem fué la conmemoración del hecho temible, del que surgió la sensación de culpabilidad (o "pecado original") y que fué a la vez el comienzo de la organización social, de la religión y de las restricciones éticas.

Ahora, sea que aceptemos tal posibilidad como un acontecimiento histórico o no, la formación de las religiones queda dentro del círculo del complejo del padre, que se basa en la ambivalencia que domina ese complejo. Después que el totem animal ha dejado de servirle como substituto, el padre, a un tiempo temido y odiado, honrado y envidiado, se convierte en el prototipo de Dios mismo. La rebelión de hijo y el afecto filial lucharon entre sí a través de una sucesión constante de transacciones, que trataban de borrar, por una parte, el acto de parricidio y, por otra, de consolidar las ventajas que aportó. Este concepto de religión ilumina especialmente las bases psicológicas del cristianismo, en el cual, puede agregarse, la ceremonia de la fiesta del totem sobrevive aún, con poca desfiguración, en forma de comunión. Desearía decir explícitamente, que esta última observación no es mía, sino que se encuentra en las obras de Robertson Smith y Frazer.

Teodoro Reik y G. Roheim, el etnólogo, han continuado la línea de pensamientos que desarrollé en *Totem y Tabú* y las han extendido, ampliado y corregido en una serie de trabajos importantes. Yo mismo he vuelto a ella más de una vez, en el curso de mis investigaciones sobre el "sentido inconsciente de culpabilidad" (que juega también tan importante papel entre los motivos de sufrimiento del neurótico), y en mis esfuerzos por establecer una conexión más estrecha entre la psicología social y la del individuo (7). Para explicar la susceptibilidad a la hipnosis, he usado la idea de una herencia arcaica de la "horda primaria".

He tenido poca participación directa en algunas otras aplicaciones del psicoanálisis, aunque no eran de menos interés general. De las fantasías de los individuos neuróticos hay sólo un paso hasta las creaciones imaginativas de los grupos y de los pueblos, como las que se encuentran en mitos, leyendas y cuentos de hadas. La mitología se convirtió en el campo especial de Otto Rank; la interpretación de mitos, su relación con los complejos inconscientes de la infancia, el reemplazo de las explicaciones astrales por el descubrimiento de motivos humanos, todo esto se debe, en gran parte, a sus esfuerzos analíticos. El tema del simbolismo ha encontrado también muchos estudiantes entre mis seguidores. El simbolismo ha creado muchos enemigos al psico-análisis; diversos investigadores de mente prosaica no han podido olvidar la conquista que siguió a la interpretación de los sueños. Pero el análisis no es culpable del descubrimiento, puesto que era conocido, desde

(7) *El ego y el id*, y *Psicología de grupo y el análisis del ego.*

hace tiempo, en otras regiones del pensamiento (tales como el folklore, la leyenda y los mitos), y puesto que juega un papel aún mayor en ellos que en el "lenguaje de los sueños".

No he hecho contribuciones a la aplicación del análisis en la educación. No obstante, era natural que los descubrimientos analíticos sobre vida sexual y desarrollo mental de niños atrajeran la atención de los educadores y los hiciera ver sus problemas bajo una luz nueva. El Dr. Oskar Pfister, un pastor protestante de Zürich, señaló, incansablemente, este camino y estimó que la práctica del análisis no era incompatible con su religión aunque ésta es de forma sublimada. Entre los que trabajaron junto a él. puedo citar a Frau Dr. Hug-Hellmuth y al Dr. S. Vernfeld, ambos de Viena (8). La aplicación del análisis a la educación profiláctica de niños sanos y a la corrección de aquellos que, sin ser realmente neuróticos, se han desviado del curso normal de desarrollo, condujo a una consecuencia que es de importancia práctica. No es posible ya restringir la práctica del psicoanálisis y excluir a los profanos. En realidad, un médico que no haya tenido un entrenamiento especial y prolijo está tan poco capacitado frente al análisis como cualquier otro individuo sin diploma, y uno de éstos que recurra ocasionalmente al médico, puede realizar el tratamiento análico no sólo de niños, sino también de neuróticos.

Por un procedimiento de desarrollo contra el cual habría sido inútil luchar, la palabra "psicoaná-

(8) (Nota adicional, 1935). Desde que se escribieron estas notas, el análisis de los niños, en particular, ha obtenido un poderoso impulso debido al trabajo de Mrs. Melanie Klein y de mi hija Anna Freud.

lisis" se ha hecho ambigua. En tanto que fué, en su origen, el nombre de un método terapéutico especial, se ha convertido en el de una ciencia: la ciencia de los procesos mentales inconscientes. En sí misma, no puede solucionar completamente un problema, pero parece destinada a ser ayuda valiosa en muchas formas de conocimientos. Su esfera de aplicación es tan vasta como la de la psicología, de la que forma un complemento de primera importancia.

Si miro hacia el panorama de trabajo de mi vida, veo que he tenido muchas iniciaciones y eliminado muchas sugerencias. Algo producirán en el futuro, aun cuando no puedo decir si será mucho o poco. Estoy autorizado, sin embargo, para confiar en que he abierto el camino a un importante progreso de nuestros conocimientos.

POSTCRIPTUM (1935)

El editor de esta serie de estudios autobiográficos no consideró, que yo sepa, la posibilidad de que, después de un lapso, pudiera agregársele algo y aun es posible que ello haya ocurrido sólo en este caso. Emprendo la tarea, porque mi editor americano desea hacer una nueva publicación de la obrita. Apareció por primera vez en América en 1927 (publicada por Brentano), con el título de "Un estudio autobiográfico" y unida, desatinadamente, en el mismo volumen con otro ensayo mío, que le dió nombre *(The problem of lay-analyses)* y lo obscureció.

Dos temas se desenvuelven a lo largo de estas páginas: la historia de mi vida y la del psicoanálisis, que están íntimamente entretejidas. Este estudio autobiográfico demuestra cómo el psicoanálisis invadió la totalidad de mi existencia en forma tal que ninguna experiencia personal tiene interés si se la compara con mis relaciones con esa ciencia.

Poco antes de escribir este estudio, parecía como si mis días estuvieran llegando a su término por la recurrencia de una enfermedad maligna; pero la habilidad quirúrgica me salvó en 1923 y me permitió continuar mis trabajos, aunque no me libraré ya del dolor. En el período de más de diez años que ha seguido, no he cesado mi trabajo analítico, ni mis publicaciones, como lo prueba la terminación del duodécimo volumen de la edición alemana de mis trabajos coleccionados. Estimo que ha ocurrido un cambio de importancia. Hilos que se habían enredado en el

curso de mi desarrollo se han separado ahora; intereses adquiridos en períodos avanzados de mi vida han cedido su lugar a otros más antiguos y originales. Es cierto que en la última década he realizado algunos avances importantes en el trabajo analítico, tales como la revisión del problema de la ansiedad en mi libro *Hemmung, Symptoms und Angst* (publicado en 1926), o la explicación del "fetichismo" sexual, que di en 1927. No obstante, sería exacto decir que desde que formulé mi hipótesis de la existencia de instintos de dos clases (*eros* e instinto de la muerte), y desde que propuse una división de la personalidad mental en *ego, superego* e *id* (1923), no he hecho contribuciones decisivas al psicoanálisis. Lo que he escrito desde entonces no ha sido esencial o habría corrido de cuenta de otro, a breve plazo. Esta circunstancia se relaciona con un cambio en mí mismo, que podría describirse como fase de desarrollo regresivo. Mis aficiones, después de una vuelta, que ha durado lo que la vida, a través de las ciencias naturales, la medicina y la psicoterapia, volvieron hacia los problemas culturales que me habían fascinado mucho antes, cuando era un niño apenas capaz de pensar. En la cúspide de mi trabajo psicoanalítico, en 1912, traté de utilizar en *Totem y tabú* los hallazgos recientes del análisis en la investigación de los orígenes de la religión y de la moral. Llevé esta labor hacia una etapa más avanzada en dos ensayos posteriores, *El futuro de una ilusión (1927)* y *La civilización y sus descontentos* (1930). Advertí, con claridad aun mayor, que los acontecimientos de la historia humana y el entretejimiento de la naturaleza humana, el desarrollo cultural y la cristalización

de experiencias primitivas (de las que la religión es el ejemplo más sobresaliente) no son sino reflejo de los conflictos dinámicos entre el ego, el *id* y el *super-ego*, que el psicoanálisis estudia individualmente: son los mismos procesos repetidos en un campo más amplio. En el *Futuro de una ilusión* formulé una opinión esencialmente negativa sobre religión. Más tarde encontré una fórmula que le hizo más justicia; en tanto que concedí que su poder reside en la verdad que contiene, demostré que esa verdad no es material sino histórica.

Estos estudios que, aunque originados en el psicoanálisis, lo rebasaron, han despertado más simpatía en el público que el psicoanálisis mismo. Pueden haber contribuído a crear la efímera ilusión de que yo estaba entre los escritores a quienes una gran nación, como Alemania, estaba dispuesta a escuchar. En 1909, con palabras llenas de amistad y significado, Tomás Mann, uno de los representantes acreditados del pueblo alemán, encontró un sitio para mí en la historia del pensamiento moderno. Poco más tarde, mi hija Anna, que actuaba como mi delegado, fué objeto de una recepción cívica en la Alcaldía de Francfort-am-Mein con motivo del premio Goethe, que se me confirió en 1930. Esta fué la cúspide de mi vida como ciudadano. Después, los límites de nuestros países se estrecharon y la nación no quiso saber de nosotros.

Y en este punto debe permitírseme que abandone las notas autobiográficas. El público no puede reclamar que lo introduzca ya en mis asuntos personales, mis luchas, mis decepciones y mis éxitos. En todo caso, he sido más abierto y franco en algunos de

mis trabajos (tales como la *Interpretación de los sueños* y la *Psicopatología de la vida cotidiana)* de lo que las gentes son cuando describen sus vidas, sea para sus contemporáneos o para la posteridad. Por mi experiencia, no puedo recomendar a nadie que siga mi ejemplo.

Debo agregar unas cuantas palabras sobre la historia del psicoanálisis en la última década. Ya no hay duda de que continuará: ha demostrado su capacidad de sobrevivir y de desarrollarse como rama del conocimiento y como método terapéutico. El número de sus sostenedores (organizados en forma de Asociación Internacional del Psicoanálisis) ha aumentado considerablemente. A los grupos locales antiguos (Viena, Berlín, Budapest, Londres, Holanda, Suiza y Rusia) se han agregado sociedades en París y Calcuta, dos en Japón, varias en los Estados Unidos y, recientemente, una en Jerusalén, otra en Sud Africa y dos en Escandinavia. Con sus propios fondos, las sociedades locales mantienen (o están formando) institutos de entrenamiento en que se enseña la práctica del psicoanálisis de acuerdo con un plan uniforme, y clínicas ambulatorias en las cuales analistas experimentados y estudiantes tratan gratuitamente a los enfermos de medios limitados. Año por medio, los miembros de la Asociación Internacional del Psicoanálisis celebran un congreso en que se leen trabajos científicos y se resuelven problemas de organización. El décimotercero de estos congresos (al que ya no pude asistir) se reunió en Lucerna en 1934. Desde un núcleo de intereses comunes a todos los miembros de la Asociación, el trabajo se irradia en muchas direcciones diferentes. Algunos subra-

yan la importancia de esclarecer y profundizar nuestro conocimiento de la psicología, en tanto que otros se preocupan de mantener el contacto con la medicina y la psiquiatría. Desde el punto de vista práctico, algunos analistas han emprendido la tarea de obtener para su ciencia el reconocimiento de las universidades y su inclusión en los programas médicos, en tanto que otros se contentan con permanecer fuera de estas instituciones y sostener que el psicoanálisis no es menos importante en el campo de la educación que en el de la medicina. Ocurre de cuando en cuando que un analista puede sentirse aislado al tratar de acentuar uno de los hallazgos o puntos de vista a expensas de los demás. Sin embargo, la impresión total es satisfactoria: se trata de un trabajo científico serio realizado en un plano elevado.

F R E U D

por Stefan Zweig

SIGMUND FREUD

en sus ochenta años (1).

A cada minuto que transcurre en el mundo, millones y millones de pensamientos se desvanecen y extinguen en el transcurso del mismo minuto; el próximo, ya no los conoce más. Sin embargo, entre esta incontable multitud de pensamientos pasajeros, vagos, sin valor y sin fruto, surge a veces alguno particular, provechoso, activo, que no muere, sino crece, despierta otros pensamientos, los toma y arrastra consigo: una invención, un descubrimiento, una idea que cambia al mundo. Estos pensamientos productivos son incalculablemente raros; pocos surgen en una década. Pero de ellos depende la transformación de nuestro mundo espiritual, civilizado o real.

Sigmund Freud, cuyo octogésimo aniversario estamos celebrando, ha pensado varios de esos pensamientos durante su larga y fecunda vida. Los ha pensado hasta el fin, además, y uniéndolos sistemáticamente, ha formado con ellos una ciencia especial. La fuerza efectiva de estos pensamientos sobre nuestro mundo ha sido extraordinaria. No sólo han cambiado completamente nuestras concepciones, en su esfera original de psicología y medicina, sino que la fuerza del método psicoanalítico de investigación que descubrió ha afectado gradualmente todas las formas de actividad mental. Ha influído decisivamente no sólo sobre la poesía y la literatura contemporáneas, la pedagogía y la investigación literaria, sino también las formas externas de las relaciones humanas. Si nuestra generación piensa y habla de muchas cosas con más

---

(1) El mejor complemento de la biografía de Freud debida a Stefan Zweig, que va a leerse, es este artículo escrito a propósito del 80º aniversario del nacimiento del maestro del psicoanálisis. —N. del E.

franqueza, con más libertad, que lo hicieron sus predecesores; si mira muchos problemas de la ética y el amor con mayor honestidad y sinceridad, las ideas de Sigmund Freud han contribuído ampliamente a ello. Cada uno de nosotros—vasta empresa—ha sido influído por él.

Al escribir, comprendo que algunos negarán este aserto. "Exageración — me parece oírles decir —. Yo no puedo haber sufrido su influencia: nunca he leído a Freud". Y dirán otros: "No tengo la menor intención de dejarme impresionar por sus teorías. Las conozco, pero no tengo nada que hacer con ellas". Gran error, sin embargo, creer que una idea sólo puede obrar directamente, y que debemos leer la obra original de un pensador para sufrir su influencia. Una idea es un elemento espiritual, y como tal, penetra por puertas y ventanas cerradas, impregna la atmósfera de nuestra época, se manifiesta bajo muchas formas y disfraces. Lo que una generación acepta de sus guías espirituales es siempre una mínima fracción. Mirad a Descartes y Kant, que con su espíritu y sus sistemas condujeron y configuraron un siglo... ¡Cuán pocos los han leído y comprendido verdaderamente! ¡Cuán pocos, entre los millones de socialistas que, como socialistas, aceptan las teorías marxistas, han visto una página de "El capital"! Y por eso el individuo no tiene derecho a afirmar que no haya sufrido influencia de Freud por no haber leído sus obras. Pues casi novela de alguna significación publicada en los últimos años que ha leído, y muchos dramas que ha visto, contienen rastros de esta nueva ciencia del alma. Muchas palabras que hoy circulan entre la sangre del lenguaje, y que hace treinta años no se usaban, se derivan de su terminología. En la escuela, en los tribunales, en el consultorio del médico, muchas de sus proposiciones han sido puestas en práctica desde hace tiempo, porque han dejado de ser la idea individual de una persona para convertirse en la idea de nuestra época. Siempre la novedad de ayer resulta

la vulgaridad de hoy, y precisamente cuando las ideas han dejado de ser raras y novedosas es cuando comienza su verdadera influencia sobre el presente.

Estas ideas y descubrimientos de Freud, ¿qué son? Difícil es, naturalmente, condensar el trabajo espiritual de una vida durante cincuenta años en una fórmula breve; pero el público tiene siempre algo de aquel pagano que acudió al sabio hebreo prometiéndole que se convertiría a su credo si podía explicarle el total de su doctrina en el tiempo en que podría sostenerse sobre un solo pie. Los resúmenes son siempre inexactos e injustos. Pero si tenemos que resumir, diremos que el servicio más importante de Freud fué darnos una concepción de la naturaleza y el mecanismo interno de nuestra alma, y que con él comenzó una nueva especie de psicología, así como un nuevo medio de tratar las dolencias del alma.

Definida como el corte de un cuchillo es la línea que desde el comienzo del siglo XX divide a la psicología antigua, prefreudiana, de la actual. La primera creía en la supremacía del cerebro sobre la sangre. Sabíase en verdad—especialmente por aquellas personas a quienes su profesión obligaba familiarizarse con lo que hay de peligroso en el hombre: médicos, jueces, confesores—cuántos secretos se ocultan tras la severa decencia exterior de la gente civilizada. Pero la psicología y la pedagogía antigua sostenían que el hombre podía siempre dominar sus instintos peligrosos mediante la razón y la voluntad, y adaptarlos enteramente a las exigencias de la sociedad. Pedían a las personas que no fueran conscientes de esos instintos, que pensaran en ellos lo menos posible, que no los mencionaran nunca, que los reprimieran. Callar, sobre todo lo desagradable, era la enseñanza de la vieja psicología. Pero Freud se preguntó con razón: "¿A dónde empujamos estos instintos?" Y se contestó: "De lo consciente hacia lo inconsciente, donde se vuelven más peligrosos de lo que eran en aquél". Por eso exigió descubrir, en lugar de encubrir, y reconocer

los peligros interiores, en lugar de ignorarlos. Así como un diente enfermo no se cura con sólo suprimir el dolor, si no vamos a la raíz del mal, del mismo modo las enfermedades del alma no pueden curarse ignorándolas u ocultándolas, sino investigando sus orígenes, siguiéndolas hasta las raíces. Antes de Freud— los libros sobre desórdenes nerviosos hasta 1900 nos recuerdan ya demasiado la curandería mágica de los médicos chinos—los neuróticos y psicópatas eran tratados con remedios como estimular su piel mediante agua fría o electricidad, o con procurar quietud a sus nervios. Freud fué el primero en tratar las enfermedades del alma, por medio del alma, y no por medio de la piel; fué el primero en reconocer que el alma, siendo un mundo con sus propias leyes, requiere un sistema propio, diferente del que corresponde al cuerpo.

Este concepto parece—¡hoy!—tan evidente, que apenas si lo consideramos un descubrimiento. Perc la gente en el dominio de la técnica, como en el del espíritu, se sorprende siempre de que tal invento o tal progreso no se hubiera conocido antes; todo lo que es concluyente parece muy simple después. Pero lo cierto es que pasaron miles de años antes de que la humanidad inventara la rueda del carro. Hoy podemos saber solamente cuán nuevo, cuán revolucionario era el descubrimiento de Freud, por la oposición que provocó al principio. Quizá no hay otro en nuestra época que la encontrara tan grande. Sus primeros escritos y tratamientos despertaron verdadera indignación, positivo miedo. Recuerdo claramente cuando oí hablar por primera vez de Freud. Yo era un niño, y estaba en Viena. Una amiga nuestra, que era histérica y, como casi todas las histéricas, consultaba médico tras médico, había estado a ver a Freud y había vuelto a su casa en un estado de viva agitación. Con mucho esfuerzo logramos descubrir lo que había pasado. El médico la había interrogado sobre cosas que ella no se habría confesado ni a sí misma. Desde entonces se estremecía de indignación, de odio, a la sola mención

de su nombre. Y no era la única. El joven especialista en nervios, cuando adivinó la inutilidad del agua fría y comenzó con su método psicoanalítico perdió de golpe todos sus pacientes; mientras la Universidad y la Facultad de Medicina se indignaban de que un médico estudiara seriamente cuentos de viejas, como los sueños, y se atreviera a recalcar públicamente la influencia del sexo sobre muchas perturbaciones del alma.

Largo tiempo padeció con el pensamiento de que tan audaz innovador osaba llamarse profesor de la Universidad, y si Freud no ha recibido aún el premio Nobel, debemos atribuirlo a esta primera oposición.

Pero Freud, y esto prueba su grandeza moral, no se ha dejado nunca amilanar por los obstáculos. Además de su genio psicológico, tiene también el coraje humano de pensar sus pensamientos hasta agotarlos, y de manifestarlos contra la oposición de todas las facultades.

Avanzó, se atrevió cada vez más. Aunque perseguido por la falsa exageración de que todo lo investigaba y explicaba por lo sexual, demostró cómo el origen de ciertos instintos se remontaba hasta la niñez del individuo; cómo, a menudo, perturbaciones de la madurez tienen su causa en lejanas experiencias de la primera edad. Por otro lado, en amplias concepciones filosóficas, puso de manifiesto que la civilización no ha hecho al hombre culto y pacífico hasta el extremo que quiso hacernos creer el creciente optimismo del último siglo, ni mucho menos, y la gran guerra le dió espantosamente la razón. Sin preocuparse del horror provocado por tan ingratas conclusiones continuó su severa empresa de llevarnos hacia la verdad y la sinceridad. Nadie ha librado una batalla tan ruda contra la falsa vergüenza y la hipocresía colectiva, en la esfera individual y en el mundo cultural. Ninguna resistencia pudo estorbarle que expresara los resultados de sus investigaciones; ninguna indignación moral podía obligarle a hablar con más sua-

vidad y circunspección sobre temas que consideraba su deber aclarar plenamente.

Ha sido igualmente inflexible ante el segundo peligro que aguarda al trabajador intelectual: el peligro de dejarse seducir por la fama. Porque repentinamente, la gloria había llegado, y en su forma más peligrosa: después de la guerra, el psicoanálisis se puso de moda, y el público se familiarizó con él de un modo que debió apenar a un investigador tan severo y científico como Freud. Los "dilettantes" escribieron aguadas de la teoría; se hablaba de ella en todos los salones; la gente interpretaba los sueños como se resuelve un problema de palabras cruzadas. Freud se veía solicitado para pronunciar conferencias, escribir prólogos, dirigir películas; se le invitaba a todos los países y ciudades; después de treinta años de esfuerzo solitario había llegado a ser el sabio más celebrado de su generación. Pero así como la incomprensión no había podido atemorizarle, el grato tumulto de la gloria tampoco pudo desviarle de su camino. El estudioso ha seguido callado y tenaz en su trabajo; ha andado con dignidad y firmeza su camino, y siempre su propio camino.

Esta espléndida resolución de no apartarse de su senda, convierte a Sigmund Freud en una gran figura moral, un ejemplo para el artista, para el estudioso. Su vida es trabajo y nada más que trabajo. Durante décadas ha vivido en la misma casa del mismo suburbio vienés, en absoluto retiro. Nunca se ha visto en fiestas o reuniones públicas. Pero dentro de esas paredes, Freud recoge toda la experiencia del mundo. En su saloncito, adornado con figurillas y cuadros griegos y egipcios—Freud gusta de esas cosas por su simbolismo—se han escuchado más confesiones que en el confesonario de Notre Dame; año tras año, Freud ha dedicado ocho o diez horas diarias al psicoanálisis, y sería difícil demostrar el esfuerzo agitador que esto significa. Porque en todo tratamiento, que dura semanas y meses, a cada persona se le hace recordar gradualmente todo el pasado de su alma, hasta que

se manifiesta el origen de la perturbación actual. Ello exige del médico, además de un tacto finísimo, una proeza excepcional de la memoria y la habilidad de preguntar. A menudo he pensado, y se lo he dicho a Freud, que si todos esos años hubiera tenido un taquígrafo oculto en la habitación vecina, o un invisible micrófono, la posteridad se hallaría en posesión de un documento único, incomparable, de experiencias de la vida, documento que ahora sólo conoce él. Pero Freud tiene demasiado respeto por los secretos del alma ajena, para que se le ocurra revelar nada personal. En sus obras sólo ha consignado las deducciones de esos millares de experimentos individuales. Sus obras científicas fueron escritas solamente de noche, después de la agotadora jornada de cada día; podemos decir sin exageración de éste, el más incansable de los estudiosos, que su cerebro no ha descansado sino durante el sueño, y hoy, a los ochenta años, la intensidad de su interés universal se mantiene íntegra. Desde su retiro solitario sigue todas las manifestaciones del mundo cultural; lee todos los libros importantes y se halla en correspondencia con todos los principales investigadores, sin que jamás escriba una carta por mano ajena. No se puede imaginar hombre más reconcentrado, y al mismo tiempo, de quien emane tanta calma y paz. La mirada clara, enérgica, de sus ojos negros, penetra profundamente, y yo creo que nadie se ha atrevido a mentir en su presencia, porque todos han sentido la aguda penetración de esa mirada, y porque las gentes saben también que este hombre, con su maravillosa humanidad, también comprende con bondad los mayores misterios de una vida humana. Imposible no ser sincero delante de este hombre, que ha aumentado la sinceridad que había en el mundo, y ha hecho que la tarea de cada cual sea conocerse más hondamente a sí mismo.

¿Qué mayor satisfacción, entonces, que la de saberle todavía, a los ochenta años, en plena labor, con inquebrantado vigor mental, y la misma energía que desplegó en todos los días y todas las horas de su

vida de creador? A nadie podría nuestra época estar más agradecida que a quien dedicó su existencia, exclusivamente, a la tarea de hacer que el hombre se conozca mejor a sí mismo, para acrecentar así la verdad del mundo, y que demostró al mismo tiempo, en forma ejemplar, cómo puede llevarse a efecto esa noble tarea contra todas las dificultades.

Si el juego secreto de los deseos se disimula a la luz mate de las emociones comunes, se hace, en cambio, tumultuoso, formidable, en el estado de pasión violenta; el conocedor sagaz del alma humana, que sabe hasta dónde se puede contar con el mecanismo del libre albedrío y hasta dónde le está permitido deducir por analogía, trasladará muchas experiencias de este campo a su doctrina y las aplicará a la vida moral. Si surgiera, como en otros dominios de la Naturaleza, un Linneo, que intentara una clasificación a base de instintos e inclinaciones, ¡qué sorpresa nos ofrecería!

SCHILLER

CAPITULO PRIMERO

La situación a fines del siglo

> ¿Cuánta verdad *soporta*, a cuánta verdad se *atreve* un espíritu? Es lo que ha llegado a ser para mí la verdadera medida de los valores. El error (la fe en el ideal) no es ceguera, el error es cobardía... Cada conquista, cada paso hacia adelante en el camino del conocimiento acrecienta la valentía, el rigor consigo mismo.
>
> *Nietzsche.*

La medida más segura de una fuerza es la resistencia que provoca. Así, la acción, primero revolucionaria, más tarde constructora, de Sigmund Freud, sólo resulta comprensible después de haberse penetrado de la moral anterior a la guerra y de las ideas que se tenían entonces sobre los instintos humanos. Los conceptos de Freud que, hace veinte años, eran aún blasfemias y herejías, circulan hoy libremente en el lenguaje y la sangre de la época; sus fórmulas parecen tan naturales que se requiere mayor esfuerzo para rechazarlas que para adoptarlas. Nuestro siglo XX no puede comprender ya por qué el XIX se defendía con tanta exasperación contra el descubrimiento, largamente esperado, de las fuerzas instintivas del alma. De ahí que sea necesario un examen retrospectivo de la actitud psicológica de las generaciones anteriores a la guerra; de ahí que sea necesario exhumar, una vez más, la momia ridícula de la moral de la pre-guerra.

El desprecio de esta moral—nuestra juventud ha sufrido demasiado por su causa para que no la odie ardientemente—no implica el de la moral ni de su necesidad. Toda comunidad humana, ligada por espíritu religioso o nacional, se ve obligada, en interés de su conservación, a refrenar las tendencias agresivas, sexuales, anárquicas del individuo y encuadrarlas en los marcos que se llaman Moral y Ley. Es natural que cada uno de estos grupos establezca normas peculiares de moral: desde la horda primitiva hasta el siglo de la electricidad, cada grupo ha ensayado medios diferentes para yugular los instintos primitivos. Las civilizaciones severas obraron severamente: las épocas lacedemónica, judaica, calvinista y puritana trataron de extirpar los instintos voluptuosos, pánico de la humanidad, quemándolos con hierro candente. Pero por feroces que fueran sus ordenanzas y sus prohibiciones, estas épocas draconianas sirvieron, sin embargo, la lógica de una idea. Y toda idea, toda fe santifica, hasta cierto punto, las violencias de su aplicación. Si los espartanos llevan la disciplina hasta la inhumanidad, lo hacen con el objeto de depurar la raza, de crear una generación viril, apta para la guerra; desde el punto de vista del ideal de la comunidad, la relajación sensual debió ser, a los ojos del Estado, una usurpación de la autoridad. El cristianismo, por su parte, combate la inclinación carnal en nombre de la salud del alma, de la espiritualización de la naturaleza, siempre descarriada. Precisamente porque la Iglesia, el más sabio de los psicólogos, conoce las pasiones de la carne en el hombre, eterno adamita, le opone brutalmente la pasión del espíritu como un ideal; lleva su obstinación

orgullosa hasta la cárcel y la hoguera para hacer que el alma vuelva a su patria suprema: lógica cruel, pero lógica, a pesar de todo. Allí, como en todas partes, la aplicación de la ley moral tiene por base una concepción del mundo sólidamente anclada. La moral aparece como la forma física de una idea metafísica.

Pero, ¿en nombre de quién, para servir qué idea, el siglo XIX, cuya piedad no es más que apariencia desde hace mucho tiempo, exige todavía una moral codificada? Groseramente material, gozador, codicioso de dinero, sin rastros de la gran fe de las antiguas épocas religiosas, campeón de la democracia y de los derechos del hombre, ya no puede prohibir a los ciudadanos el libre goce ni intentarlo siquiera. El que ha izado la tolerancia, a modo de bandera, sobre el edificio de la civilización, ha perdido el derecho señorial a inmiscuirse en la concepción moral de los individuos. En efecto, el Estado moderno no se esfuerza ahora decididamente, como antes la Iglesia, en imponer una moral privada a los individuos; sólo el código social exige que se mantenga una convención exterior. No se pide al individuo que sea moral, sino que lo parezca: que tenga una actitud moral. El Estado no se preocupa de saber si se trata de una moral legítima: eso concierne exclusivamente a la persona misma, de quien se pide apenas que no se deje sorprender en delito flagrante de violación de las conveniencias. Se pueden tolerar muchas cosas, a condición de que no se las comente. Si se quiere ser rigurosamente exacto, no se puede, pues, decir que el siglo XIX aborda la realidad del problema. Lo evita, y toda su actividad se reduce a esquivarlo. Du-

rante tres o cuatro generaciones, la civilización ha tratado o, más bien, ignorado todos los problemas sexuales y morales en nombre de esa lógica absurda que quiere que no exista una cosa que se disimula. Esta situación se define en la forma más precisa con un juego de palabras: moralmente, el siglo XIX estuvo regido, no por Kant, sino por "kannt" (1).

¿Cómo una época tan razonable y tan lúcida pudo descarriarse en este punto y aceptar una psicología tan insostenible y tan falsa? ¿Cómo el siglo de los grandes descubrimientos, de las conquistas técnicas, pudo rebajar su moral hasta hacer de ella un juego de prestidigitación groseramente disimulado? La respuesta es sencilla: precisamente por orgullo de la razón, por la vanidad desmedida de su cultura, por la arrogancia de su civilización. Los progresos inauditos de la ciencia habían sumido al siglo XIX en una especie de ebriedad de la razón. Todo parecía someterse servilmente a la dominación del intelecto. Cada día, cada hora casi, anunciaba nuevas victorias del espíritu; se conquistaban, por momentos, los elementos refractarios del tiempo y del espacio; las cumbres y los abismos revelaban su misterio a la curiosidad sistemática del ojo humano; en todas partes, la anarquía cedía el paso a la organización, el caos, a la voluntad de la inteligencia especulativa. ¿Por qué, entonces, la inteligencia no había de ser capaz de domeñar los instintos anárquicos en la sangre del individuo, de disciplinarlos y de reducir la hueste indómita de las pasiones? La tarea principal está rea-

(1) Kannt, palabra inglesa sin equivalente en español, que sirve para designar una mezcla de gazmoñería devota y de solemnidad pedante, que se atribuye a los ingleses y especialmente a las inglesas.

lizada desde hace tiempo—se decía—, y lo que surge de cuando en cuando en la sangre de un hombre moderno, de un hombre "cultivado", no son sino los últimos y pálidos destellos de una tormenta pasada, las convulsiones postreras de la vieja bestialidad que agoniza. Algunos años más de paciencia, algunas décadas, y el género humano, que ha hecho una ascensión tan magnífica desde el canibalismo hasta el sentido social y humanitario, calcinará estas escorias miserables en sus llamas éticas; es, pues, inútil mencionar siquiera su existencia. No atraigamos la atención de los hombres sobre los asuntos sexuales, y los olvidarán. No excitemos con discursos a la bestia antediluviana, agarrotada por los lazos férreos de la moral, no la alimentemos de conflictos, y se domesticará. Pasar rápido, hurtar la mirada a todo lo que es desagradable, aparentar siempre que no se ve nada: ese es, en suma, todo el código moral del siglo XIX.

El Estado moviliza todas las fuerzas que dependen de él para esta campaña concéntrica contra la franqueza. Todas: ciencia, arte, familia, iglesia, escuela, universidad, reciben las mismas instrucciones de guerra: eludir toda explicación, no atacar al enemigo, evitarlo dando una gran vuelta, no aceptar nunca una discusión seria, no recurrir a los argumentos sino al silencio, boycotear e ignorar siempre.

Obedeciendo sumisamente a esta táctica, las potencias intelectuales, servidoras de la cultura, han eludido hipócritamente el problema. La cuarentena se prolongó un siglo en la Europa entera. No se negaba ni se confirmaba, no se planteaba ni se resolvía; se arrumbaba suavemente detrás del biombo.

Un ejército formidable de guardianes disfrazados de maestros y preceptores, de censores y de pastores, se empeña en arrebatar a la juventud su espontaneidad y sus satisfacciones carnales. Ni un soplo de aire fresco debe templar el cuerpo de estos adolescentes, ni una palabra sincera, ni una luz deben penetrar en sus almas castas. Mientras que antes, en cualquier pueblo sano, en cualquiera época normal, el adolescente núbil entra a la edad viril como a una fiesta; mientras que en las culturas griega, romana y judaica o allí donde no hay cultura, el muchacho de trece a catorce años es recibido abiertamente entre los que saben, hombre entre los hombres, guerrero entre los guerreros, en el siglo XIX una pedagogía maldita, sirviéndose de medios artificiales y antinaturales, le aleja de toda sinceridad. Nadie habla francamente delante de él, nadie lo emancipa. Lo que sabe lo ha recogido en los corrillos de los muchachos mayores o en sitios inconfesables. Y como no hay quien se atreva a repetir, sino a media voz, esta ciencia de las cosas más naturales de la vida, todo adolescente que crece se convierte en un auxiliar más de esta hipocresía de la civilización.

La consecuencia de este siglo de reticencias y de hipocresías obstinadas la percibimos en la petrificación inaudita de la psicología en medio de una cultura intelectualmente elevada. Pues, ¿cómo habría podido desarrollarse sin desviaciones ni dobleces una ciencia profunda del alma, cómo habría podido difundirse la claridad si los hombres llamados a propagar el saber—maestros, pastores, artistas, sabios—eran, ellos mismos, ignorantes o hipócritas? La ignorancia engendra siempre la rigidez. Por eso, una ge-

neración de pedagogos sin piedad, porque no saben, hace un mal irreparable a las almas juveniles, forzándolas a que se "disciplinen", a que sean "morales".

Los muchachos a medio formar que, bajo la presión de la pubertad y desconociendo a la mujer, buscan para sus cuerpos el único derivativo posible, no reciben otra enseñanza que las sabias recomendaciones de esos mentores "que saben". Y ellos, al asegurarles que se entregan a un "vicio abominable" que destruye la salud, hieren profundamente el alma del muchacho y les inculcan con violencia un sentimiento de inferioridad, una conciencia mística del pecado. Los estudiantes universitarios (yo también he pasado por allí) aprenden de profesores de esta clase (a los que se acostumbraba reconocer entonces por el pintoresco título de "eminentes pedagogos") que toda enfermedad sexual, sin excepción, es incurable. Esos son los cánones que el vértigo moral de la época descarga, sin titubeos, sobre los nervios de la juventud. Y así, calzada con esta bota claveteada, la ética pedagógica profana el mundo de los adolescentes. No hay, pues, de qué extrañarse si, bajo la acción de esta educación sistemática, el terror que invade almas todavía indecisas determina frecuentes suicidios; no hay de qué extrañarse tampoco si esta represión violenta rompe el equilibrio interior de innumerables muchachos, y si fabrica, en serie, ese tipo de neurasténicos que cargan toda la vida el fardo de inhibiciones y temores de la adolescencia. Ayunos de consejo, millares de estos seres, estropeados por una moral hipócrita, yerran de médico en médico. Pero como entonces los profesionales de la medi-

cina no llegaban a descubrir la raíz de la enfermedad, es decir la sexualidad, y como la psicología de la época prefreudiana no se aventuraba, por decencia ética, en estos dominios secretos—precisamente porque debían permanecer secretos—, los neurólogos estaban desprevenidos. Sin saber qué hacer, enviaban todos los enfermos del alma que no encuadraban en las clínicas o en los asilos de alienados, a los establecimientos hidroterápicos. Se les atosigaba de bromuro, se les maltraba con electricidad; pero nadie se atrevía a penetrar en las causas reales de su mal.

Los anormales son víctimas, con mayores títulos, de la estupidez humana. Juzgados por la ciencia como seres éticamente inferiores, por la ley como criminales, estos desgraciados, cargados con una herencia terrible, se arrastran toda una vida, teniendo delante de ellos la prisión, detrás el escándalo, el yugo, en fin, de sus verdugos secretos. A nadie pueden recurrir en busca de asistencia o de consejo. Pues si en la época prefreudiana, un homosexual se dirigía a un médico, este caballero, frunciendo el entrecejo, se indignaba de que se le viniera a importunar con estas "suciedades". Si él no se ocupa de cosas privadas en una consulta, ¿quién se interesa en ellas? ¿A quién ha de dirigirse el hombre atormentado o extraviado en su vida sentimental, qué puerta se abrirá para acogerle, para socorrer a esos millones de individuos? Las universidades se substraen, los jueces se parapetan tras las leyes, los filósofos (a excepción del valeroso Schopenhauer) prefieren no advertir en sus cosmos la existencia de estas desviaciones de Eros, tan comprensibles para todas las culturas

anteriores; la sociedad cierra los ojos, por principio, y declara que estas cosas penosas no pueden ser discutidas. Silencio en los periódicos, en la literatura, en los medios científicos: la policía está informada, y con eso basta. Miles y miles de cautivos deliran en la celda lóbrega de este misterio; el siglo, cumbre de la moralidad y la tolerancia, lo sabe y hace mofa. Lo que importa es que ningún grito trascienda al exterior, que la aureola que se ha fabricado la civilización, este pináculo moral del universo, permanezca intacta a los ojos del mundo. ¡Porque esta época pone la apariencia moral por encima del ser humano!

Durante todo un siglo, un siglo horriblemente largo, esta conjuración cobarde del silencio "moral" domina en Europa. De repente, una voz lo rompe.

Un día, sin la menor intención revolucionaria, un médico joven se levanta en el círculo de sus colegas, y partiendo de sus investigaciones sobre la histeria, habla de las perturbaciones, del rechazo de los instintos y de sus posibles enmiendas. No recurre a grandes gestos patéticos, no proclama que ha llegado el momento de apoyar los conceptos morales en una base nueva, de discutir ampliamente la cuestión sexual. Este médico joven, rigurosamente realista, no alardea de predicador en el medio académico: lee sencillamente una conferencia sobre las psicosis y sus orígenes. La calma y la naturalidad con que establece que una gran parte de las neurosis, casi todas, en verdad, provienen del rechazo del deseo sexual, son las que provocan la indiferencia atónita de sus colegas. No es que estimen falsa esta etiología; por el contrario, la mayor parte de ellos ha adi-

vinado o experimentado a menudo estas cosas y se da cuenta cabal del papel del sexo en el equilibrio del individuo. Pero, como representantes de la época, como servidores de la moral corriente, se sienten heridos por comprobación sincera de este hecho de claridad meridiana, tanto como si la indicación misma del joven profesor equivaliera ya a un gesto indecente. Se miran sobresaltados. ¿Ignora, pues, este joven "Dozent" la convención tácita que prohibe abordar estos asuntos escabrosos, sobre todo en una sesión pública de la muy honorable "Sociedad de los Médicos"?

Sin embargo, el recién llegado debería conocer y respetar esta convención: en cuanto a sexualidad, los colegas se entienden con un guiño, hacen, ocasionalmente, una broma cualquiera, durante la tertulia. Pero no exponen estas tesis, en pleno siglo XX, un siglo tan cultivado, ni menos aún en una reunión académica. Esta primera manifestación pública de Freud—la escena es auténtica—equivale, para sus colegas de Facultad, a un balazo disparado en un templo. Los más benévolos le hacen observar que sería prudente, por su interés personal, por su carrera académica, que renunciara a continuar profundizando en un terreno tan odioso, que no conduce a nada o, por lo menos, a nada que sea susceptible de una discusión pública.

Pero a Freud le preocupa la sinceridad, no las conveniencias. Ha encontrado un derrotero y lo sigue. El mismo sobresalto de su auditorio le demuestra que ha puesto, sin quererlo, el dedo en la llaga, que ha tocado el nervio sensible. No se deja intimidar ni por las advertencias que parten de algún vie-

jo colega de buen corazón, ni por las lamentaciones de una moral ofendida, que no está acostumbrada a estos golpes de autoridad. Con esa intrepidez tenaz, ese coraje viril y esa capacidad de intuición que, reunidos, forman su genio, no trepida en abordar, cada vez más de frente, el punto dolorido con el objeto de vaciar el absceso, de descubrir la herida y de que el proceso tienda a la curación. En el primer sondaje de lo desconocido, este médico no se cuida de lo que descubrirá en la obscuridad. Pero presiente el abismo, y las profundidades atraen siempre a los espíritus creadores.

La circunstancia de que, a pesar de la insignificancia aparente del motivo, el primer encuentro de Freud con su generación se transforma en un choque, no es una casualidad, es un símbolo. No son solamente la gazmoñería que se sorprende y la dignidad moral en boga que se ofende por una teoría aislada: no, la moral corrosiva que deja todo en el silencio ha vislumbrado con la clarividencia nerviosa de los grandes peligros, que ha surgido ahora una oposición real. No es la *manera* cómo Freud penetra en esta esfera, es el *hecho* que aborda, que se atreve a abordar, gesto que equivale a una provocación a duelo, en el que uno de los adversarios debe sucumbir. Desde el primer momento, no se trata de componendas, sino de renovación total. No es cuestión de preceptos, sino de principios; no es cuestión de detalles, sino de fondo. Se yerguen, frente a frente, dos formas del pensamiento, dos métodos tan opuestos que entre ellos no cabe acuerdo posible, ni entonces ni nunca. La psicología prefreudiana encerrada en el concepto del dominio de la sangre por el

cerebro, exige del individuo, del hombre instruído y civilizado, que reprima sus instintos con la razón. Freud contesta clara y brutalmente: los instintos no se dejan reprimir, y es ingenuo suponer que cuando se les reprime se les hace desplazarse y desaparecer definitivamente. Cuando más, se logra rechazar los instintos de la conciencia a la inconsciencia. Pero entonces, sometidos a esa desviación peligrosa, se agazapan en el fondo del alma y engendran, por su fermentación constante, la inquietud nerviosa, los trastornos y la enfermedad. Desilusionado, sin indulgencia, sin fe en el progreso, Freud establece perentoriamente que las fuerzas instintivas de la libido, estigmatizadas por la moral, constituyen una parte indestructible del ser humano que renace en cada embrión; que este elemento no puede ser eliminado nunca, pero que puede hacerse inofensivo, en algunos casos, transportándolo a la conciencia. He aquí, pues, que el reconocimiento consciente que la antigua ética social consideró un peligro, es señalado por Freud como una medicina; he aquí que el rechazo que ella estimaba liberador, él lo califica de maléfico. Lo que el viejo método quiso sepultar en la obscuridad, él lo despliega a plena luz. Quiere identificar, en vez de ignorar; abordar, en vez de esquivar; profundizar, en vez de sortear la mirada; poner al desnudo lo que se intentó cubrir de velos. Sólo puede disciplinar sus instintos aquel que los conoce; sólo puede reducir los demonios aquel que los extrae del abismo y los mira cara a cara. La medicina tiene tan poco comercio con la moral y el pudor, como con la estética y la filología; su tarea más importante no es la de amordazar las voces más secretas y misteriosas del hom-

bre, sino la de forzarlas a hablar. Sin la menor consideración a las pudibundeces del siglo, Freud exhibe estos problemas del rechazo y del inconsciente a la faz de la época. Emprende así el tratamiento no sólo de innumerables individuos sino de toda una época moralmente enferma, sometiendo a la acción de la ciencia el conflicto fundamental que aquélla quería mantener oculto.

Este método revolucionario de Freud ha hecho algo más que transformar nuestra concepción del alma: ha fijado una orientación nueva en todos los problemas capitales de nuestra ciencia presente y por venir. Es por eso que todos los que, desde 1890, quieren considerar el esfuerzo de Freud como una labor simplemente médica, lo rebajan en forma sensible y cometen un error craso, puesto que confunden, consciente o inconscientemente, el punto de partida con la meta alcanzada. El hecho de que Freud haya hendido la muralla china de la psicología antigua partiendo de la medicina, es una casualidad históricamente exacta, pero sin repercusiones sobre su resultado. Freud dimana de la medicina como Pascal de las matemáticas o Nietzsche de la filología antigua. No hay duda de que este origen da a su obra cierta tonalidad, pero no determina ni limita su grandeza. Porque ha llegado el momento de señalar, ahora que ha entrado a los setenta y cinco años, que su obra y su valor no reposan, desde hace mucho tiempo, en el detalle secundario que representa la curación anual por el psicoanálisis de algunas centenas de neuróticos más o menos ni sobre la exactitud de sus teorías y de sus hipótesis. Que la libido esté sexualmente "fijada" o no, que el complejo de castración y la

actitud de narcisismo—y sepa Dios cuántos otros artículos de fe codificada—sean o no canonizados por la eternidad, son cuestiones que se han convertido, desde hace años, en sutilezas escolásticas de universitarios y no tienen la menor importancia frente a la reforma histórica y trascendental que Freud ha impuesto al mundo al descubrir el dinamismo del alma y al innovar la técnica para resolver los problemas psicológicos. Lo que interesa es que la visión creadora de un hombre ha transformado nuestra esfera interior. Los representantes de la generación que termina fueron los primeros en reconocer que él operaba una verdadera revolución, que su "sadismo de la verdad" trastornaba todos los conceptos sobre el mundo del alma, y valoraron el peligro de su teoría. Porque eran ellos los que corrían el riesgo, ellos, los ilusionistas, los optimistas, los idealistas, los abogados del pudor y de la buena moral del pasado. Advirtieron de inmediato, aterrorizados, que se encontraban frente a un hombre que quemaba todas las señales de peligro, que no retrocedía ante ningún tabú, que no se intimidaba por ninguna contradicción, para quien nada, en realidad, era "sagrado". Como con Nietzsche, el Anticristo, sintieron que con Freud llegaba otro gran destructor de las viejas tablas santas, un antiilusionista, cuya mirada, como rayo Roentgen, iluminaría implacablemente todas las trastiendas, vería bajo la libido, el sexo; en el niño inocente, al hombre primitivo; en la suave intimidad familiar, las manidas y peligrosas tensiones entre padre e hijo, y en los sueños más anodinos, el borbotear ardiente de la sangre. Desde el primer momento, sienten la tortura de un presentimiento penoso: un hombre así, que no

ve en los valores más reverenciados—cultura, civilización, humanidad, moral y progreso—sino sueños y deseos, ¿no llevará más lejos su sondaje feroz? Este iconoclasta, ¿no aplicará finalmente la impudicia de su técnica analítica del alma individual al alma colectiva? Su acometividad, ¿no llegará a profanar los fundamentos de la moral del estado y los complejos familiares, armonizados con tanto esfuerzo, corroyendo con sus ácidos violentamente cáusticos la idea de patria y aun el espíritu religioso? En efecto, el instinto agónico del mundo de la preguerra percibió certeramente: la valentía ilimitada, la intrepidez intelectual de Freud no se detuvieron en ninguna parte. Indiferente a las críticas malintencionadas y a las envidias, al ruido y al silencio, con la paciencia inquebrantable y sistemática del artesano, continuó perfeccionando su palanca de Arquímedes hasta que pudo aplicarla al mundo. En el año setenta de su vida, Freud ha abordado el capítulo final de su obra: el de aplicar su método, tantas veces ensayado en el individuo, a la humanidad entera y aun a Dios. Tuvo el valor de avanzar una vez y otra, más allá de las ilusiones, hasta la nada suprema, hasta ese infinito grandioso en el que no hay fe, ni esperanzas, ni quimeras, y en el que sólo se plantean el problema del sentido y la misión de la humanidad.

Sigmund Freud legará a la humanidad—obra titánica de un solo hombre—una noción más clara de sí misma. Hay que insistir: más clara, no más feliz. Ha penetrado en las concepciones del mundo de toda una generación. Penetrado—digo—no embellecido. Porque lo absoluto no hace nunca feliz, sólo sabe imponer las decisiones. La ciencia no se propone acu-

nar nuevos ensueños que apacigüen el corazón eternamente pueril de la humanidad: su misión es enseñar a los hombres a que caminen rectos y erguidos sobre la dura costra del planeta. La participación de Freud en esta tarea ingrata ha sido ejemplar: en el curso de la obra que ha emprendido, su dureza se ha hecho feroz; su severidad, ley inflexible. Nunca, por el placer de consolar, Freud ha mostrado al hombre una puerta de escape, un refugio en el paraíso terrenal o celeste. Le ha indicado solamente, desde siempre, el camino que conduce al conocimiento de sí mismo, la ruta peligrosa que desemboca en lo más profundo del Yo. Su penetración no conoce la indulgencia; su raciocinio abomina de los atenuantes. Agudo y penetrante como el cierzo, su irrupción en una atmósfera pestilente ha disipado muchas brumas doradas, muchas nubes color de rosa y, más allá de los horizontes iluminados, se extiende ahora una perspectiva nueva e infinita de los dominios espirituales.

Gracias al esfuerzo de Freud, la nueva generación mira su época con ojos más penetrantes, más libres y más sinceros. Si la peligrosa psicosis del disimulo que ahogó durante un siglo la moral europea ha desaparecido para siempre y podemos mirar ahora, sin aspavientos hipócritas, el fondo de nosotros mismos; si las palabras "vicio" y "pecado" no nos hacen temblar de horror; si los jueces, conocedores de la fuerza avasalladora de los instintos humanos, dudan con frecuencia de pronunciar una condenación; si los maestros aceptan con naturalidad las cosas naturales, y las familias, francamente, las cosas francas; si hay en la concepción moral del mundo

mayor sinceridad y en la juventud mayor camaradería; si las mujeres aceptan con más liberalidad su sexo y sus deseos; si hemos aprendido a respetar la esencia íntima de todo individuo y adoptamos frente al misterio de nuestro ser espiritual una actitud más tolerante y comprensiva, debemos todos estos elementos de regeneración moral—los debemos nosotros y el mundo—a un hombre genial. Ante todo, a ese hombre que tuvo el arrojo de saber lo que sabía y el doble coraje de imponer lo que sabía a la moral corrosiva y a la cobarde resistencia de la época. Se pueden discutir muchos detalles de la obra de Freud, pero, ¡qué importan los detalles! Las ideas sufren tantas reprobaciones como confirmaciones, una obra existe tanto por el amor como por el odio que despierta. El único triunfo decisivo de una idea, el único también que nos sentimos dispuestos a reverenciar en nuestros días es el de su incorporación a la vida. Porque nada, en nuestros tiempos de justicia vacilante, estimula tanto la fe en el predominio del espíritu como el ejemplo viviente que implica el que baste que un solo hombre tenga el coraje de la verdad para que aumente su acervo en todo el universo.

CAPITULO SEGUNDO

Retrato caracterológico

> La sinceridad es la raíz de todo genio.
>
> *Boerne.*

La puerta severa de un inmueble vienés se cierra desde hace medio siglo sobre la vida privada de Sigmund Freud. Se diría que la casa está desierta: su existencia personal, modestamente relegada, sigue un curso no menos silencioso. Setenta años en la misma ciudad, más de cuarenta en la misma casa. En su interior, la consulta en la misma pieza; la lectura, en el mismo sillón; el trabajo literario, delante del mismo escritorio. *Pater familias* de seis niños, sin ninguna exigencia personal, sin otra pasión que la de su oficio y de su vocación. Ni un átomo de su tiempo, utilizado con parsimonia y al mismo tiempo con generosidad, se malgasta en la persecución de títulos o de dignidades, en vanidosas actitudes exteriores; nunca, frente a la publicidad, el creador alardea de la obra creada. En este hombre, el ritmo de la vida se acompasa, total y únicamente, con el ritmo incesante, uniforme y paciente del trabajo. Cada una de las mil y mil semanas de estos setenta y cinco años está aprisionada en el círculo único de una actividad regular: cada día igual al anterior y al que le sigue. Durante todo el período universitario: una conferencia semanal; el miércoles en la tarde, sistemáticamente, según el método socrático, una *sympo-*

sia intelectual en medio de los discípulos; el sábado, después del mediodía, una partida de cartas. Fuera de eso, de la mañana a la tarde o, más bien, a la medianoche, cada minuto, cada segundo están destinados al análisis, al tratamiento de los enfermos, al estudio, a la lectura y a la labor científica. Este inexorable calendario de trabajo no tiene hojas en blanco; esta jornada sin fin, a lo largo de medio siglo, no se interrumpe ni en una hora de reposo espiritual. La actividad perpetua es tan natural para este cerebro, siempre en funciones, como lo es para el corazón el continuo impulsar de la sangre; el trabajo, en Freud, no parece una acción sometida a la voluntad, sino una función permanente e inherente al individuo. La imperturbabilidad de este celo y de esta vigilancia es, precisamente, el rasgo más sorprendente de su estructura intelectual: la norma se convierte en fenómeno. Desde hace cuarenta años, Freud se entrega diariamente a ocho, nueve, diez y aun, a veces, a once horas de análisis; es decir, que durante ocho a once horas, se concentra plenamente, con una tensión extrema, casi palpitante, para asimilarse con su "sujeto", cuyas palabras escucha y pesa, en tanto que su memoria, siempre despierta, le permite comparar simultáneamente los rasgos del psicoanálisis actual con los de todas las sesiones anteriores. Vive así en el corazón de la personalidad ajena, mientras que, al establecer el diagnóstico del alma, la observa desde afuera. Y, al fin de la sesión, sin un titubeo, debe abandonar a ese enfermo y entrar en la vida del siguiente: esto, ocho y nueve veces en el día, conservando, sin anotaciones ni medios mnemotécnicos, los hilos separados de centenares y centenares de

destinos, hilos que distingue y que puede manejar hasta en sus ramificaciones más finas.

Un esfuerzo renovado en forma tan constante requiere una vigilancia del espíritu, un acecho del alma, una tensión de los nervios que ningún otro tendría talla para soportar por más de dos o tres horas. Pero la vitalidad desbordante de Freud, su prepotencia intelectual no conocen el agotamiento ni la laxitud.

Cuando, muy tarde, en la noche, han terminado las nueve o diez horas que dedica al servicio de la gente, empieza el otro trabajo, el que el mundo cree su única obra: la elaboración creadora de los resultados. Y esta tarea gigantesca, practicada sin titubeos sobre miles de individuos y que repercute sobre millones, se realiza a lo largo de medio siglo, sin colaborador, sin ayudante, sin secretario. Todas sus cartas son manuscritas, todas sus investigaciones son agotadas por él solo; llega a la redacción definitiva de todos sus trabajos sin solicitar el concurso de nadie. El elemento demoníaco, agazapado en la profundidad, sólo se transparenta en la superficie trivial de esta existencia por la regularidad grandiosa de su potencia creadora.

Este instrumento de precisión que, durante décadas, funciona sin que nunca se detenga, se debilite ni se desvíe, sería inconcebible si su estructura no fuera perfecta. Como en Haendel, Rubens y Balzac, creadores torrenciales, la superabundancia intelectual de Freud emana de una salud espléndida. Hasta la edad de setenta años, este gran médico no ha estado nunca enfermo; este incansable explorador de todas las neuropatías no ha sentido nunca el menor

trastorno nervioso; durante toda una vida, este investigador lúcido de todas las anomalías del alma humana, este sexualista tan combatido, se ha mantenido, en sus manifestaciones personales, con una salud y una uniformidad desconcertantes. Su cuerpo no conoce aún por experiencia las molestias más baladíes, las más cotidianas, que perturban el trabajo intelectual: no ha conocido, por decir así, ni la jaqueca ni la fatiga. Durante decenas de años, Freud no ha tenido nunca necesidad de consultar a un colega, nunca una indisposición le ha obligado a guardar cama. Ahora, a una edad patriarcal, una enfermedad maligna se esfuerza en destrozar esta salud de hierro. Inmediatamente después que la herida ha cicatrizado, vuelve a la antigua disciplina sin atenuar en un punto su rigidez. Para Freud, la salud marcha a la par con la respiración; la vigilia, con el trabajo; la creación, con la vida. Y cuanto más intensa y continua es la labor del día, más completo es el reposo nocturno para este cuerpo tallado en roca. Un sueño breve, pero total, renueva cada mañana este vigor de una normalidad magnífica e impulsa de nuevo la sobrehumana actividad espiritual. Freud, cuando duerme, duerme muy profundamente; cuando está en vigilia, está formidablemente despierto.

La imagen exterior no contradice en nada este equilibrio perfecto de las fuerzas interiores. Rasgos admirablemente regulares, aspecto esencialmente armonioso. La talla, ni demasiado grande ni demasiado pequeña; el cuerpo, ni demasiado grueso ni demasiado delgado: siempre y en todas partes, un término medio verdaderamente ejemplar. Esta cara de óvalo regular, que no da margen a la exageración

del dibujo es, desde hace años, la desesperación de los caricaturistas. Es inútil confrontar los retratos de la juventud para buscar en ellos un rasgo dominante, alguna señal característica. A los treinta, a los cuarenta, a los cincuenta años, esas imágenes nos muestran un hombre de físico agradable, un hombre viril, un señor de facciones regulares, demasiado regulares tal vez. Los ojos, obscuros y reconcentrados, traicionan, es verdad, al intelectual; pero aun con la mejor voluntad, no se encuentra en esas fotografías sino una de esas caras de sabio, de una virilidad idealizada, de barba muy cuidada, sobrios, suaves y dulces que gustaban pintar Lenbach y Makart. Aun se piensa en renunciar a todo estudio caracterológico ante esa cara encerrada en su propia armonía. Pero, inesperadamente, los últimos retratos se resuelven a hablar. Sólo los años, que en la mayor parte de los hombres disuelven los rasgos personales y los pulverizan en arcilla gris; sólo el estado patriarcal, la vejez y la enfermedad, con sus cinceles creadores, dan a la cara de Freud un carácter especial innegable. Desde que los cabellos encanecen, desde que la barba no encuadra tan abundantemente el mentón obstinado, desde que el bigote ensombrece menos la boca severa, desde que se pronuncia el perfil macizo aunque plástico, se descubre algo duro, innegablemente combativo. Es la voluntad inexorable, penetrante, casi irritada de su temperamento. Más profunda, más sombría, la mirada, antes puramente contemplativa, se ha hecho ahora aguda y penetrante; un pliegue amargo y desconfiado hiende, como una herida, la frente descubierta y surcada de arrugas. Los labios delgados y apretados parecen cerrarse so-

bre un "no" o un "no es verdad". Por primera vez, se advierten en la cara de Freud el rigor y la vehemencia de su ser y se adivina que no es la de un *good grey old man* que la edad ha hecho suave y sociable, sino la de un analista implacable que no se deja mixtificar por nadie y que no acepta la mixtificación. Un hombre ante el cual se tendría miedo de mentir, porque se advierte que su mirada, recelosa y vigilante, arrojada como una flecha desde el fondo de la obscuridad, corta el camino de todo desertor e impide anticipadamente toda escapatoria; un individuo de mirar más bien tiránico que liberador, pero dotado de una admirable capacidad de penetración; no un simple contemplativo, sino un psicólogo inexorable.

Que nadie intente falsificar la máscara de este hombre, de atenuar su dureza bíblica o la enérgica intransigencia que flamea en el ojo casi amenazante del viejo luchador. Porque si Freud hubiera carecido de esa energía incisiva e implacable, su obra se habría visto privada de lo que tiene de mejor y de más decisivo. Como Nietzsche con el martillo, Freud ha filosofado, toda una vida, con el escalpelo: estos instrumentos no podían ser manejados por manos indulgentes y dulces. La deferencia, la complacencia, la educación y la compasión resultarían absolutamente incompatibles con el pensamiento radical de su naturaleza creadora, cuyo sentido y cuya misión sólo son la revelación de los extremos y no su armonización. El empuje combativo de Freud exige siempre, con absoluta nitidez, el pro y el contra, el sí y el no; pero no el quién sabe, ni el no obstante, el sin embargo ni el tal vez. Cuando se trata de razones, de

tener razón en el dominio del espíritu, Freud no conoce ni las reservas ni las componendas, ni los compromisos ni la piedad: como Jehová, el Eterno, perdona más difícilmente a un tibio que a un apóstata. Las aproximaciones no tienen valor para él, no se siente inclinado sino por la verdad de pureza absoluta. Toda penumbra vaga, tanto en las relaciones personales de hombre a hombre como en esos sublimes claroscuros de la humanidad que se llaman ilusiones, despiertan inevitablemente en él la necesidad violenta, casi exacerbada, de dividir, de definir, de ordenar: su mirada debe o quiere ver siempre los fenómenos a la claridad de la luz directa.

Ver con claridad, pensar con claridad, actuar con claridad, no significan para Freud un esfuerzo ni siquiera un acto voluntario; la necesidad de analizar es instintiva en él, es innata, orgánica, irreprimible. Cuando Freud no comprende completa e instantáneamente una cosa, es incapaz de un maridaje con el punto de vista de cualquiera; lo que no resulta claro desde el fondo de sí mismo, nadie se lo puede aclarar. Su visión, como su espíritu, es autocrática y absolutamente intransigente; en la palestra, donde se ha enfrentado con enemigos cien veces superiores en número, allí es donde se despliega en toda su amplitud el instinto agresivo de esta voluntad intelectual que la naturaleza ha hecho cortante como una navaja.

Duro, severo e implacable con los otros, no lo es menos consigo mismo. Disciplinado en la desconfianza, habituado a sorprender el engaño, aun en el más insignificante, en los repliegues recónditos del inconsciente, a vislumbrar a través de una declaración

una confesión aun más sincera, bajo cada verdad una verdad más profunda, aplica a su propia persona la vigilancia de este control analítico. Es por eso que el calificativo de "pensador audaz" que se le aplica frecuentemente me parece muy mal empleado en el caso de Freud. Su pensamiento no tiene nada de improvisado, apenas algo de intuitivo. No es un desatinado que modela fórmulas vertiginosamente: titubea durante años antes de elevar una suposición a la categoría de afirmación; para un genio constructivo como el suyo, las generalizaciones prematuras, los brincos arriesgados del intelecto serían verdaderos contrasentidos. Marchando a pasos cortos, con circunspección, sin dejarse llevar nunca por la exaltación, Freud es el primero en sorprender lo que no está seguro. Se encuentran, por eso, en sus escritos muchas advertencias que se dirige a sí mismo: "ésta no es más que una hipótesis" o "sé que a este respecto tengo pocas novedades que decir". La verdadera valentía de Freud surge tardíamente, con la certidumbre. Cuando este devastador incansable de la ilusión se ha convencido enteramente y por sí mismo, cuando ha triunfado de su propia desconfianza, cuando ha vencido su temor a enriquecer la quimera del mundo, entonces, y sólo entonces, es cuando expone su concepción. Pero, en cuanto ha admitido y defendido públicamente una idea, ella pasa a formar parte de su existencia intelectual, y ya ningún Shylock podrá despojarlo ni de un gramo de su cuerpo viviente. La evidencia es tardía en Freud: pero una vez constituída, ya no es destructible.

Esta tenacidad, esta energía en el mantenimiento de sus puntos de vista frente a los otros y en con-

tra de los otros ha sido calificada por los adversarios enconados de Freud de dogmatismo; aun los partidarios han murmurado o han protestado a gritos. Pero todas estas características de Freud están indisolublemente ligadas a su naturaleza: emanan de una actitud que no es voluntaria, sino espontánea, de una manera peculiar de ver las cosas. Lo que abarca su ojo creador, lo ve como nadie antes que él lo había visto. Cuando piensa, olvida lo que los demás han pensado sobre el mismo tema. Enfoca los problemas en forma personal e inimitable, y en cualquier momento, en cualquier ocasión en que entreabre el libro sibilino del alma humana, cae siempre en una página nueva. Antes de que su capacidad crítica se haya apoderado de algo, ya su ojo ha realizado la creación. Se puede corregir un error de opinión; pero no se puede modificar la percepción creadora de una mirada: la visión se substrae a toda influencia, la creación planea por encima de la voluntad. Porque llamamos creación a esa virtud de ver las cosas más viejas e inmutables, como si nunca las hubiera iluminado el fulgor de un ojo humano; la facultad de exponer lo que se ha dicho mil veces con la frescura virginal de lo que nunca ha pronunciado la boca de un mortal. Imposible de imitar esta magia de la visión intuitiva del sabio; imposible también de educar: la obstinación que una naturaleza genial despliega para sostener su primera y única visión no es porfía, es una necesidad ineluctable.

Es por eso que Freud no trata nunca de convencer, de persuadir, de seducir a su auditorio o a sus lectores. Expone, y eso basta. Su lealtad sin reservas renuncia, en forma absoluta, a enunciar ideas, por

importantes que le parezcan, de modo poéticamente halagüeño y dulcificando la expresión; renuncia a facilitar a las almas sensibles la digestión de las partes duras y amargas. Comparada con la prosa embriagadora de Nietzsche, sembrada de los fuegos de artificio más locos del arte y la imaginación, la suya parece, a primera vista, incolora, sobria y fría. La prosa de Freud no fascina, no subyuga; carece totalmente de toda poesía, de toda euritmia musical (le falta, como lo confiesa él mismo, toda inclinación interior hacia la música, evidentemente en el concepto de Platón que la acusa de perturbar el pensamiento puro). Y es ese precisamente el derrotero único de Freud, que se rige por la máxima de Stendhal: "para ser buen filósofo, hay que ser seco, claro, sin ilusiones". La claridad, en el lenguaje como en todas las manifestaciones humanas, le parece lo Optimum y lo Ultimum; subordina todos los valores artísticos, como secundarios, a esta nitidez, a esta luminosidad, y obtiene así el perfil diamantino de contornos, al que debe la incomparable *vis plastica* de su estilo. Prosa latina, prosa romana, desprovista de todo ornamento, que se amolda rígidamente al tema, no lo adorna nunca al modo de los poetas sino que lo expresa en palabras duras y precisas. No deslumbra, no acumula los vocablos, no es recargada, evita las repeticiones; es avara, dentro de ciertos límites, de imágenes y de comparaciones. Pero cuando elige una, es poderosamente pesuasiva y penetra como una bala. Algunas fórmulas de Freud tienen la sensualidad tráslucida de las gemas talladas y resaltan en la claridad gélica de su prosa como camafeos incrustados en trozos de cristal. Todas ellas son inolvidables. En

el curso de las demostraciones filosóficas, Freud no abandona un momento el camino recto—abomina de los circunloquios dialécticos tanto como de las desviaciones intelectuales—, y en toda su obra, tan vasta, no se encuentra una sola frase que no sea claramente accesible, sin esfuerzos, aun para un hombre de medíana cultura. Su expresión, como su pensamiento, busca siempre la precisión casi geométrica: sólo un estilo opaco en la apariencia, pero en realidad de una extrema luminosidad, podía servir para su ascensión hacia la luz.

Todo genio—dice Nietzsche—lleva una máscara. Freud ha elegido una de las más impenetrables: la de la discreción. Su vida exterior disimula una potencia demoníaca de trabajo bajo una exterioridad burguesa y sobria de filisteo. Su cara, el genio creador bajo rasgos quietos y regulares. Su obra, atrevida, revolucionaria en extremo, reviste las apariencias modestas que corresponden a los métodos universitarios de una ciencia natural y exacta. La frialdad incolora de su estilo encubre el arte cristalino de su potencia creadora. Genio de la sobriedad, prefiere dar a conocer lo que hay en él de sobrio, no de genial. En la superficie, sólo aparece lo medido; lo desmesurado se revela más tarde, en la profundidad. En todas las cosas Freud es más de lo que quiere aparentar y, sin embargo, en ninguna de sus manifestaciones hay el más insignificante equívoco. Pues es allí donde domina y florece en el hombre la ley de la unidad superior, que trasciende y se encarna triunfalmente en todos los elementos de su ser, de su vida, de su estilo y de su obra.

CAPITULO TERCERO

El punto de partida

"Ni en mi juventud, ni después, por lo demás, he sentido preferencia por la situación y el oficio de médico", confiesa Freud en la historia de su vida con esa franqueza inexorable consigo mismo que le es tan peculiar. Pero a esta confesión vienen a agregarse aún otras palabras, pletóricas de claridad: "me sentía más bien impulsado por una sed de saber, que me llevaba a interesarme por las relaciones humanas antes que por los objetos naturales". Pero esta inclinación íntima no encuadra en ninguna de las ramas del saber oficial; en el programa de estudios médicos de la Universidad de Viena no figura una cátedra que se llame "Relaciones Humanas". Por otra parte, como el joven estudiante debe pensar pronto en ganarse el sustento, no puede entregarse largo tiempo a sus preferencias y se ve forzado a marcar el paso, con toda paciencia, detrás de los otros, durante los doce semestres prescritos. Ya desde estudiante, Freud se dedica, por su cuenta, a investigaciones serias; llena, en cambio, sus deberes universitarios —como confesara sinceramente él mismo—"con bastante negligencia", y no obtiene su diploma de doctor en medicina hasta 1881, a la edad de veinticinco años y "con bastante retraso".

Es la trayectoria de un gran destino: en este hombre de caminar incierto se incuba una vocación espiritual misteriosa a que lo obliga, ante todo, a subs-

traerse a la medicina, que no le dice nada. Desde los primeros pasos de estudiante, los aspectos clásicos y la técnica curativa dejan indiferente a este espíritu orientado hacia lo universal. Psicólogo nato — y él lo ignora largo tiempo — el joven trata instintivamente de desplazar su campo de actividad teórica hacia las regiones del alma. Escoge, pues, como especialidad la psiquiatría y se ocupa de la anatomía del cerebro, porque los auditorios médicos de entonces no se preocupan de la psicología del individuo considerado aisladamente: Freud deberá inventar para nosotros esa ciencia del alma de que hoy no podemos prescindir. La concepción mecánica de la época atribuye todas las anomalías del alma a la desviación de los nervios o a una depravación; están dominados por la arrobadora ilusión de poder calcular un día con toda exactitud los mecanismos del alma y corregir sus alteraciones mediante un conocimiento cada vez más profundo de los órganos y de una experimentación, cada vez más prolija, en el dominio animal. Es por eso que el taller del psicólogo está situado en esos tiempos en el laboratorio de fisiología, donde se intenta hacer experiencias concluyentes, sirviéndose de la lanceta, del escalpelo, del microscopio y de los aparatos eléctricos cuyas reacciones miden las oscilaciones y las vibraciones del nervio. Freud debe sentarse también, en un principio, a la mesa de disección y buscar, con ayuda de todo ese instrumental técnico, causas que, en realidad, no se manifiestan nunca en forma material. Trabaja durante varios años en el laboratorio de los célebres anatomistas Brücke y Meynert, que no tardan en reconocer en el joven ayudante el don innato del descu-

brimiento creador e independiente. Los dos tratan de retenerle como colaborador permanente. Si el médico novel lo desea, puede dar aún, en el anfiteatro del profesor Meynert, un curso sobre anatomía del cerebro. Pero una fuerza interior se rebela inconscientemente en Freud. Tal vez su instinto adivina el destino que lo aguarda: sea como fuere, el caso es que declina el halagüeño ofrecimiento. Por lo demás, sus trabajos de histología y de clínica, ajustados a los métodos universitarios, bastan ya para que se le nombre profesor agregado de neurología en la Universidad de Viena.

Profesor agregado de neurología es, en ese momento, un título envidiable y una función lucrativa para un médico sin fortuna y de veintinueve años de edad. Ahora, Freud debería cuidar a sus enfermos, año tras año, sin alejarse del camino recto y ajustándose estrictamente a los bizarros métodos universitarios: tendría asegurada así una correra brillante. Pero ya se manifestaba en él ese instinto tan característico del autocontrol, que lo arrastrará, toda una vida, por el camino del progreso. Porque este joven profesor reconoce lealmente lo que los otros neurólogos se ocultan entre ellos y aun a sí mismos: esto es, que toda la técnica del tratamiento nervioso de los fenómenos psicógenos, tal como se realiza en 1885, es completamente inoperante, incapaz de procurar el menor socorro, y que se ha detenido en un punto muerto. Pero, ¿cómo practicar otra si en Viena no se enseña más que ésta? Lo que se puede aprender de los maestros vieneses en 1885 (y mucho después aun), el joven profesor lo ha aprendido hasta el último detalle: observación clínica escrupulosa,

y anatomía de una exactitud perfecta; no hay que olvidar que dos de las virtudes fundamentales de la escuela vienesa son la más rigurosa conciencia en el trabajo y una aplicación inexorable. ¿Qué más que eso podría espigar entre hombres que no saben más que él? De ahí que la noticia de que en París se hace, desde hace varios años, psiquiatría, según un método completamente diferente de los admitidos en Francia, ejerce sobre Freud una atracción irresistible. Sorprendido y receloso, pero extraordinariamente interesado, se informa de que Charcot, especialista en anatomía del cerebro, hace experiencias curiosas con ayuda de esa infame y maldita hipnosis, condenada en Viena a excomunión, desde el día en que — ¡gracias a Dios! — Franz Anton Mesmer fué expulsado de la ciudad.

Desde la distancia, Freud se da cuenta inmediatamente de que no se puede formar una impresión cabal de estas experiencias, si se sirve sólo de las comunicaciones que aparecen en las revistas médicas, y resuelve verlas con sus propios ojos para poder juzgarlas. Guiado por esa misteriosa brújula interior que indica a los creadores su verdadero camino, Freud decide trasladarse a París. Su maestro Brücke apoya las pretensiones del joven médico sin fortuna, que solicita los medios para el viaje. Se le conceden. Y en 1886, para comenzar nuevos estudios, para aprender antes de enseñar, el joven profesor parte con rumbo a París.

Advierte inmediatamente que se encuentra en otra esfera. Aún cuando Charcot, como Brücke, se preocupe de la anatomía patológica, ya la ha superado. En su célebre libro, "La fe que cura", el excel-

so francés ha estudiado las condiciones psicológicas de los milagros religiosos — rechazados hasta entonces como inverosímiles por el tribunal de los médicos sabios—, y ha establecido algunas de las leyes típicas que rigen sus manifestaciones. En lugar de negar los hechos, los ha interpretado y se ha acercado, igualmente ayuno de prejuicios, a todos los otros sistemas de curas milagrosas, incluso al famoso "mesmerismo". Por primera vez se encuentra Freud con un sabio que no mira con preconcebido desprecio a la histeria y que no la califica de simulación, como hacen en Viena, sino que examina y se preocupa de esta enfermedad del alma, la más interesante, porque es la más plástica de todas. Se encuentra con un sabio que demuestra que las crisis de la histeria y sus accesos son las consecuencias de crisis interiores y que éstas deben tener una causa psíquica. En el curso de sus conferencias públicas, Charcot prueba, en pacientes hipnotizados, que las parálisis psíquicas pueden ser provocadas y suprimidas por la sugestión en cualquier momento, durante el sueño del sonámbulo, y que, en consecuencia, no representan simples reflejos fisiológicos, puesto que están sometidas a la voluntad. Aún cuando los detalles de su doctrina no logran convencer siempre al joven médico vienés, se siente, sin embargo, impresionado por el hecho de que en París se consideren, junto a las causas físicas, las psíquicas y aun las metapsíquicas. Comprueba con íntima satisfacción que la psicología se aproxima aquí a la antigua ciencia del alma y se siente más atraído por este método intelectual que se le enseñó en su tierra. En esta nueva esfera de actividad, Freud tiene una vez más la suerte — pero, ¿se

puede calificar de suerte lo que no es, en el fondo, más que la adivinación instintiva, eterna y recíproca, de los espíritus superiores? — de despertar en sus maestros un interés especialísimo. Como Brücke, Meynert y Nothnagel en Viena, Charcot descubre inmediatamente en Freud la naturaleza creadora y lo atrae a su esfera íntima. Le encarga de la traducción de sus obras al alemán y le honra con su confianza. Cuando Freud vuelve a Viena, algunos meses más tarde, siente que su imagen interior del mundo ha cambiado. La vía de Charcot — lo comprende vagamente — no es la misma suya; el sabio francés se ocupa demasiado todavía de la experiencia física y demasiado poco de lo que ella revela en el dominio del alma. Pero la sola acción de esos pocos meses ha hecho madurar en el joven médico el afán de independencia y ha creado en él un nuevo coraje. Está ahora en condiciones de comenzar su trabajo creador propio.

Es cierto que queda una pequeña fórmula por llenar. Todo el que ha disfrutado de una pensión para viajar, suministrada por la Universidad, debe presentar a su regreso informe de sus experiencias científicas en el extranjero. Freud lee el suyo a la Sociedad de los Médicos. Habla de los nuevos métodos de Charcot y describe sus experiencias de hipnotismo en la Salpetriére. Pero, desde Franz Anton Mesmer los círculos médicos de Viena desconfían terriblemente de todo lo que es hipnosis.

Se recibe con sonrisa desdeñosa la afirmación de Freud de que es posible provocar artificiálmente los síntomas de la histeria; en cuanto a la herejía de que existen casos de histeria en el hombre, ésa des-

pierta una franca hilaridad. Al principio, se le palmotea benévolamente la espalda y se le hacen bromas, porque se ha dejado contar en París semejantes patrañas; pero como Freud no cede, se cierran para el apóstata indigno las puertas del santuario, el laboratorio de psiquiatría, donde, a Dios gracias, se hace todavía psicología "seria y científica".

Freud es, desde entonces, la oveja negra de la Universidad de Viena. Nunca más ha vuelto a franquear el umbral de la Sociedad de los Médicos, y si obtuvo, después de muchos años, el título de profesor extraordinario, lo debió — como él mismo confiesa regocijadamente — a la protección privada de una enferma influyente. Pero la ilustre facultad no reconoce, sino a regañadientes, que pertenece al personal académico. Prefiere olvidar que el sabio ha cumplido setenta años y se dispensa, ese día, de todo mensaje y de toda congratulación. Freud no ha llegado a ser nunca *titular* de una cátedra universitaria y ha continuado siendo lo que fué en un principio: ¡un profesor extraordinario entre los profesores ordinarios!

Resistiendo los métodos mecánicos de la neurología, que se esforzaban en curar las enfermedades del alma con la ayuda exclusiva de las excitaciones mecánicas y los medicamentos, Freud no solamente ha malogrado su carrera académica, sino que ha perdido también su clientela privada. En todo momento, debe desempeñarse solo. Apenas ha sobrepasado el aspecto negativo del problema debe abordar el otro. El sabe que por medio del estudio anatómico del cerebro y con el uso de aparatos que miden las reacciones nerviosas no se llegará nunca a descubrimien-

tos psicológicos decisivos, y que sólo un método diametralmente opuesto, con un punto de partida diferente, permitirá penetrar en los engranajes misteriosos del alma. Se trata ahora de buscar o, más bien, de inventar ese método. A eso consagrará Freud, apasionadamente, los cincuenta años que siguen. París y Nancy le han suministrado algunas indicaciones que le ponen en la pista. Pero en la esfera científica, igual que en el arte, un pensamiento único no puede engendrar formas definitivas; la verdadera fecundación sólo se produce por el cruzamiento de una idea con una experiencia. Basta entonces el impulso más insignificante para que se afirme la fuerza creadora.

Su colaboración amistosa con el doctor Breuer, su hermano mayor, a quien Freud encontró, en otros tiempos, en el laboratorio de Brücke, es la que va a dar este impulso. Breuer, médico muy ocupado y muy aficionado a la labor científica, pero con poca capacidad creadora, había relatado a Freud, antes de su viaje a París, el caso de una muchacha histérica a la que logró curar de una manera imprevista. La paciente presentaba los fenómenos habituales de esta enfermedad: parálisis, contracciones, obscurecimiento de la conciencia.

Pues bien, Breuer había observado que esta muchacha se sentía libertada, experimentaba una mejoría pasajera de su estado cada vez que le conversaba largamente. El doctor, hombre inteligente, dejaba que la paciente diera libre curso a su fantasía afectiva. La niña contaba y contaba. Pero durante esas abruptas "confesiones", sin la menor ilación, evitaba siempre, intencionadamente — Breuer lo ha-

bía observado — el punto esencial, el que había desempeñado un papel decisivo en la producción de la histeria. Notó que este ser sabía algo que no quería saber y que por eso callaba. Para despejar el camino que conducía al acontecimiento oculto, concibió Breuer la idea de hipnotizar regularmente a la muchacha. En este estado, en que la voluntad queda suprimida, espera poder eliminar en forma radical todas las inhibiciones que se oponen a la aclaración definitiva. En efecto, su tentativa tiene éxito: en el estado de hipnosis, abolido todo pudor, la muchacha expone libremente, ante el médico y, sobre todo, ante sí misma, lo que escondió con tanta obstinación: a la cabecera de su padre enfermo había experimentado y reprimido ciertos sentimientos. Estos sentimientos, rechazados por razones de decencia, habían encontrado o, más bien, inventado como derivativo los síntomas morbosos comprobados. Breuer prosigue sistemáticamente el tratamiento en este mismo sentido. A medida que la enferma se informa ella misma, los síntomas histéricos van desapareciendo: es que se han hecho inútiles. Al cabo de algún tiempo, la paciente ha curado completamente.

Breuer había relatado este caso curioso, como un hecho extraordinariamente notable. Lo que más le halagaba era que su terapéutica lograra curar a una neurótica. Pero lo que el profundo instinto de Freud adivina inmediatamente, a través de la técnica de Breuer, es una ley mucho más vasta, esto es, que "las energías del alma son desplazables", que debe existir en el subconsciente una fuerza activa que metamorfosea los sentimientos detenidos en su curso natural y los desvía hacia otras manifestaciones psí-

quicas o físicas. El caso observado por Breuer ilumina, desde un ángulo nuevo, las experiencias realizadas en París. Los dos amigos deciden trabajar juntos para perseguir hasta las tinieblas la huella descubierta. Las obras que escriben entonces en colaboración, "Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos" (1893) y "Estudios sobre la Histeria", son las primeras exposiciones de las nuevas ideas; en ellas brilla la aurora de una psicología enteramente diferente de la que se admitía. En el curso de sus investigaciones en común, establecen, por primera vez, que la histeria no se debe—como se creía hasta entonces—a una enfermedad orgánica, sino al trastorno provocado por un conflicto interior del que el enfermo no se da cuenta: bajo la presión ejercida por el conflicto se generan los síntomas, las desviaciones morbosas. Las perturbaciones psíquicas son engendradas por la retención de sentimientos, como la fiebre por una inflamación interna. Y así como la fiebre baja cuando la supuración encuentra una salida, así cesan también las violentas manifestaciones de la histeria cuando se llega a exteriorizar el sentimiento rechazado y "cuando se le logra orientar hacia vías normales en las que se expande libremente la fuerza afectiva desviada y estrangulada, por decir así, que se ocupaba en mantener el síntoma".

En un principio, Breuer y Freud emplean la hipnosis como instrumento de liberación psíquica. En esta época prehistórica del psicoanálisis, éste no constituye, de ninguna manera, un remedio en sí mismo, sino que es un simple medio coadyuvante. Su tarea se reduce a una ayuda en la detención de la crisis afectiva: representa, en otros términos, el papel de

un anestésico en la operación por realizar. Sólo cuando las barreras del estado de vigilia consciente han caído, el enfermo expresa libremente lo que tiene de más secreto; la simple confesión disminuye la presión angustiosa. Se procura un exutorio a un alma que se ahoga; es el desenlace de la tensión que la tragedia griega canta como un goce y una liberación: Breuer y Freud calificaron, al principio, su método de "catártico" en el sentido de la "catarsis" de Aristóteles. Gracias al conocimiento de sí mismo, la desviación morbosa y provocada se hace superflua, el síntoma que no tenía sino un valor simbólico desaparece.

Breuer y Freud habían llegado en común a resultados importantes, decisivos aun. Pero en este punto sus caminos se bifurcan. Breuer, el médico, temeroso de los peligros de esta incursión en los dominios del alma, retrocede hacia el terreno médico: lo que a él le interesa sobre todo son los medios de curar la histeria, de suprimir sus síntomas. En cuanto a Freud, que acaba de descubrir el psicólogo que hay en él, se siente fascinado por el fenómeno psíquico, por el destello que surge en el proceso de transformación de los sentimientos. El haber descubierto que pueden ser rechazados y reemplazados por síntomas, excita, con extraordinaria violencia, su curiosidad: presiente que allí está todo el problema del mecanismo psíquico. Porque si los sentimientos pueden ser rechazados, ¿quién los rechaza? ¿Hacia dónde? ¿Según qué leyes de fuerzas son trasladados de lo psíquico a lo físico, y dónde se producen estas transformaciones incesantes que el hombre consciente ignora pero que reconoce, sin embargo, cuando

se le obliga a ello? Una esfera desconocida en que la ciencia no se había atrevido a penetrar hasta entonces se esboza vagamente a la vista de Freud; advierte a lo lejos los contornos nebulosos de un mundo nuevo: el inconsciente. Desde entonces se consagrará apasionadamente al "estudio de la región inconsciente de la vida del alma". Ha comenzado el descenso hacia el abismo.

CAPITULO CUARTO

El mundo de la inconsciencia

Querer olvidar lo que se sabe, bajar desde un nivel elevado hasta una concepción más ingenua, exige siempre un esfuerzo especial. Por eso es que hoy resulta difícil representarse la forma en que el mundo científico de 1900 comprendía la noción de lo inconsciente. Quede bien establecido que la psicología prefreudiana no ignoraba que nuestras posibilidades psíquicas no se agotan enteramente en la actividad consciente de la razón, que no ignoraba la existencia, detrás de ella, de otra potencia que actúa a espaldas de nuestra vida y de nuestro pensamiento. Pero no sabiendo cómo utilizar esta noción no intentó nunca transportarla en forma efectiva desde el inconsciente hasta el dominio de la ciencia y de la experimentación. La psicología de esa época no se ocupó de los fenómenos psíquicos sino en el sector en que ellos aparecen iluminados por la conciencia. Para ella, resultaba un contrasentido—*una contradictio in adjecto*—querer que lo inconsciente se convierta en tema de estudio para la conciencia. El sentimiento no es considerado como tal sino desde el momento en que se le siente claramente; la voluntad, desde que se manifiesta activamente; mientras las manifestaciones psíquicas no se eleven más allá de la superficie de la vida consciente, la psicología de entonces las eliminará del espíritu como imponderables que no se pueden tomar en cuenta.

Freud introduce en el psicoanálisis el término técnico de "inconsciente", pero le da un sentido muy distinto del que tenía en la filosofía escolar. Para Freud lo consciente no representa por sí solo el acto psíquico; ni lo inconsciente es, por consecuencia, una categoría absolutamente diferente o subordinada; muy al contrario, declara abiertamente que todos los actos psíquicos se generan en la inconsciencia y que aquéllos de que se tiene conciencia no representan una categoría distinta ni superior; su ingreso a la inconsciencia no la deben a una acción externa, como sería la de la luz que se proyecta sobre un objeto. Ya sea que permanezca invisible en una pieza obscura o que una lámpara eléctrica la haga perceptible a la mirada, una mesa es siempre una mesa. La luz hace más sensible su existencia material, pero no determina su presencia. No hay duda de que en este estado de mayor visibilidad se la puede medir más exactamente que en la obscuridad, si bien aun en medio de las tinieblas—palpándola y tanteándola—habría sido posible, hasta cierto punto, comprobar y definir su naturaleza. Pero es lógico que la mesa invisible en la obscuridad pertenece tanto al mundo físico como la mesa visible. Así, en el dominio de la psicología, la inconsciencia forma parte del alma con iguales títulos que la conciencia. De ahí que para Freud, "inconsciente" no sea ya sinónimo de "imposible de conocer": dotada de un sentido nuevo, la palabra adquiere carta de ciudadanía en el mundo de la ciencia. Gracias al propósito invencible de Freud de examinar no sólo la exterioridad de los fenómenos psíquicos, sino también sus bajos fondos y de sondear bajo la superficie de la conciencia con aten-

ción renovada y con otros instrumentos metodológicos —la escafandra de buzo de su psicología abisal—la psicología clásica se convierte de nuevo en un verdadero conocimiento del alma, en una ciencia vital aplicable y aun curativa.

La obra genial de Freud es esta reforma fundamental, el descubrimiento de un nuevo campo de experiencias, la formidable ampliación de los dominios del alma. De un solo impulso, la esfera psíquica perceptible aumenta su extensión anterior y ofrece a la ciencia, al mismo tiempo, bajo la superficie, las profundidades. Todas las medidas del dinamismo psíquico resultan revolucionadas con esta modificación aparentemente insignificante; después de todo, las ideas decisivas se consideran siempre muy sencillas y parecen imponerse por sí mismas. Por eso es posible que una historia futura de la ciencia del espíritu realce este instante creador de la psicología y lo presente como uno de los más grandes y de los más ricos en consecuencias. Tan fecundo en consecuencias como lo fué el desplazamiento del ángulo de visión intelectual de Kant y de Copérnico que transformó de raíz toda la ideología de una época. Hoy la imagen del alma que desplegaban ante los ojos del mundo las universidades al comienzo del siglo, nos parece tan ingenua y tan inexacta como un mapa del tiempo de Tolomeo en que se representa al cosmos como una parte pequeña y miserable del universo geográfico. Al igual que esos cartógrafos pueriles, los psicólogos prefreudianos consideran simplemente como *terra incógnita* los continentes inexplorados del alma: "inconsciente" es para ellos lo inaccesible, lo imposible de conocer. Piensan seguramente que debe

haber en alguna parte una bodega obscura donde se sepultan nuestros recuerdos inútiles, donde lo olvidado y lo inexplotado se arrumban estérilmente, un depósito del que la memoria saca, muy de tarde en tarde, para llevarlo a la zona luminosa de la conciencia algún objeto enterrado. Pero el concepto fundamental de la ciencia prefreudiana es y sigue siendo éste: el mundo inconsciente es en sí enteramente inactivo, absolutamente pasivo; representa una vida vivida y muerta, un pasado sepultado y, por lo tanto, inoperante, sin acción ni influencia sobre nuestros sentimientos actuales.

A esta concepción, Freud opone la suya: el inconsciente no es, de ninguna manera, el residuo del alma, sino por el contrario, su materia prima, de la que sólo una porción mínima alcanza la superficie iluminada de la conciencia. Pero la parte principal, llamada inconsciencia, que no se manifiesta, no está por eso muerta o privada de dinamismo. Dotada de vida y acción, influye en forma efectiva sobre nuestros pensamientos y nuestros sentimientos; tal vez representa aún el sector más plástico de nuestra existencia psíquica. Es por eso que el que, en toda decisión, no toma en cuenta el querer inconsciente, comete un error, puesto que excluye de sus cálculos el elemento principal de nuestras tensiones internas. Se equivoca groseramente, como se equivocaría el que avaluara la fuerza de un témpano considerando sólo la parte que emerge del agua (su verdadero volumen queda oculto bajo ella). Así es el error de los que creen que nuestras energías conscientes determinan por sí solas nuestros actos y nuestros sentimientos. Nuestra vida no se desenvuelve libremente en la es-

fera de lo racional, sino que cede a la incesante presión de la inconsciencia: cada instante de nuestra jornada está mecido por las olas de un pasado aparentemente olvidado. Nuestro mundo superior no es súbdito exclusivo de la voluntad consciente y de la razón lógica, como nuestro orgullo nos induce a suponer. De las tinieblas de la inconsciencia surgen, como relámpagos, las decisiones fundamentales; en las profundidades de este mundo de los instintos es donde se preparan los cataclismos que revolucionan repentinamente nuestro destino. Es allí donde se revuelven, oprimidos unos contra otros, todos los sentimientos que la esfera consciente se limita a registrar en las categorías del tiempo y del espacio; los deseos de una infancia olvidada que creíamos sepultados para siempre bullen allí impacientemente y, a veces, hambrientos y en celo, invaden nuestra vida; el terror, disipado, desde hace mucho, de la memoria consciente, deja escapar desde el inconsciente sus aullidos y los transmite por el hilo conductor de los nervios; allí están arraigados a nuestro ser no solamente los deseos de nuestro pasado propio, sino también los de nuestros antepasados bárbaros y de las generaciones reducidas a polvo. De estas profundidades surge lo más característico de nuestras acciones; de este misterio oculto para nosotros, las iluminaciones repentinas, la potencia sobrehumana que domina la nuestra. En ese crepúsculo habita nuestro Yo antiguo, del que nuestro Yo civilizado no sabe o no quiere saber nada, lo que no es obstáculo para que, de repente, se yerga, perfore la delgada costra de civilización que lo retenía y para que sus instintos primitivos e indomables se precipiten

sobre nosotros, amenazadores, puesto que es la voluntad primordial de la inconsciencia la de subir a la luz, la de hacerse consciente y liberarse por la acción: "puesto que existo, debo actuar". En todo momento, cada vez que pronunciamos una palabra, que realizamos un acto cualquiera, nos vemos obligados a reprimir o, más bien, a rechazar los movimientos inconscientes; nuestro sentido ético o cultural debe defenderse sin cesar contra el instinto bárbaro del placer. Así—visión formidable de los elementos, evocada, por primera vez, por Freud—toda nuestra vida psíquica representa una lucha sin tregua, una lucha patética entre el querer consciente y el inconsciente, entre la acción responsable y nuestros instintos irresponsables. Pero toda manifestación de lo que es aparentemente inconsciente, aun cuando permanezca incomprensible para nosotros, posee un sentido preciso; hacer comprender a cada individuo el sentido de estos impulsos inconscientes es la tarea futura que Freud exige de una psicología nueva y necesaria. No logramos conocer el mundo de los sentimientos de un hombre hasta que podemos aclarar sus regiones subterráneas; no podemos descubrir la causa de sus perturbaciones y de sus desórdenes hasta que descendemos al fondo del alma. Lo que tiene el hombre de consciente no necesitan mostrárselo ni el psicólogo ni el psiquiatra. El médico no puede aportar socorro al paciente, sino en aquellos aspectos que éste ignora.

Pero, ¿cómo descender a esas regiones crepusculares? La ciencia de la época no conoce ningún medio. Por lo demás, proclama abiertamente la imposibilidad de registrar los fenómenos del subcons-

ciente por medio de sus aparatos, basados en principios mecánicos. La antigua psicología no podía, pues, continuar sus investigaciones sino a la luz del día, en el mundo de la conciencia. Pero pasaba indiferente frente al hombre silencioso o al hombre que sueña. Freud destroza y arroja el concepto como un resto de madera carcomida. A su entender, el inconsciente no es mudo. Se expresa, es verdad, con otros signos y otros símbolos que la conciencia. El que quiera abandonar la superficie para descender a su propio abismo, debe, ante todo, aprender el lenguaje de este mundo nuevo. Como los egiptólogos ante las inscripciones, Freud se dedica a interpretar signo tras signo y elabora después un vocabulario y una gramática de la lengua de la inconsciencia que permita descifrar esas voces que vibran, esas tentaciones y esas advertencias que, a espaldas de nuestra conciencia, ejercen mayor dominio que el de nuestra ruidosa voluntad. El que comprende una lengua nueva sorprende un sentido nuevo. Así, Freud, con su nuevo método de psicología abisal, descubre un mundo psíquico inexplorado: gracias exclusivamente a su labor, la psicología científica, que no era sino la observación teórica de los fenómenos de la conciencia, se convierte ahora en lo que debería haber sido siempre: el estudio del alma. Ya no queda abandonado a la sombra lunar de la ciencia todo un hemisferio del cosmos. Y a medida que se aclaran y se precisan los primeros contornos del inconsciente, se descubre en forma cada vez más nítida una perspectiva nueva en la estructura grandiosa y rica en sentidos de nuestro mundo psíquico.

CAPITULO QUINTO

La interpretación de los sueños

> ¿Cómo es posible que los hombres hayan reflexionado tan poco hasta ahora en los accidentes del sueño, que demuestran la existencia en ellos de una doble vida? ¿No habrá otra ciencia en este fenómeno? Es, por lo menos, un anuncio de la desunión frecuente de nuestras dos naturalezas. Tengo, por fin, un testimonio de la superioridad que distingue nuestros sentidos latentes de nuestros sentidos aparentes.
>
> *Balzac.*

El inconsciente es el secreto más profundo de todo hombre. Ayudar a descifrarlo es la tarea que se propone el psicoanálisis. Pero, ¿cómo se puede llegar a conocer el secreto? De tres maneras. Se puede arrancar por fuerza al hombre lo que oculta: los siglos han demostrado que, con ayuda de la tortura, se despliegan los labios más obstinados. Se puede adivinar algo que se disimula, combinando indicaciones, si se aprovechan los instantes, fugitivos y breves, en que sus contornos—como el dorso de un delfín por encima del impenetrable espejo del mar—emergen de la obscuridad. O, por fin, se puede acechar, con infinita paciencia, el momento en que el secreto se traiciona espontáneamente, porque se han relajado las potencias vigilantes.

El psicoanálisis recurre, una tras otra, a las tres técnicas. En un principio trató de hacer hablar forza-

damente al inconsciente, subyugándolo por medio de la hipnosis. La psicología no ignoraba que el hombre sabe más de lo que se confiesa a sí mismo y a los demás; pero no conocía los medios de abordar el subconsciente. La escuela de Mesmer fué la primera en demostrar que en el estado hipnótico se puede obtener del hombre más que en el de vigilia. En aquél, como en el de narcosis, la voluntad no sabe que habla delante de los otros y como cree estar sola consigo mismo expresa ingenuamente sus deseos y sus secretos más íntimos. La hipnosis parecía el método más rico en promesas. Pronto, sin embargo, Freud renuncia a este sistema por razones que sería largo enunciar en sus detalles. Renuncia a este medio de penetración violenta, que es inmoral y estéril, por lo demás. Así como la justicia, en una fase más humana, renuncia voluntariamente a la tortura y la reemplaza por el arte, urdido con mayor delicadeza, del interrogatorio y de los indicios, el psicoanálisis pasa desde la primera etapa en que la confesión es arrancada por la fuerza, a una segunda en que se adivina, combinando las indicaciones. Todo animal, aun el más ágil y el más liviano, deja huellas de su paso. Al igual que el cazador se sirve del menor rastro para establecer el camino y aún la especie a que pertenece su presa; al igual que el arqueólogo establece, sirviéndose de un resto de vaso, el carácter de la generación que habitó en una ciudad ahora sepultada, el psicoanalista ejerce sus funciones de detective, en este período más avanzado, ateniéndose a hechos aparentemente insignificantes, por medio de los cuales el inconsciente se trasluce en la conciencia. Las primeras investigaciones en este sentido po-

nen a Freud frente a una pista valiosísima: la de los errores. La psicología comprende entre ellos todos esos fenómenos singulares que parecen ínfimos a una mirada superficial: equivocarse de expresión, tomar una cosa por otra, cometer un lapsus, cosas todas que nos ocurren diez veces en el día. Pero, ¿de dónde provienen estos malditos errores? ¿Cuál es la causa de esta rebelión de la materia en contra de nuestra voluntad? Casualidad o descuido, simplemente, responde la vieja psicología, porque no considera dignos de su atención estos errores insignificantes de la vida cotidiana. Despreocupación, distracción, falta de atención, agrega todavía. Pero Freud tiene una visión más penetrante. Ese descuido, ¿no traduce el deseo de que los pensamientos no estén donde debieran estar? ¿Por qué si no se realiza el acto proyectado, viene otro, involuntario, a ocupar su lugar? ¿Por qué se escapa una palabra distinta de la que se pensaba decir? Puesto que, en el acto equivocado, se ejecuta uno distinto del que se deseaba, alguien debe haberse deslizado de improviso para ejecutarlo. Debe haber alguien que hace surgir el lapsus en lugar de la palabra exacta, alguien que esconde lo que se buscaba y que desliza malignamente en el hueco de la mano un objeto falso para reemplazar el que tiene oculto. Freud no admite nunca que en el dominio psíquico (y esta idea domina todo su método) una cosa sea debida a la simple casualidad y esté desprovista de sentido. Para él, todo fenómeno psíquico tiene una razón precisa, cada acto, su actor. Y como en estas equivocaciones no obra la conciencia, puesto que es suplantada, ¿cuál puede ser esta fuerza que la suplanta sino el inconsciente, buscado

en vano durante tanto tiempo? Para Freud, la equivocación no significa, pues, descuido, ausencia de pensamiento, sino por el contrario triunfo del pensamiento rechazado. Por medio de este lapsus se expresa "algo" que nuestra voluntad consciente quería reducir al silencio. Y este "algo" habla la lengua incógnita—y que necesitamos aprender—del inconsciente.

Queda así sentado un principio: ante todo, la equivocación, el acto que resulta aparentemente de un error, expresa un deseo oculto. Luego después: en la esfera consciente debe existir una resistencia activa contra las manifestaciones del inconsciente. Si, por ejemplo — elijo uno de los de la casuística del propio Freud—, un profesor dice de la comunicación hecha por su colega a un congreso: "nunca podremos desestimar suficientemente este descubrimiento", su intención consciente era, seguramente, la de decir "estimar"; pero en su fuero interno había pensado "desestimar". El error traduce su intención legítima, divulga, ante su propio espanto, su secreto deseo de ver depreciado, más bien que exaltado, el descubrimiento de su colega. Con el error, se dice lo que no se quería decir, pero lo que en realidad se pensó. Se olvida lo que nuestro ser más íntimo quería olvidar. Casi siempre la equivocación es una confesión, una autotraición.

Esta conquista de Freud en el terreno psicológico, insignificante si se la compara con sus descubrimientos esenciales, es la más generalmente admitida, porque es la más atrayente y la menos chocante: para su teoría no representa nada más que una transición. Pero estos errores son relativamente raros; porque

no nos muestran más que fragmentos ínfimos del subconsciente, demasiado escasos y demasiado diseminados en el tiempo para que se pueda construir con ellos un mosaico de importancia general. Pero es el trampolín desde donde salta la curiosidad observadora de Freud. Más adelante, ella examina toda la superficie de nuestra vida psíquica para encontrar e interpretar en este sentido nuevo otros fenómenos "absurdos". No necesita buscarlos largo tiempo. Se encuentra luego frente a una de las manifestaciones más triviales de nuestra vida psíquica, frente a una de las que pasan igualmente por absurdas, por modelo aún de lo absurdo: el sueño. Es costumbre considerar a este visitante cotidiano como un intruso, como un vagabundo caprichoso de la ruta, ordinariamente clara y lógica, del cerebro. "Todo sueño es mentira", se dice; un sueño no tiene ni sentido ni objeto; es un miraje de nuestra sangre, una pompa de jabón, y sus imágenes carecen de significado. No hay "nada que hacer" con los sueños; no hay nada que hacer con estos ingenuos juegos de duendes a que se entrega nuestra fantasía, declara la escuela psicológica antigua, rechazando toda interpretación razonable: una discusión seria con este embustero y este bufón que es el sueño, no tiene lógica ni interés desde el punto de vista científico.

Pero, ¿quién habla, quién actúa en nuestros sueños, quién los pinta, los modela y los esculpe? Aun en la antigüedad más remota se vislumbran allí la voluntad, la acción y el lenguaje de algo distinto de nuestro Yo vigilante. Se decía de los sueños que eran "inspirados", introducidos en nosotros por una potencia sobrehumana. Porque para toda voluntad exterior

al hombre, el mundo mítico no conocía más que una interpretación: los dioses. ¿Quién, fuera de ellos, detentaba el poder supremo, quién tenía poder para producir metamorfosis? Eran ellos, de ordinario invisibles, los que se aproximaban a los hombres en los sueños simbólicos y les murmuraban un mensaje, les llenaban el espíritu de terror o de esperanza; eran ellos quienes, conjurando o advirtiendo, trazaban imágenes luminosas en la negra pantalla del sueño. Creyendo oír en estas manifestaciones nocturnas una voz sagrada, divina, los pueblos de los tiempos primitivos desplegaban todo su fervor en la traducción al lenguaje humano de este idioma divino: "el sueño", en el que encontrarían la voluntad de los dioses. Así, en los albores de la humanidad, una de las primeras ciencias es la interpretación de los sueños: en la víspera de las batallas, antes de cualquier decisión, después de una noche erizada de sueños, los sacerdotes y los sabios examinan e interpretan sus imágenes como los símbolos de un peligro amenazante o de un éxito próximo. En oposición con el psicoanálisis, que quiere penetrar a través de los sueños en el pasado de un hombre, el antiguo arte de interpretar los sueños cree que por estas fantasmagorías los inmortales anuncian el porvenir a los mortales. Se cultiva esta ciencia durante miles de años en los templos de los faraones, en la Acrópolis de Grecia, en los santuarios romanos y bajo el cielo ardiente de la Palestina. Para centenas y millares de pueblos y de generaciones, el sueño es el verdadero intérprete del destino.

Quede bien establecido que la nueva ciencia empírica comienza por pulverizar este concepto que juz-

ga supersticioso e ingenuo. Negando a los dioses y admitiendo apenas lo divino, no ve en los sueños ningún mensaje de lo alto y no les encuentra, por lo demás, ningún sentido. El sueño es para ellos un caos, una cosa sin valor, puesto que carece de sentido, un acto fisiológico puro y simple, una vibración tardía, átona y disonante del sistema nervioso, una ebullición de la sangre que afluye al cerebro, el resto de impresiones no digeridas en el curso del día. Esta mezcla incoherente está, por cierto, desprovista de todo sentido lógico o psíquico. Es por eso que la ciencia no acepta que la fantasmagoría de los sueños encierre objetivo ni verdad, ley ni significado; es por eso que la psicología no trata de interpretar el absurdo, de discernir la importancia de lo que no tiene la que menor.

Sólo con Freud se vuelve a una interpretación positiva del sueño, al que se considera de nuevo un revelador de la suerte. Pero allí donde los otros no veían sino caos e incoherencia, la psicología abisal ha sorprendido un engranaje; lo que parecía a sus predecesores un laberinto confuso y sin salida, es para Freud la *via regia*, que une la vida consciente con la inconsciencia. El sueño es el intermediario entre el mundo de nuestros sentimientos ocultos y el que está sometido a nuestro razonamiento. Gracias a él podemos informarnos de muchas cosas que rehusamos saber al estado de vigilia. Ningún sueño es enteramente absurdo, declara Freud; cada uno, en su calidad de acto psíquico completo, posee un sentido preciso. El sueño no es la revelación de una voluntad suprema, divina, sobrehumana; pero lo es a me-

nudo de la voluntad más íntima y más secreta del hombre.

Claro está que este mensajero no habla el lenguaje trivial de la superficie, sino el del abismo, el de la naturaleza inconsciente. No comprendemos de inmediato, su sentido y su misión; debemos, ante todo, aprender a interpretarlos. Una ciencia nueva —que hay necesidad de crear— debe enseñarnos a coger, a percibir, a recomponer en lenguaje comprensible lo que pasa, con rapidez cinematográfica, por la pantalla negra del sueño. Porque así como las lenguas primitivas de la humanidad —la de los egipcios, la de los caldeos, la de los mexicanos—, no se expresa sino en imágenes y tenemos, cada vez, que imponernos la tarea de traducir sus símbolos en nociones.

El método freudiano emprende la traducción del lenguaje de los sueños a lenguaje del pensamiento con un objeto nuevo y caracterológico. Si la vieja interpretación profética quería sondear el porvenir, la interpretación psicológica trata de pesquisar el pasado psicobiológico y de descubrir así el presente más íntimo del hombre. Porque el "Yo", cuando se duerme, no es sino en apariencia el mismo que al estado de vigilia. Como entonces el tiempo no existe (no es sólo una frase aquello de que algo "pasó como un sueño"), somos simultáneamente lo que éramos antes y lo que somos ahora, el niño y el adolescente, el hombre de hoy y el de ayer, el Yo total, la suma máxima no sólo de nuestra vida sino también de todo lo que hemos vivido. Despiertos, apenas percatamos nuestro Yo presente. Toda vida es, por lo tanto, doble. Allá abajo, en el inconsciente, somos la totalidad, el hoy y el ayer, el hombre primitivo y el civi-

lizado: mezcla confusa de sentimientos, restos anárquicos de un Yo más vasto ligado a la naturaleza. Encima, a la luz clara y radiante, nada más que el Yo consciente, el Yo que sabe del tiempo. Esta vida universal, aunque más sorda, se comunica con nuestra existencia temporal casi exclusivamente durante la noche por ese misterioso mensajero de las tinieblas: el sueño. Lo más esencial que adivinamos sobre nosotros mismos es él quien nos lo sugiere. Escuchar, penetrar su mensaje, equivale, pues, a conocer nuestra esencia más íntima. Sólo el que percata su propia voluntad, tanto en la vida consciente como en la profundidad de sus sueños, sólo él conoce realmente esta suma de vida vivida y temporal que denominamos nuestra personalidad.

Pero, ¿cómo arrojar el ancla en esas profundidades impenetrables e inconmensurables? ¿Cómo reconocer en forma precisa lo que no se muestra nunca claramente, lo que no se expresa sino por símbolos? ¿Cómo puede iluminarnos esta luz turbia que vacila en los laberintos de nuestros sueños? Encontrar una clave, traducir al lenguaje consciente las imágenes incomprensibles del sueño exige, al parecer, la potencia intuitiva de un vidente, la potencia de un mago. Pero Freud posee en su taller de psicólogo una ganzúa que le abre todas las puertas, tiene a su disposición un método casi infalible: siempre que quiere alcanzar lo más complicado, parte de lo más simple. Coloca siempre, junto a la última, la forma primera; siempre y en todas partes, para comprender la flor, se sumerge primero a las raíces. Es por eso que en su psicología del sueño recurre al niño, en vez de comenzar por el adulto, consciente y

complicado. Porque en la conciencia infantil, la imaginación no ha almacenado todavía sino unas cuantas cosas; el círculo de los pensamientos es aún restringido, la asociación débil. Los materiales del sueño son, por lo tanto, fácilmente accesibles. El sueño infantil no exige sino un mínimum de interpretaciones. Pasó el niño delante de una chocolatería, y sus padres no quisieron comprarle chocolates: sueña, entonces, con ellos. Con toda naturalidad, el cerebro del niño transforma la codicia en imagen, el deseo en sueño. El recato, el pudor, la inhibición intelectual o moral, todo eso está todavía latente. Con la misma ingenuidad con que exhibe delante de cualquiera su cuerpo, desnudo e ignorante de la vergüenza, el niño exterioriza en los sueños sus deseos íntimos.

Así se prepara, dentro de ciertos límites, la interpretación futura. Las imágenes simbólicas del sueño ocultan, pues, en su mayor parte, deseos rechazados o irrealizados que, como no han podido cumplirse en el día, tratan de entrar a nuestra vida por el camino de los sueños. Lo que, por cualquier razón, no ha podido convertirse durante el día en acción o en palabra, se expresa aquí en fantasías multicolores. Desnudos y despreocupados, las aspiraciones y los deseos del Yo pueden desplegarse a su antojo en la corriente libre del sueño. Lo que no puede afirmarse en la vida real —los deseos más sombríos, los impulsos más censurables y más peligrosos— se despliegan allí sin trabas aparentes (Freud corregirá pronto este error); en este recinto inaccesible, el alma, agarrotada todo el día, puede dar por fin rienda suelta a sus tendencias agresivas y sexuales; en sueños, puede el hombre someter y violar a la mujer que se

le ha negado en la vida; el mendigo alcanzar la riqueza; el ser feo apoderarse de una hermosa máscara; el viejo rejuvenecerse; el desesperado hacerse optimista; el olvidado, célebre; el débil, fuerte. Sólo allí el hombre puede matar a su enemigos, reducir a sus superiores, vivir su voluntad profunda y libre en un frenesí estático, divinamente ilimitado. Todo sueño no significa, pues, sino un deseo reprimido o un deseo que uno se ha ocultado durante el día: esa parece ser la fórmula inicial.

El gran público se ha quedado en esta primera comprobación provisional de Freud, porque la fórmula "el sueño corresponde a un deseo irrealizado", es tan cómoda y tan fácil que se puede jugar con ella. Hay medios en los cuales las gentes creen ocuparse seriamente del análisis de los sueños, entreteniéndose en este pequeño juego de sociedad que consiste en buscar a través de los sueños los símbolos del deseo y de la sexualidad. Sin embargo, nadie ha considerado con más respeto que Freud las mallas múltiples de la red de los sueños, nadie ha celebrado como él el arte místico de sus deseos engranados. Su desconfianza frente a los resultados demasiado precoces no tardó mucho tiempo en advertir que estas relaciones tan directas y tan fáciles de reconocer sólo existían en el sueño poco complicado del niño. En el adulto, la fantasía creadora se sirve de un formidable material simbólico de recuerdos y asociaciones; el vocabulario de las imágenes que en el cerebro del niño se reduce a algunos centenares de representaciones directas, se entreteje aquí en redes desconcertantes, enlaza con rapidez y habilidad inconcebibles millones, y tal vez miles de millones, de acontecimientos

vividos. Ya no existe en el sueño del adulto, esa desnudez del alma infantil que ignora la vergüenza y que muestra sus deseos sin ambages; ya no existe la charlatanería despreocupada de esos primeros juegos nocturnos. El sueño del adulto no sólo es más diferenciado, más refinado que el del niño, sino que es, además, hipócrita, engañoso: se ha hecho medio inmoral. Aun en este mundo secreto de las fantasías, el eterno Adán que vive en el hombre ha perdido el paraíso de la ingenuidad: conoce el bien y el mal hasta en lo más profundo de sus sueños. Hasta cuando duerme, la puerta de la conciencia ética y social no está completamente abierta y, cerrados los ojos, flotantes los sentidos, el alma del hombre teme ser sorprendida en flagrante delito de sueños criminales, de impulsos indecentes, por su "censura" interior, la conciencia, el Yo superior, como lo llama Freud. El sueño no trae, pues, libre y abiertamente los mensajes del inconsciente, sino que los desliza de contrabando, por vías secretas, bajo los disfraces más singulares. En el sueño del adulto, un sentimiento *quiere* expresarse, pero no se *atreve a hacerlo libremente;* por temor a la censura, emplea deformaciones intencionadas y llenas de refinamiento, pone por delante algún absurdo para no dejar al descubierto el sentido real: el sueño, como todo poeta, es un mentiroso verídico; exterioriza, pero sólo en símbolos, un acontecimiento interior. Es necesario distinguir cuidadosamente dos aspectos: lo que el sueño ha "poetizado" con el objeto de velarlo — lo que se llama "el trabajo del sueño"— y los elementos psíquicos verdaderos que oculta bajo apariencias confusas, esto es, "el contenido del sueño". El psicoanalista debe des-

enredar esta madeja confusa de deformaciones y encontrar la clave de esta novela —todo sueño es "poesía y verdad"—, la confesión terrible y, por ella, el nudo del asunto. No es lo que dice el sueño, sino únicamente lo que en el fondo quería decir, lo que nos hace penetrar en el inconsciente de la vida psíquica. Sólo allí está el derrotero hacia el cual se dirige la psicología abisal.

Pero al atribuir al análisis de los sueños una especialísima importancia en el estudio de la personalidad, Freud está lejos de abandonarse a una vaga interpretación de ellos. Exige un proceso de investigación científicamente exacto, semejante al que la crítica literaria aplica a una obra poética. Así como ésta, se esfuerza en separar los accesorios imaginados del asunto vivido y se pregunta lo que ha llevado al poeta a adornar los hechos, así el psicoanalista busca en la ficción del sueño el impulso afectivo de su enfermo. A través de los sueños, Freud percibe, con máxima claridad, la imagen de un individuo; entonces es cuando penetra más hondamente en los sentimientos del hombre en estado de creación. Como el objetivo principal del psicoanalista es el de conocer la personalidad, se sirve entonces de la capacidad inventiva del hombre, de los materiales del sueño y los pasa a través del tamiz de su juicio; si rehuye las exageraciones, si se resiste a la tentación de inventar él mismo un sentido, puede, en muchos casos, encontrar puntos de apoyo importantes para definir la situación interior de la personalidad. No cabe duda de que la antropología, gracias a este fecundo descubrimiento del simbolismo psíquico de algunos sueños, debe a Freud indicaciones precisas. Pero, prosi-

guiendo sus investigaciones, él ha sobrepasado esta esfera para realizar una conquista más importante: ha interpretado por primera vez el sentido biológico del sueño como necesidad psíquica. La ciencia había establecido, mucho tiempo ha, el significado del sueño dentro de la organización de la naturaleza: renovación de las fuerzas agotadas en la lucha diaria, substitución de la substancia nerviosa utilizada y quemada, interrupción del fatigoso trabajo consciente del cerebro para hacer un intervalo de ociosidad. En consecuencia, la forma higiénica más perfecta del sueño debería ser el vacío negro, algo semejante a la muerte, una interrupción de toda actividad cerebral: no ver, no saber, no pensar.. ¿Por qué la naturaleza no ha concedido, entonces, al hombre esta forma aparentemente más eficaz de descanso? ¿Por qué ella, que es siempre sensata, ha proyectado sobre la pantalla negra del sueño imágenes tan perturbadoras; por qué echa algo todas las noches en el vacío total, por qué interrumpe el desvanecimiento en el nirvana con estas apariciones flotantes y engañosas? ¿Para qué sirven los sueños que interrumpen, perturban, perjudican y dificultan este descanso tan sabiamente concebido? Estos fenómenos absurdos, ¿no son, en realidad, un contrasentido de la naturaleza, que de ordinario tiene siempre un objetivo y obedece a un vasto sistema? La ciencia de la vida no había podido contestar a esta pregunta tan natural hasta que Freud, por primera vez, estableció que los sueños son necesarios para el establecimiento de nuestro equilibrio psíquico. El sueño es la válvula de escape de nuestros sentimientos. Porque nuestra sed infinita de vida y de goces, nuestros deseos ilimita-

dos se ahogan en la estrechez de nuestro cuerpo material. Entre las miríadas de deseos que asaltan al hombre medio, ¿cuántos puede satisfacer realmente en el curso del día burguesamente transcurrido? Apenas si logra realizar la milésima parte de sus aspiraciones. Un deseo insatisfecho e imposible de satisfacer, que concierne al infinito, hierve hasta en el pecho del funcionario, del pequeño rentista, del trabajador más miserable. En todos nosotros fermentan furiosamente tendencias malévolas, un deseo impotente de dominio, una vanidad estéril, pasiones y celos violentos; cada mujer que pasa, ¿no despierta en su camino múltiples y breves deseos? Y toda sed de posesión, todas estas tendencias, todas estas ambiciones insatisfechas se deslizan, se engranan y se acumulan traicioneramente en el subconsciente, desde que suena la campana matinal hasta la noche. Bajo esta presión de la atmósfera, ¿no debería el alma explotar o descargarse en violencias asesinas, si el sueño nocturno no procurara un derivativo a los deseos rechazados?

Abriendo, sin riesgo alguno, la puerta del sueño a nuestras ambiciones encerradas todo el día, libertamos nuestra vida sentimental de sus angustias, nos desintoxicamos el alma, lo mismo que, al dormir, aliviamos el cuerpo de la intoxicación del cansancio. Nuestros impulsos criminales frente a la sociedad se desvanecen, con lo que no nos dejamos llevar a la ejecución de actos punibles, que se realizan, imaginarios e inofensivos, en un mundo aparente y accesible sólo a nosotros mismos. El sueño es el substituto del acto, del que nos excusa a menudo; es por eso que la fórmula de Platón resulta tan magistral y

tan perfecta: "los buenos son los que se limitan a soñar lo que los otros hacen realmente". El sueño no nos visita para perturbar nuestro dormir, sino para protegerlo; gracias a sus visiones alucinantes, el alma, a presión, se descarga de sus tensiones (lo que amasamos en el fondo del corazón se desvanece en el sueño, dice un proverbio chino), de tal manera que por la mañana el cuerpo, reconfortado, encuentra un alma purificada y ligera, en lugar de un alma que se ahoga.

Freud ha reconocido en esta acción derivativa, catártica, el sentido del sueño en nuestra vida, sentido largo tiempo negado o ignorado. Y este descubrimiento es válido no sólo al visitante nocturno, sino a las formas más elevadas de toda ensoñación y de todo sueño diurno, y entre ellos, al mito y a la poesía. Porque, ¿cuál es el sentido y el objeto de la poesía, sino librar al hombre por medio del símbolo, de sus tensiones interiores, evacuar en una zona apacible los conflictos que le abrumaban el alma? Así como los individuos se libertan en sueño de sus tormentas y de sus tragedias interiores, así los pueblos escapan a sus aprensiones y encuentran satisfacción a sus deseos en estas creaciones plásticas, que llamamos religiones y mitos: los instintos sanguinarios, refugiados en el símbolo, se purifican en los altares sagrados, y la presión psíquica se transforma en palabras emancipadoras por la oración y la confesión. Nunca el alma humana se ha revelado como imaginación creadora solamente en la poesía. Debemos la divinización de su fuerza realizadora a sus sueños encarnados en religiones, mitos y obras de arte. Ninguna ciencia psíquica —Freud ha impuesto este co-

nocimiento a nuestra época— puede, pues, alcanzar la esencia de la personalidad del hombre, si no considera más que su actividad vigilante y responsable: es necesario que descienda también a los abismos en que su ser forma, en el flujo de la creación inconsciente, la imagen más verídica de su vida interior.

CAPITULO SEXTO

La técnica del psicoanálisis

> Es extraño que la vida interior del hombre haya sido tan poco estudiada y haya sido tratada con tanta displicencia. Se han servido sólo de la física para el alma y del alma para el mundo exterior.
>
> *Novalis.*

En unos cuantos puntos de nuestra multiforme costra terrestre, el petróleo surge de las profundidades de la tierra de manera repentina e inesperada; en otros, el oro brilla en las arenas de los ríos; en otros, por fin, el carbón yace a flor de tierra. Pero la técnica humana no espera que estos acontecimientos excepcionales nos hagan la gracia de producirse, aquí y allá. No cuenta con el azar: perfora el suelo para hacer brotar el líquido precioso, cava galerías en las entrañas de la tierra y las cava en gran número antes de alcanzar el mineral buscado. Así también una ciencia psíquica activa no puede contentarse con los hallazgos fortuitos y, por lo demás, parciales que ofrecen los sueños y los errores; para aproximarse a la verdadera capa del inconsciente, necesita recurrir a una psicotécnica, a un trabajo con vistas a la profundidad, que, por un esfuerzo sistemático y siempre orientado hacia su objetivo, penetre hasta los bajos fondos de la región subterránea. Es eso lo que ha conseguido Freud, y su método se llama psicoanálisis.

No recuerda en nada a ninguno de los métodos

anteriores de la medicina o de la psicología. Es completamente nuevo y autóctono, representa un procedimiento independiente de todos los otros, una psicología aparte, subterránea, si se puede decir, que Freud mismo ha denominado, por esta circunstancia, abisal. El médico que quiere aplicarla se sirve de sus conocimientos universitarios en una proporción tan insignificante, que uno llega a preguntarse si el psicoanalista tiene verdadera necesidad de una instrucción médica especial. En efecto, después de haber dudado largo tiempo, Freud admite el "análisis laico", es decir, el tratamiento por médicos sin diploma oficial. Porque el que cura almas en el sentido freudiano abandona las investigaciones de fisiología y anatomía a los especialistas y concentra su esfuerzo en la tarea de hacer visible lo invisible. Como no busca nada que sea tangible, no necesita ningún instrumento: la silla en que se sienta es todo el instrumental médico de su terapéutica. El psicoanálisis evita toda intervención tanto física como moral. Su intención no es *introducir* en el hombre una cosa nueva—fe o medicamento—sino extraer de él algo de lo que encierra. Sólo el conocimiento activo de sí mismo lleva a la curación en el sentido psicoanalítico. La operación no se hace desde afuera, sino que se realiza, íntegramente, en el elemento psíquico del paciente.

En un tratamiento de esta especie, el médico no aporta más que su experiencia, su vigilancia y su prudente dirección. No dispone, como el práctico, de remedios: su ciencia no se formula, ni está codificada, sino que destila, poco a poco, de la esencia vital del enfermo. En cuanto a éste, no aporta al tratamiento sino su conflicto. Pero en lugar de ofrecerlo clara y

abiertamente, lo presenta velado, enmascarado, con las deformaciones más extrañas y más engañosas, de modo que en un principio la naturaleza de su enfermedad no es reconocible ni para él ni para su médico. Lo que el neurótico deja ver y confiesa no es más que un síntoma. Pero los síntomas en la vida psíquica no traducen nunca la enfermedad en forma clara; por el contrario, la disimulan. Porque, según el concepto novísimo de Freud, las neurosis en sí mismas no ofrecen ningún significado, puesto que todas tienen causas distintas. El neurótico no sabe lo que verdaderamente lo perturba: no lo quiere saber o no lo sabe en forma consciente. Como su conflicto interior se ha manifestado, durante años, por tantos síntomas y tantos actos forzados, llega a olvidar finalmente cuál y cómo es el conflicto. Es entonces cuando interviene el psicoanalista. Su tarea es ayudar a que el neurótico descifre el enigma, cuya solución es él mismo. Busca con su paciente, en el espejo de los síntomas, las formas típicas que provocaron la enfermedad; juntos los dos escudriñan, de a poco, en la vida psíquica del enfermo hasta llegar a la revelación y al esclarecimiento definitivo del conflicto interior.

A primera vista, esta técnica del tratamiento psicoanalista hace pensar más en la criminología que en la medicina. Según Freud, en todo neurótico, en todo neurasténico, la unidad de la personalidad se ha roto—no se sabe cuándo ni cómo—y la primera medida que hay que tomar es la de informarse, lo más exactamente posible, de los "antecedentes de la causa": el lugar, el tiempo y la forma de este acontecimiento interior, olvidado o rechazado, deben ser reconstituídos por la memoria psíquica con la mayor exactitud posi-

ble. Pero ya en este primer paso, el procedimiento psicoanalítico se encuentra con una dificultad que la jurisprudencia no conoce. En el psicoanálisis, el paciente lo es todo y todo al mismo tiempo. Es el criminal y, simultáneamente, la víctima en que se ha perpetrado el crimen. Es, por sus síntomas, acusador y testigo, y es también el que disimula y embrolla furiosamente los hechos. En alguna parte, en el fondo de sí mismo está la verdad, y él no lo sabe o no lo quiere saber; las causalidades que alega no son la causa. Pero, cosa más fantástica aún, este proceso no ha comenzado en la consulta del neurólogo; se ha prolongado durante años en forma ininterrumpida y no tiene visos de terminarse. Y lo que la intervención psicoanalítica debe obtener, en último término, es precisamente el desenlace de este proceso: para conseguirlo, para llegar a esta solución, el enfermo llamó al médico, pero sin confesarse su propósito.

El psicoanálisis no echa mano de una fórmula rápida para arrancar inmediatamente al neurótico de su conflicto, para orientarlo en el laberinto del alma en que se ha extraviado. Por el contrario, lo lleva primero a través del dédalo de los errores de su vida, al sitio decisivo en que comenzó la grave desviación. Para corregir en la tela la trama falsa, para volver a anudar el hilo, el hilandero debe hacer retroceder su máquina hasta el punto en que se rompió el hilo. Del mismo modo, para renovar la continuidad de la vida interior, el médico del alma tiene que volver inevitablemente al sitio en que se produjo la ruptura. Ya Schopenhauer, en un dominio próximo, había formulado la hipótesis de que sería concebible una curación completa de la demencia si se

pudiera alcanzar el punto de la imaginación en que se produjo el choque decisivo: para comprender cómo se marchita una flor, el investigador debe descender hasta las raíces. Y es un laberinto subterráneo, vasto y lleno de recovecos, de peligros y de trampas el que hay que recorrer. Así como un cirujano, en el curso de una operación, se hace más y más prudente y circunspecto a medida que se aproxima a la trama delicada de los nervios, así el psicoanalista tantea con lentitud penosa esa materia infinitamente vulnerable, a medida que avanza desde una capa de la vida hacia otra más profunda. Cada tratamiento dura no sólo días y semanas, sino aun meses y años; exige del terapeuta una concentración del alma que la medicina no había sospechado hasta aquí y que no es comparable tal vez, en cuanto a fuerza y a duración, sino con los ejercicios de voluntad de los jesuítas. Todo en esta cura se hace sin anotaciones, sin ninguna ayuda; el único medio a que se recurre es la observación, una observación que se extiende a vastos espacios de tiempo. El enfermo se recuesta sobre un diván, de manera que no vea al médico, que está sentado detrás de él (esto para eliminar las trabas del pudor y de la conciencia) y habla. Pero lo que cuenta no se encadena, contrariamente a lo que creen las gentes: no es una confesión. Visto por el agujero de la cerradura, este tratamiento ofrecería el espectáculo más grotesco, puesto que en un plazo de meses y meses, aparentemente, no ocurre nada: sólo se ven dos hombres, uno que habla y el otro que escucha. El psicoanalista recomienda expresamente a su paciente que renuncie a toda reflexión consciente en el curso de su relato, que no intervenga

en el proceso que se ventila ni como abogado, ni como juez, ni como querellante; no se debe proponer nada, debe ceder simplemente a los razonamientos y a las ideas que se le presenten en forma involuntaria en el espíritu (porque estas ideas, precisamente, no le llegan de afuera, sino de adentro, del inconsciente). No debe buscar lo que, según él, tiene relación con el caso, puesto que su desequilibrio psíquico atestigua justamente que él no sabe cuál es su "caso", su enfermedad. Si lo supiera, sería psíquicamente normal, no se crearía síntomas y no necesitaría del médico. El psicoanalista rechaza por esta razón todos los relatos preparados o escritos y sólo pide al paciente que cuente deshilvanadamente todo lo que aparezca en su espíritu como un recuerdo psíquico. El neurótico debe hablar sin rodeos, decir abiertamente todo lo que se le pasa por el cerebro, aun lo que no tiene valor aparente, porque las ideas más inesperadas, las más espontáneas, las que no se han buscado son las más importantes para el médico. Este no puede aproximarse a lo esencial, sino por medio de estos "detalles secundarios". No importa que sean verdaderos o falsos, importantes o insignificantes, sinceros o teatrales: la tarea principal del enfermo es contar mucho, suministrar el mayor número de materiales, de sustancia biográfica y caracterológica.

Es entonces cuando comienza la verdadera labor del analista.

Es necesario que pase por la criba psicológica los múltiples fragmentos, acarreados poco a poco del formidable montón de escombros a que está reducido el edificio vital—millares de recuerdos, de observa-

ciones, de sueños, que le ha confiado el paciente—; es necesario que rechace las escorias y que extraiga de los materiales que quedan, por medio de una selección lenta, la verdadera sustancia psicoanalítica. Nunca debe conceder pleno valor a la materia prima de los relatos del paciente; siempre debe recordar que "las comunicaciones y las ideas del paciente no son sino deformaciones de lo que se busca, alusiones, por decir así, detrás de las cuales se ocultan cosas que es necesario adivinar". Porque lo que importa para el diagnóstico de la enfermedad no son los acontecimientos vividos por el neurótico (su alma los ha eliminado desde hace largo tiempo), sino los que no ha vivido aún. Ese recargo afectivo sin uso que lo oprime como un alimento no digerido, pesa en el estómago, que, como él, busca una salida, pero es detenido cada vez por una voluntad adversa. El médico debe tratar de determinar el elemento inhibido y su inhibición en cada manifestación psíquica "con atención sostenida y sutil" para llegar, poco a poco, a la sospecha y de la sospecha a la certidumbre. Pero algo facilita y a la vez dificulta, sobre todo al comienzo de la cura, esta observación calmada, positiva, hecha desde afuera, y es la actitud afectiva casi inevitable del enfermo y que Freud llama "la transferencia". Antes de dirigirse al médico, el neurótico se ha cargado durante largo tiempo, sin poder aliviarse, con este exceso de sentimiento no vivido ni empleado. Lo traslada a docenas de síntomas, se representa a sí mismo en las ficciones más singulares su propio conflicto inconsciente. Pero en cuanto encuentra, por primera vez, en la persona del psicoanalista un auditor atento y un compañero profesional,

le arroja inmediatamente su peso, como un fardo, y trata de libertarse así de sus sentimientos no utilizados. Establece entre el médico y él algunas "relaciones", algunos lazos afectivos intensos, amor u odio, no importa. Lo que hasta entonces se agitaba tontamente en un mundo ilusorio, sin poderse exhibir nunca claramente, logra fijarse como sobre una placa fotográfica. Sólo esta "transferencia" crea la verdadera situación psicoanalítica: el enfermo que no es capaz de establecerla debe ser considerado como inepto para la cura. Para que el médico reconozca el conflicto debe verlo desarrollarse delante de él en forma viva, emocional: el enfermo y el médico deben *vivirlo* en común.

Esta comunidad en el trabajo psicoanalítico exige del paciente que produzca o más bien reproduzca el conflicto, y del médico, que explique su sentido. Para esta explicación y esta interpretación no debe contar plenamente (como uno se sentiría inclinado a creer) con la ayuda del enfermo; todo psiquismo está dominado por la dualidad y el doble sentido de los sentimientos. El mismo paciente que recurre al psicoanalista para desembarazarse de su enfermedad—cuyo síntoma no conoce—se aferra al mismo tiempo a ella, porque esta enfermedad no representa para él una materia extraña; es su producto, su obra más íntima, una parte activa y característica de su Yo, de la que no quiere despojarse. Se adhiere sólidamente a la enfermedad porque prefiere sus síntomas desagradables a la verdad, a la temible verdad que el médico quiere exponerle. Como siente y razona por partida doble, por una parte, desde el punto de vista del inconsciente; por otra, desde el conscien-

te, representa al mismo tiempo al cazador y la bestia acosada. Sólo un sector del paciente es auxiliar del médico; el otro sigue siendo su adversario más encarnizado; mientras que voluntariamente, en apariencia, le desliza confesiones con una mano, con la otra, simultáneamente, le substrae y le oculta los hechos reales. Conscientemente, por lo tanto, el neurótico no puede ayudar en nada al que quiere liberarlo, no puede decirle la verdad, puesto que es precisamente la circunstancia de no saberla o de no querer saberla la que ha producido en él el trastorno y el desequilibrio. Aun en los momentos en que intenta ser sincero, miente contra sus deseos. Bajo cada verdad que enuncia, se oculta otra más profunda, y si confiesa una cosa es, con frecuencia, para disimular otra. El deseo de sincerarse y la vergüenza se mezclan y se entrechocan aquí misteriosamente; el enfermo, al contar, a veces se da y a veces se recoge, y su voluntad de confesar es interrumpida inevitablemente por la inhibición. Algo, en todo hombre, se contrae como un músculo en cuanto otro hombre quiere conocer lo que tiene de más oculto: todo psicoanálisis es, pues, una verdadera lucha.

Pero el genio de Freud sabe siempre convertir al enemigo más encarnizado en el mejor auxiliar. Esta misma resistencia traduce a menudo la confesión involuntaria. Para el observador de oído fino, el hombre se traiciona doblemente en el curso de la entrevista: primero por lo que dice y después por lo que calla. Precisamente cuando el paciente quiere pero no puede hablar es cuando el arte detectivesco de Freud se ejerce con mayor eficacia, y es entonces cuando adivina la presencia del misterio decisivo;

la inhibición, traidoramente, se transforma en auxiliar e indica el camino. Cuando el enfermo se expresa con voz demasiado alta o demasiado baja, cuando titubea o se precipita, ha llegado el momento en que el inconsciente quiere hablar. Y todas estas resistencias, pequeñas e innumerables, estos retardos, estos balbuceos, cuando cierto complejo está próximo, descubren la inhibición, y con ella, su causa y su contenido, es decir, en una palabra, el conflicto escondido que se buscaba.

Porque siempre se trata, en el curso del psicoanálisis, de revelaciones infinitesimales, de minúsculos fragmentos de los acontecimientos vividos con los que se forma, poco a poco, el mosaico de la imagen vital interior. Nada más ingenuo que la idea corriente, familiar de los salones y de los cafés, de que no hay más que descargar en el oído del psicoanalista, como en un aparato automático, sueños y confesiones, hacerlo funcionar con algunas preguntas y sacar inmediatamente un diagnóstico. En realidad, toda cura psicoanalítica es un proceso formidablemente complicado, sin nada de mecánico y con mucho de artístico; en rigor, es comparable, tal vez, con la restauración, según todas las reglas, de un cuadro sucio y refaccionado por una mano torpe, operación que requiere una paciencia inaudita, en la que es necesario hacer revivir, milímetro a milímetro, capa tras capa, una materia preciosa y delicada antes de que la imagen primitiva reaparezca con sus colores naturales. Aunque ocupado sin cesar por los detalles, el psicoanalista tiene siempre como mira el total, la reconstrucción de la personalidad. Es por eso que en un verdadero análisis no es posible detenerse en un complejo

aislado; hay que reconstruir cada vez, partiendo de los fundamentos, toda la vida psíquica del hombre. La primera cualidad que exige, por lo tanto, este método, es la paciencia, unida a una atención permanente—pero no ostensiblemente tensa—del espíritu; sin que se advierta, el médico debe repartir su atención imparcialmente y sin prejuicios entre las declaraciones y los silencios del paciente, cuidando, además, de los matices del relato. Debe confrontar cada vez los resultados de la sesión con los de todas las entrevistas anteriores, para determinar cuáles son los episodios que su interlocutor repite con mayor frecuencia y en qué puntos de su relato se contradice, pero sin permitir que su vigilancia traicione el objetivo de su curiosidad. Porque en cuanto el paciente vislumbra que se le espía, pierde la espontaneidad, que es la única que produce esos destellos fosforescentes y rápidos del inconsciente a cuya luz el médico reconoce los contornos del paisaje del alma ajena. No debe imponer tampoco al paciente su propia interpretación, porque el propósito del psicoanálisis es precisamente obligar al paciente a que desarrolle su autocomprensión. El caso ideal de curación no se produce sino cuando el paciente reconoce por sí mismo la inutilidad de sus manifestaciones neuróticas y no derrocha más sus energías afectivas en sueños y en delirios, sino que las utiliza en actos reales. Sólo entonces el psicoanalista ha acabado con el paciente.

Pero, ¿cuántas veces—¡cuestión espinosa!—el psicoanálisis llega a una solución tan perfecta? Temo que la cosa no se produzca con demasiada frecuencia. Porque su arte de interrogar y de escuchar exige una potencia tal del corazón, tal clarividencia del sen-

timiento, una amalgama tan extraordinaria de las sustancias espirituales más preciosas, que sólo un ser predestinado, un ser que tenga verdadera vocación de psicólogo es capaz de actuar aquí como terapeuta. La Christian Science y el método de Coué pueden permitirse formar simples mecánicos de su sistema. Les basta aprender de memoria algunas fórmulas universales: "no estoy enfermo", "me siento cada día mejor"; por medio de estas ideas groseras, las manos más duras golpean sin gran peligro en las almas débiles hasta que el pesimismo de la enfermedad queda totalmente destruído. Pero en la cura psicoanalítica, el médico verdaderamente consciente de su deber, tiene que encontrar un sistema independiente para cada caso individual. Y esta clase de adaptación creadora no se enseña, aun empleando la inteligencia y la aplicación. Exige un conocedor de almas innato y experimentado, dotado de la facultad de introducirse con el pensamiento y el sentimiento en los destinos más ajenos al suyo, que posea, además, mucho tacto y una gran paciencia de observación. Fuera de eso, un psicoanalista verdaderamente realizador debería irradiar cierto elemento mágico, una corriente de simpatía y de confianza para que el paciente se entregue voluntariamente, con una obediencia apasionada—cualidades que no pueden aprenderse y que sólo la gracia puede reunir en un mismo individuo—. La escasez de estos verdaderos maestros del alma me parece ser la razón por la cual el psicoanálisis seguirá siendo siempre una vocación al alcance de algunos y no podrá nunca ser considerado como un oficio ni como un negocio—contrariamente a lo que hoy ocurre, por desgracia, con demasiada

frecuencia—. Pero Freud da pruebas a este respecto de una indulgencia curiosa, puesto que dice que la práctica eficaz de su arte exige, bien entendido, tacto y experiencia; pero que no es "difícil de aprender". Permítasenos trazar al margen de su frase un punto de interrogación grande y casi furioso. Ya que se trata de un proceso que requiere la movilización de las fuerzas más grandes del saber psíquico y que exige aun recurrir a una especie de inspiración psíquica, la palabra "práctica" me parece inadecuada; pero agregar que esta "práctica" se adquiere fácilmente, lo estimo verdaderamente peligroso. Porque el estudio más concienzudo de la psicotécnica hace tan poco al verdadero psicólogo como el conocimiento de la versificación hace al poeta; es por eso que nadie más que el psicólogo nato, el hombre dotado del poder de penetrar en el alma humana, debería ser autorizado para tocar este "órgano", que es el más fino, el más sutil y el más delicado de todos. Uno tiembla al pensar en el peligro en que podría convertirse entre manos groseras el método inquisitorial del psicoanálisis que el cerebro creador de Freud engendró con la más alta conciencia de su extrema delicadeza. Nada, probablemente, ha perjudicado tanto la reputación del psicoanálisis como el hecho de no haber continuado siendo la exclusividad de los mejores, de una aristocracia del pensamiento y de haber querido trascender a las escuelas. Porque el paso precipitado y sin consideraciones de una mano a otra de muchas de sus ideas no ha contribuído a esclarecerlas, sino muy al contrario. Lo que hoy se hace pasar por psicoanálisis de profesional o de aficionado—en el Viejo Mundo y, más aún, en el Nuevo—no es a menudo

sino una triste parodia de la obra primitiva de Sigmund Freud, que éste basó en la paciencia y el genio. El que quiera juzgar imparcialmente tendrá que aceptar que, a consecuencia de estos análisis de aficionados, no es posible darse cuenta honradamente en la hora actual de los resultados del psicoanálisis. Con la intervención de profanos, ¿podrá afirmarse con validez absoluta un método clínico exacto? No es a nosotros a quienes corresponde pronunciarnos, sino al porvenir.

Es cierto que la técnica psicoanalítica de Freud está lejos de representar la última palabra en el dominio de la medicina psíquica. Pero ostenta para siempre la gloria de habernos abierto un libro que permaneció muchos años sellado, de representar la primera tentativa metodológica con vistas a la comprensión y a la curación del individuo por la materia misma de su personalidad. Con su instinto genial, Freud sólo ha denunciado el *vacuum* de la medicina moderna, el hecho inconcebible de que existan, desde hace muchos años, tratamientos para las partes menos importantes del cuerpo humano—los dientes, la piel, los cabellos—, en tanto que sólo para las enfermedades del alma no se había encontrado ningún refugio en la ciencia. Los pedagogos ayudaban hasta la edad adulta a los individuos incompletamente formados y después los abandonaban a sí mismos con la mayor indiferencia. Para los neuróticos, los enfermos del alma, no había sitios de consulta; el alma enferma erraba por las calles sin apoyo, buscando en vano quien la asistiera. Freud ha llenado esta laguna. El lugar donde en los tiempos antiguos reinaban poderosamente el psicagogo, el curandero de al-

mas y el maestro de sabiduría, y en las épocas de piedad el sacerdote, ha sido asignado a una ciencia nueva y moderna cuyos límites no se ven aún. Pero la tarea está magníficamente trazada y la puerta queda abierta. Y cuando el espíritu humano sorprende espacio y profundidad inexplorados, ya no descansa, sino que toma impulso y despliega sus alas infatigables.

CAPITULO SEPTIMO

El mundo del sexo

> Lo antinatural también forma parte de la Naturaleza. El que no lo ve en todas partes no lo ve en ninguna.
>
> *Goethe.*

Sigmund Freud ha llegado a ser el fundador de una ciencia sexual de la que no se podría prescindir hoy día, sin que él mismo haya tenido intención de serlo. Pero, como si fuera una de las leyes secretas de su vida, su impulso lo ha hecho sobrepasar siempre lo que primitivamente buscaba y le ha abierto dominios a los cuales nunca se habría atrevido a penetrar por iniciativa directa. A los treinta años, habría acogido con sonrisa incrédula al que le hubiera predicho que le estaba reservado a él, neurólogo, hacer de la interpretación de los sueños y de la organización biológica de la vida sexual el objeto de una ciencia, porque nada en su vida académica o privada atestiguaba el menor interés por actividades tan poco ortodoxas. Si Freud ha llegado al problema sexual no es porque lo haya querido; en el curso de sus investigaciones, se ha puesto por sí solo ante sus ojos de psicólogo.

Se ha puesto delante con sorpresa para el hombre, puesto que éste no lo ha buscado ni ha sospechado siquiera su existencia en las profundidades del abismo que sondó con Breuer. Partiendo de la histeria, Freud y Breuer habían encontrado una fórmula

reveladora: las neurosis y la mayor parte de los trastornos psíquicos nacen de un deseo insatisfecho, dominando o rechazando a la inconsciencia. Pero, ¿a qué categoría pertenece la mayor parte de los deseos que rechaza el individuo civilizado, de los que oculta al mundo y aun a sí mismo, porque son los más íntimos y los más perturbadores? Freud ha debido darse pronto una respuesta, que había que esperar. La primera cura analítica de una neurótica demuestra que son fuerzas afectivas eróticas las rechazadas. La segunda, lo mismo; la tercera, igualmente. Y pronto sabe Freud que siempre o casi siempre la neurosis es causada por un deseo sexual que no puede realizarse y que, transformado en retenciones e inhibiciones, grava la vida psíquica. La primera sensación de Freud ante este descubrimiento inesperado fué tal vez la sorpresa de que un hecho tan evidente hubiera escapado a todos sus predecesores. ¿Esta causalidad directa no ha llamado la atención a nadie? No, no se la menciona en ningún manual. Pero Freud recuerda repentinamente algunas alusiones y conversaciones de sus célebres maestros. Cuando Chroback le envió una histérica cuyos nervios debía tratar, ¿no lo informó discretamente de que esta mujer, casada con un impotente, había permanecido virgen durante dieciocho años de matrimonio, y no le dió, bromeando con brutalidad, su opinión personal de que curaría fácilmente a esta neurótica? Frente a un caso similar, su maestro Charcot, ¿no se había pronunciado en igual forma, en el curso de una charla, sobre el origen del mal en una neurótica: "¡siempre la cosa sexual, siempre!"? Freud se sorprende. Lo saben, pues, sus maestros, y también, probablemente, numerosas autorida-

des médicas. Pero entonces, se pregunta Freud en su ingenua lealtad, ¿por qué lo han mantenido secreto y no lo han mencionado sino en las conversaciones íntimas y nunca en público?

Pronto se le hará comprender enérgicamente al joven médico por qué estos hombres experimentados disimulan su saber ante el mundo. Apenas Freud comunica, con tranquilo realismo, la fórmula descubierta por él: "las neurosis nacen en el punto en que obstáculos exteriores o interiores impiden la satisfacción real de los deseos eróticos", una resistencia encarnizada estalla por todos lados. La ciencia de esa época, denodado campeón de la moral, se niega a admitir públicamente esta etiología sexual; aun su amigo Breuer, que le ha dirigido la mano hacia la clave del misterio, abandona precipitadamente el psicoanálisis, en cuanto se da cuenta de la caja de Pandora que ha abierto. Pronto Freud debe comprender que esta clase de comprobaciones en 1900 tocan un punto en que el alma, lo mismo que el cuerpo, es muy sensible y muy cosquillosa; la vanidad del siglo de la cultura prefiere soportar cualquier devastación intelectual antes de saber que se le recuerda que el instinto sexual continúa dominando y determinando los actos del individuo y que tiene un papel decisivo en las creaciones más elevadas de la civilización. "La sociedad está convencida de que nada amenazaría en tal forma su cultura como la liberación de los instintos sexuales y la vuelta a sus objetivos primitivos. La sociedad no quiere, pues, que se le recuerde este aspecto desagradable de sus fundamentos. No tiene ningún interés en que se reconozca la potencia de los instintos sexuales y en que se exponga la importan-

cia de la sexualidad en la vida del individuo. Ha tomado más bien el partido de difundir una educación que no presta atención a todo este dominio. Es por eso que no soporta el resultado de las investigaciones psicoanalíticas y por lo que desearía vehementemente verlas estigmatizadas como estéticamente repugnantes y como moralmente peligrosas y condenables.

Esta resistencia de la ideología de toda una época entorpece la ruta de Freud desde el primer momento. Es un triunfo de su probidad el haber aceptado la lucha y haberla hecho aún más difícil por la intransigencia de su carácter. Porque Freud habría podido exponer, sin desagrados excesivos, todo o casi todo lo que ha expuesto si se hubiera resuelto a describir con más precauciones, rodeos y fórmulas, su genealogía de la vida sexual. Le habría bastado con recubrir sus convicciones con el barniz del estilo, aplicarles un poco de gracia poética, y se habrían insinuado al público sin gran escándalo. El instinto fálico de los salvajes, cuya intensidad y virulencia quería demostrar al mundo en toda su desnudez, habría requerido un nombre más educado, tal vez Eros o Amor, en lugar de Libido. Diciendo que nuestra vida psíquica estaba dominada por Eros, habría hecho pensar en Platón. Pero Freud, hostil a todas las mediastintas, usa palabras duras, incisivas, sobre las cuales no quepa error; no renuncia a los datos precisos y dice abiertamente Libido, pensando en el goce, en el instinto sexual, en la sexualidad, en lugar de hablar de Eros o de Amor. Freud es siempre demasiado sincero para recurrir a los circunloquios prudentes. Llama al gato, gato, y da a las cosas y a los extravíos

sexuales sus verdaderos nombres, con la misma naturalidad con que un geógrafo designa sus montañas y sus ciudades y un botánico sus hierbas y sus plantas. Con perfecta sangre fría clínica, examina todas las manifestaciones de la sexualidad, aun las llamadas vicios y perversidades, indiferente a los estallidos de indignación de la moral y a los gritos de espanto del pudor; con las orejas tapadas, por decir así, se introduce paciente y calmadamente en el problema descubierto de súbito y emprende sistemáticamente el primer estudio psicogeolólico del mundo de los instintos humanos.

Porque Freud, pensador profundamente materialista y conscientemente antirreligioso, ve en el instinto la región más profunda y más ardiente de nuestro yo. No es la eternidad lo que el hombre quiere, no es, según Freud, la vida espiritual lo que el alma más desea: no tiene más que deseos instintivos y ciegos. El deseo universal es el primer soplo de toda vida psíquica. Como el cuerpo después de la comida, el alma languidece después de la voluptuosidad; la libido, este deseo de goce original, esta hambre inextinguible del alma, la empuja hacia el mundo. Pero —y este, en cuanto a ciencia sexual, es el descubrimiento propiamente tal—esta libido no tiene en un comienzo ningún objeto definido: su sentido es simplemente el de libertar el instinto. Y como las energías psíquicas son desplazables—según la concepción creadora de Freud—, puede dirigir su impulso, a veces hacia un objeto, a veces hacia otro. El deseo no se manifiesta, pues, permanentemente en la persecución de la mujer por el hombre y del hombre por la mujer; es una fuerza ciega que quiere agotarse, es

la tensión del arco que no conoce aún su destino, el impulso del torrente que ignora el sitio en que se va a arrojar. Quiere simplemente consumirse sin saber lo que ocurrirá. Puede traducirse y libertarse por actos sexuales normales y naturales; puede igualmente espiritualizarse y realizar cosas grandiosas en el dominio artístico o religioso. Puede extraviarse y "fijarse", más allá de lo genital, sobre los objetos más inesperados y, por innumerables incidentes, desviar el instinto primitivamente sexual de la esfera física. Es apto para tomar todas las formas, desde la lubricidad animal hasta las formas más finas del espíritu humano. Pero siempre, en las bajas satisfacciones y en las supremas realizaciones, libra al hombre de su sed esencial y primordial de goce.

A causa de esta revolución fundamental, provocada por Freud, el concepto del problema sexual ha cambiado substancialmente. Hasta él, la psicología, ignorante de la facultad de transformación de las energías psíquicas, confundía groseramente la sexualidad con la función de los órganos genitales; el problema de la sexualidad, para la ciencia, se reducía al examen de las funciones del bajo vientre, que era para ella algo sucio y molesto. Separando la idea de sexualidad del acto sexual, Freud la arranca al mismo tiempo de su estrechez y de su descrédito; el concepto iluminado de Nietzsche: "el grado y la naturaleza de la sexualidad del hombre se manifiestan hasta en las cumbres más elevadas de su espíritu", aparece, gracias a Freud, como una verdad biológica. Con ayuda de innumerables ejemplos, demuestra que la libido—la tensión más poderosa del individuo—estalla, por una transmisión misteriosa a través de los

años y las décadas, en manifestaciones psíquicas absolutamente inesperadas, que la particular naturaleza de la libido no cesa de afirmarse por metamorfosis y disimulos sin cuento, en las variedades de deseo y en los substitutos de realización más singulares. Siempre que se encuentre frente a una anomalía psíquica, a una depresión, una neurosis, un acto forzado, el médico puede deducir con confianza, en la mayor parte de los casos, que hay algo de extraño o anormal en el destino sexual de su paciente; es entonces cuando le corresponde, según el método de la psicología abisal, llevar al enfermo hasta el punto de su vida interior en que un acontecimiento provocó esta desviación del curso normal de su instinto. Esta nueva forma de diagnóstico ha hecho que Freud llegue a un descubrimiento inesperado. Los primeros psicoanálisis le habían demostrado ya que los episodios sexuales que desequilibraron al neurótico datan de largo tiempo; nada era, pues, más natural que buscarlos en la juventud, en la época en que se plasma el alma; porque sólo lo que se inscribe durante el período de crecimiento de la personalidad, sobre la placa, todavía blanda y en consecuencia receptiva, de la conciencia en formación, subsiste como un elemento imborrable que determina su destino. "Que nadie crea que puede substraerse a las primeras impresiones de su juventud", dijo Goethe. En cada caso que tiene que examinar, Freud retrocede tanteando hasta la pubertad; le pareció, en un principio, que no era necesario estudiar un período anterior: porque ¿cómo podrían formarse impresiones sexuales antes de que exista la aptitud sexual? Todavía considera un contrasentido perseguir la vida instintiva del sexo

más allá de este límite, hasta la infancia, cuya feliz inconsciencia no perturban todavía las tensiones de este orden. Las primeras investigaciones de Freud se detienen, pues, en la pubertad.

Pero pronto, ante ciertas confesiones extrañas, Freud no puede negarse a reconocer que en muchos de sus pacientes el psicoanálisis hace surgir, con indiscutible claridad, el recuerdo de acontecimientos sexuales mucho más antiguos, prehistóricos, por decir así. Confesiones muy explícitas de sus pacientes lo llevan a sospechar que la época anterior a la pubertad, es decir, la infancia, debe contener ya el instinto sexual o algunas de sus representaciones. Esta sospecha se perfila más y más a medida que avanza en su investigación. Freud se acuerda de lo que la cuidadora de niños y el maestro de escuela refieren respecto a las manifestaciones precoces de la curiosidad sexual, y su propio descubrimiento sobre la diferencia que existe entre la vida psíquica consciente e inconsciente aclara súbitamente la situación. Freud reconoce que la conciencia sexual no se infiltra repentinamente en el cuerpo en la edad puberal —porque, ¿de dónde vendría entonces?—, sino que, como expresa con una plasticidad admirable el lenguaje—mil veces más psicólogo que todos los psicólogos escolares—, "se despierta" en el ser a media formación; existía, por lo tanto, desde hace ya mucho tiempo, en el cuerpo del niño; pero estaba dormido, es decir, latente. Así como las piernas del niño tienen en potencia la aptitud para andar; así como desea andar antes de poder hacerlo, la sexualidad—sin el menor presentimiento, quede bien entendido, de su realización práctica—está pronta en él, desde hace mu-

cho tiempo. El niño—fórmula decisiva—conoce su sexualidad. Sólo que no la comprende.

Yo no sé, pero supongo que en un primer momento, Freud ha debido espantarse de su propio descubrimiento, puesto que destroza con él los conceptos más en boga, de modo casi profanador. Si era ya audaz evidenciar y, como dicen los otros, exagerar la importancia psíquica de la sexualidad en la vida del adulto, esa tendencia parece tímida si se la compara con el golpe asestado a la moral social por este concepto revolucionario: reconocer rastros de afectividad sexual en el niño, con el cual la humanidad asocia universalmente la idea de la pureza absoluta. ¡Cómo es posible que esta vida reidora, que brota tiernamente, conozca ya el deseo sexual o, por lo menos, lo sueñe! Al principio, esta idea parece absurda, demente, criminal, inclusive antilógica, puesto que ya que los órganos del niño no son aptos para la reproducción, hay que desprender de ella esta consecuencia terrible: "si el niño tiene una vida sexual, no puede ser sino perversa". Expresar una cosa así en 1900 equivale a un suicidio científico. Sin embargo, Freud la expresa. Dondequiera que este investigador siente un terreno sólido, hunde a fondo, irresistiblemente, el perforador de su energía. Y ante su propia sorpresa, descubre en la forma más inconsciente del hombre, en el lactante, la imagen más característica de la manifestación original y universal del instinto de goce. Precisamente porque entonces, a la entrada de la vida, ninguna luz de conciencia moral desciende al mundo anárquico de los instintos, este ser minúsculo le revela el sentido primordial y plástico de la libido: procurarse satisfacción, eliminar el

desagrado. Este pequeño animal aspira al goce de todo, de su propio cuerpo y del ambiente, del seno materno, del dedo y del ortejo, de la madera y de la tela, del vestido y de la carne; sin control y dominado por el sueño, quiere allegar a su cuerpo, pequeño y blando, todo lo que le agrada. En esta fase primitiva de la voluptuosidad, el ser vago que es el niño, no distingue el Yo y el Tú, no lo oprimen las fronteras físicas y morales que la educación le trazará más tarde: es un ser anárquico que, con sed inextinguible, quiere atraer el universo hacia su Yo, que lleva todo lo que alcanzan sus deditos hacia la única fuente de voluptuosidad que conoce, hacia su boca que mama (Freud califica esta época de oral). Juega ingenuamente con sus miembros, entregado a su deseo balbuciente y succionador, y rechaza al mismo tiempo con furor todo lo que perturba su satisfacción delirante. En él, el Yo inconsciente mama todavía ávidamente toda la felicidad en los senos del Universo.

Pero esta primera fase autoerótica no dura mucho tiempo. Pronto el niño comienza a reconocer que su cuerpo tiene límites: surge una pequeña luz en el minúsculo cerebro y se establece una diferenciación entre lo externo y lo interior. El niño experimenta, por primera vez, la resistencia del mundo y debe comprender que este elemento exterior es una fuerza de la que se depende. El castigo no tarda en enseñarle una ley dolorosa e inconcebible para él, puesto que no le permite agotar, siempre y sin limitaciones, el goce en todas las fuentes: se le prohibe mostrarse desnudo, tocar los excrementos; se le fuerza implacablemente a renunciar a la unidad amoral de la sensación, a considerar algunas cosas como permitidas

y otras como prohibidas. Las exigencias de la cultura comienzan a construir en este pequeño ser salvaje una conciencia social y estética, un aparato de control con ayuda del cual puede clasificar sus acciones en dos grupos: las buenas y las malas. Por el hecho de adquirir este reconocimiento, el pequeño Adán es expulsado del paraíso de la irresponsabilidad.

Al mismo tiempo se produce en su interior un cierto retroceso del instinto de goce: cede su sitio, en el niño que crece, a la tendencia nueva del autodescubrimiento. Del "Sí" inconscientemente instintivo, sale un "Yo", y este descubrimiento de su Yo representa para el cerebro del niño una tensión y una ocupación tales que el instinto de goce es desechado y no existe ya sino en potencia. Este estado de autoocupación no se pierde enteramente en los recuerdos del adulto, queda aún algo en ciertas personas bajo la forma de tendencia "narcísica", bajo una peligrosa tendencia egocéntrica a acuparse únicamente de sí y a rechazar todo lazo afectivo con el universo. El instinto de goce que se muestra en el lactante en su forma original y universal, se encierra y se hace invisible en el adulto. Entre las formas autoerótica y panerótica del lactante y el erotismo sexual de la pubertad, hay un sueño invernal de las pasiones, un estado crepuscular en el cual las energías se preparan para franquearse el paso.

Cuando en esta segunda fase, teñida de nuevo de sexualidad—la fase puberal—el instinto dormido se despierta poco a poco, cuando la libido se vuelve de nuevo hacia el universo, cuando busca de nuevo una "fijación", un objeto sobre el cual transferir su tensión afectiva, en este momento decisivo la volun-

tad biológica de la naturaleza indica con energía al novicio la vía natural de la reproducción. Las transformaciones flagrantes del cuerpo en el muchacho y en la niña núbil, durante la época de la pubertad, le demuestran que la naturaleza se propone un objeto. Y estos signos señalan claramente la zona genital. Indican la vía que la naturaleza quiere que el hombre siga para servir su intención secreta y eterna: la reproducción. La libido no debe ya, como antes en el lactante, gozar consigo misma, sino someterse al designio intangible de la naturaleza, que se realiza en la procreación. Si el individuo entiende esta indicación imperiosa y la obedece—si el hombre se une a la mujer y la mujer al hombre para realizar el acto creador—, si olvida todas las otras posibilidades de goce de su voluptuosidad pasada, su desarrollo sexual sigue un curso directo y regular, sus energías se desenvuelven en la vía natural y normal.

Este "ritmo de los tiempos" determina la evolución de toda la vida sexual humana y, para millones y millones de seres, el instinto se adapta sin rebeliones a este curso regular: voluptuosidad universal y autogoce en el niño, necesidad de reproducción en el adulto. El ser normal sirve con perfecta sencillez los fines de la naturaleza, que se propone hacerlo obedecer exclusivamente a las leyes metafísicas de la reproducción. Pero en casos aislados, relativamente raros —aquellos, precisamente, que interesan al médico del alma—una perturbación funesta viene a desordenar la sana regularidad de este proceso.

Muchos hombres, por razones particulares de cada uno, no se deciden a canalizar enteramente sus instintos de goce en las formas recomendadas por la

naturaleza; la libido, la energía sexual busca en ellos, para disolverse en voluptuosidad, una dirección distinta de la normal. Por una ruptura del riel de sus vidas, en estos anormales, en estos neuróticos, la inclinación sexual se dirige por una vía falsa, por lo que no llega a desprenderse. Según Freud, los perversos no son seres cargados de herencia, de enfermedades, ni son, ante todo, criminales; son, en su mayor parte, hombres que recuerdan con fatal fidelidad algunas formas de realización voluptuosa de su época pregenital, que recuerdan un acontecimiento erótico del período de desarrollo y que, dominados por el prurito de la repetición, no pueden buscar la voluptuosidad sino en esta dirección. Es lo que se observa en la dolorosa vida de los adultos, con deseos infantiles, a los que no atrae la realización sexual que se considera natural; quieren siempre revivir este acontecimiento erótico—caído al inconsciente en la mayor parte de ellos— y buscan en la realidad un substituto a este recuerdo. En su implacable autobiografía, Jean-Jacques Rousseau nos ha revelado, con perfecta maestría, un caso clásico de esta clase de perversión, provocada por un recuerdo de juventud. Su profesora, a quien quería secretamente y que era muy severa, le pegaba con frecuencia y con furia; ante su propia sorpresa, el niño se dió cuenta de que este riguroso castigo que su educadora le infligía, le causaba placer. En el estado latente —tan admirablemente definido por Freud— Rousseau olvida completamente estas escenas, pero su cuerpo, su alma, su inconsciente no las olvidan. Y cuando, más tarde, el hombre maduro busca la satisfacción carnal en las relaciones normales con mujeres, no llega nunca a la realización

del acto físico. Para que pueda unirse a la mujer, ella debe repetir primero esta flagelación histórica; y es así cómo Jean-Jacques paga, durante toda su vida, el despertar precoz y funesto de su afectividad sexual, desviada por un masoquismo incurable que lo lleva siempre, a pesar de su rebelión interior, a esta única forma de voluptuosidad que le es accesible. Los perversos —Freud clasifica bajo este nombre a todos los que buscan el goce por otros medios que el que sirve a la reproducción— no son, pues, ni enfermos ni naturalezas obstinadamente anárquicas que se sublevan, consciente y audazmente, contra las leyes comunes, sino prisioneros encadenados a un acontecimiento de la primera juventud, inmovilizados en el infantilismo, cuyo deseo violento de vencer los instintos descarriados hace de ellos neuróticos y psicópatas. No los pueden libertar de este yugo, por lo tanto, ni la justicia que con sus amenazas hunde más al enfermo en su conflicto interior, ni la moral que hace llamados a la "razón"; se necesita al médico de almas que le haga comprender, con una simpatía lúcida, el acontecimiento primitivo. Porque sólo la autocomprensión del conflicto interior —ese es el axioma de Freud en la doctrina psíquica— puede lograr eliminarlo: para curarse es necesario conocer primero el sentido de su enfermedad.

Según Freud, todo desequilibrio psíquico proviene, por lo tanto, de una experiencia personal, generalmente erótica, y aun las que llamamos naturaleza y herencia no representan otra cosa que las experiencias vividas por las generaciones anteriores y que los nervios han absorbido; el acontecimiento vivido es, en consecuencia, para el psicoanálisis el factor

decisivo en la formación del alma, el factor que hay que buscar individualmente a través de todo pasado. Para Freud no hay psicología ni patología que no sean las individuales: en la vida del alma, nada debe ser considerado según una regla o según un esquema. No es menos cierto, sin embargo, que los acontecimientos sexuales precoces, aunque conservando su matiz personal, muestran algunas formas de semejanza típica; así como innumerables individuos son visitados por la misma clase de sueños—el sueño del aterrizaje, del examen, de la persecución—, así también Freud cree reconocer en la realización sexual precoz algunas actitudes afectivas típicas, casi obligadas, que se ha empeñado apasionadamente en buscar y en clasificar bajo el nombre de "complejos". El más célebre—y también el más difamado— es el complejo llamado de Edipo, que Freud presenta aún como uno de los pilares fundamentales de su edificio psicoanalítico; en cuanto a mí, no me parece más que uno de los apoyos que, una vez terminada la construcción, pueden quitarse sin peligro. Ha ganado, mientras tanto, una popularidad tan funesta que apenas es necesario dar su definición: Freud supone que la afectividad que se realiza trágicamente en la leyenda griega de Edipo, en que el hijo mata al padre y posee a la madre, y que nos parece bárbara, existe todavía hoy en estado de deseo en toda alma infantil. Porque—la hipótesis más discutida de Freud —el primer sentimiento erótico del niño se orienta siempre hacia la madre y la primera tendencia agresiva, hacia el padre. Este paralelogramo de fuerzas de amor para la madre y de odio para el padre— Freud cree poder probarlo—es la primera agrupación

natural e inevitable de toda vida psíquica infantil. Al lado de ella, coloca otra serie de sentimientos subconscientes, como el miedo a la castración, el deseo del incesto, etc., sentimientos todos que están encarnados en los mitos primitivos de la humanidad. (Porque según el concepto cultural y biológico de Freud, los mitos y las leyendas de los pueblos no son otra cosa que los deseos potenciales de su infancia.) Así, todo lo que la humanidad ha rechazado, desde hace largo tiempo, como contrario a la cultura: la alegría de matar, el incesto, la violación, todos esos tremendos extravíos del tiempo de las hordas, todo eso intenta realizarse una vez más en los deseos de la infancia, el período prehistórico del alma humana: cada individuo renueva simbólicamente en su desarrollo ético toda la historia de la civilización. Invisible, puesto que inconscientemente acarreamos todos en nuestra sangre los viejos instintos bárbaros, y ninguna cultura es capaz de proteger completamente al hombre contra los estallidos súbitos de estos deseos extraños a sí mismo; corrientes misteriosas de nuestro inconsciente nos llevan siempre hacia esos tiempos primitivos, sin ley ni moral. Aun si empleáramos todas nuestras fuerzas en eliminar este mundo de los instintos de nuestra actividad consciente, no podríamos, en el mejor de los casos, hacer otra cosa que atenuarlo en el sentido moral y espiritual, sin desprendernos jamás de él en forma completa.

A causa de este concepto, calificado de "enemigo de la civilización", que considera que es inútil, en algunos casos, el esfuerzo milenario hecho por la humanidad para dominar totalmente sus instintos, y porque él subraya, una vez y otra, la invencibilidad de

la libido, los adversarios de Freud han tratado su doctrina sexual de pansexualismo. Lo acusan de exagerar, como psicólogo, el instinto sexual, atribuyéndole una influencia tan preponderante sobre nuestra vida psíquica y de estar equivocado, como médico, al retrotraer todo desequilibrio del alma a este punto de partida, único punto desde el cual puede marcharse hacia la curación. Esta objeción, a mi entender, engloba lo verdadero y lo inexacto. Porque, en realidad, Freud no ha presentado nunca el principio de goce como la única fuerza psíquica que mueve el mundo. Sabe muy bien que toda tensión, que todo movimiento—¿y es otra cosa la vida?—no emana sino del *polemos*, del conflicto. Y es por eso que desde el principio ha opuesto teóricamente a la libido, al instinto centrífugo que tiende a sobrepasar al Yo y que trata de fijarse, otro instinto que llamó primero del Yo, después, instinto agresivo y, finalmente, instinto de la muerte, y que empuja hacia la extinción, en lugar de la reproducción; a la destrucción, en lugar de la creación; a la nada, en lugar de la vida. Pero—y en esto sus adversarios tienen razón—no ha logrado representar este instinto contrario tan claramente y con una fuerza tan persuasiva como el instinto sexual; el reino de los instintos llamados del Yo sigue siendo bastante vago en su cuadro filosófico, porque donde Freud no percibe con nitidez absoluta, es decir, en todo el dominio puramente especulativo, le falta la plasticidad magnífica de su don de delimitación. Una cierta exageración del valor de lo sexual domina, pues, su obra y su terapéutica; pero esta especial insistencia de Freud es la consecuencia histórica de la desestimación y del disimulo sistemáticos de la se-

xualidad durante decenas de años. Había necesidad de exagerar para que el pensamiento pudiera conquistar a la época; rompiendo el dique del silencio, Freud ha planteado la discusión. En realidad, esta exageración, tantas veces condenada, de lo sexual, no ha constituído nunca un verdadero peligro, y lo que podía haber de excesivo en los primeros momentos ha sido corregido rápidamente por el tiempo, este eterno regulador de todos los valores. Hoy que han transcurrido más de veinticinco años desde el comienzo de las publicaciones de Freud, aun el hombre más timorato puede tranquilizarse; gracias al nuevo conocimiento, más sincero y más científico de la sexualidad, el mundo no se ha hecho más sexual, más erotómano ni más amoral; por el contrario, la doctrina de Freud no ha hecho sino reconquistar un valor psíquico perdido por la pusilanimidad de la generación anterior: la ingenuidad del espíritu ante todo lo físico. Una generación nueva ha aprendido así—se enseña ya en las escuelas—a no evitar las decisiones interiores, a no ocultarse los problemas más íntimos, más personales, sino, a la inversa, a tomar conciencia, lo más claramente posible, del peligro y del misterio de las crisis interiores. Todo autoconocimiento equivale ya a una liberación, y no hay duda de que la nueva moral sexual, más liberal, se convertirá por la futura camaradería de los sexos, en creadora de moralidad. Y es mérito innegable de la intrepidez y de la independencia de espíritu de Freud el haber precipitado la desaparición definitiva de la vieja ética, toda hipocresía y disimulo. Siempre una generación debe su libertad exterior a la libertad interior de un individuo, toda ciencia nueva necesita de un precursor que la haga perceptible a los humanos.

CAPITULO OCTAVO

Mirada crepuscular hacia la distancia

> Toda visión se convierte en contemplación, toda contemplación en reflexión, toda reflexión en asociación; de modo que se puede decir que si echamos una mirada atenta sobre el mundo, formulamos ya una teoría.
>
> *Goethe.*

El otoño es la época bendita de la contemplación. Se han recogido los frutos, la tarea está acabada: puros y claros, el cielo y el horizonte lejano iluminan el paisaje de la vida. Cuando Freud, a los setenta años, echa una mirada retrospectiva sobre la obra realizada, se sorprende él mismo, seguramente, al ver hasta dónde lo ha conducido su vía creadora.

Un joven neurólogo estudia la explicación de la histeria. Más rápidamente de lo que hubiera creído, descubre sus abismos. Pero allí, en esas profundidades, se le presenta un nuevo problema: el inconsciente. Lo examina y se encuentra con que es un espejo mágico. Sea cual fuere la superficie espiritual en que proyecta su luz, le da un sentido nuevo. Dotado de un don sin igual de interpretación, misteriosamente guiado por una fuerza interior, Freud pasa de una revelación a otra, de una visión espiritual a otra nueva, más vasta y más elevada—*una parte nasce dall' altra successivamente*—, según la expresión de Leonardo de Vinci—, y todos estos descubrimientos se encadenan con naturalidad para formar un cuadro

de conjunto del mundo psíquico. Ha sobrepasado, hace mucho tiempo, las regiones de la neurología, del psicoanálisis, de la interpretación de los sueños, de la sexualidad, y siempre aparecen ante sus ojos nuevas ciencias que es preciso remozar. La pedagogía, las religiones, la mitología, la poesía y el arte deben a las inspiraciones del viejo sabio un enriquecimiento importante: desde la altura de sus años, apenas puede abarcar con la mirada las regiones del porvenir a que alcanza la potencia insospechada de su actividad. Como Moisés en la cumbre de la montaña, Freud descubre, en el atardecer de su vida, un espacio infinito de tierra inculta que su doctrina podría fertilizar.

Durante cincuenta años ha seguido intrépidamente el sendero de la lucha; cazador de misterios y explorador de verdades, su botín es incalculable. ¡Qué de cosas no ha presentido, proyectado, visto y creado! ¿Quién sería capaz de enumerar sus actividades en todos los dominios del espíritu? El anciano tendría derecho a descansar. En verdad, experimenta la necesidad de ver las cosas con una mirada más suave, más indulgente. Sus ojos, que han penetrado, severos y escrutadores, el fondo de tantas almas sombrías, desearían ahora abarcar libremente, en una especie de ensoñación espiritual, la imagen entera del universo. El que ha trabajado siempre en los abismos, querría contemplar una vez las cumbres y las planicies de la existencia. El que durante toda una vida ha buscado e interrogado sin reposo como psicólogo, tendría un gran placer en darse ahora una respuesta a sí mismo como filósofo. El que ha analizado aisladamente a innumerables individuos, desea-

ría profundizar en el sentido de la comunidad y poner a prueba su arte de interpretación en un psicoanálisis de la época.

No es reciente esta tentación de ver el misterio universal exclusivamente como pensador, de obtener de él una visión pura del espíritu. Pero el rigor de la tarea ha malogrado en Freud, durante toda una vida, sus tendencias especulativas; las leyes de la construcción psíquica debían ser experimentadas en incontables individuos antes de que se atreviera a aplicarlas en general. A este hombre con una conciencia excesiva de su responsabilidad, le parecía siempre que no había llegado aún el momento. Pero ahora que cincuenta años de un trabajo infatigable le dan derecho a sobrepasar lo individual, se levanta para echar una mirada a la distancia y para aplicar a toda la humanidad el método empleado en millones de hombres.

El maestro, siempre tan seguro de sí mismo, comienza esta empresa con algunos temores, con alguna timidez. Se pensaría que abandona con remordimientos sus dominios de los hechos exactos para entrar en el que no se puede experimentar, porque sabe, él que ha desenmascarado tantas ilusiones, con qué facilidad se cede a las seducciones filosóficas. Hasta aquí había rechazado con dureza toda generalización especulativa: "soy contrario a la fabricación de conceptos universales". Sin alegría, sin la antigua e inquebrantable certidumbre se vuelve hacia la metafísica, o como él la llama más prudentemente, la metapsicología. Parece excusarse ante sí mismo de esta empresa tardía: "Se han producido ciertos cambios, cuyas consecuencias no puedo negar, en las condi-

ciones de mi trabajo. Antes, no era de los que no saben guardar en secreto una cosa que creen haber descubierto hasta que se la ha corroborado..., pero entonces el tiempo se extendía, incalculable, delante de mí—oceans of time, como dice un poeta amable—y los materiales afluían en tal número que difícilmente llegaba a experimentar todo lo que se me ofrecía. Ahora todo ha cambiado. El tiempo que tengo delante es limitado, el trabajo no lo llena por completo y las ocasiones de hacer nuevas experiencias no se multiplican tanto. Cuando creo ver algo nuevo, no estoy seguro de poder esperar su prueba". Se ve que este hombre estrictamente científico sabe por anticipado que se va a plantear esta vez toda clase de problemas insidiosos. En una especie de monólogo, de entrevista espiritual consigo mismo, examina algunos de los interrogantes que le pesan, sin exigir y sin dar respuesta. Estos libros, llegados en el atardecer, *El porvenir de una ilusión* y *El malestar de la civilización* no son tal vez tan nutridos como los anteriores, pero son más poéticos. Contienen menos ciencia demostrable, pero más sabiduría. En lugar del disector implacable, se revela, por fin, el pensador que sintetiza ampliamente; en lugar del cultor de una ciencia natural exacta, el artista largamente presentido. Es como si por primera vez, detrás de la mirada escrutadora, surgiera el ser humano disimulado durante tanto tiempo, que es Sigmund Freud.

Pero esta mirada que contempla la humanidad es sombría; se ha hecho así porque ha visto muchas cosas obscuras; continuamente, durante cincuenta años, los hombres no han mostrado a Freud nada más que sus preocupaciones, sus miserias, sus tormentos

y sus desequilibrios, a veces gemidores e interrogantes, a veces irritados, histéricos, hostiles. No ha tenido que hacer sino con enfermos, víctimas, obsesionados y locos; sólo el aspecto triste y abúlico de la humanidad se ha puesto ante sus ojos, inexorablemente. Hundido siempre en su trabajo, ha visto raras veces la otra faz de la humanidad, la faz serena, gozosa, confiada, la parte integrada por hombres generosos, despreocupados, alegres, ligeros, sanos, felices; no ha encontrado sino enfermos, melancólicos, desequilibrados, nada más que almas sombrías. Sigmund Freud ha sido médico durante demasiado tiempo y con demasiada profundidad para no haber llegado, poco a poco, a considerar a la humanidad entera como un cuerpo enfermo. Su primera impresión se traduce, en cuanto mira al mundo desde el fondo de su gabinete, y antes de toda investigación, en un diagnóstico terriblemente pesimista: "para toda la humanidad, como para todo individuo, la vida es difícil de soportar".

Frase terrible y fatal que deja margen a muy pocas esperanzas; más que noción adquirida, suspiro que surge de los bajo fondos. Se da uno cuenta de que Freud se aproxima a su tarea cultural y biológica como si avanzara hacia la cama de un enfermo. Acostumbrado a examinar como psiquiatra, cree percibir claramente en nuestra época los síntomas de un desequilibrio mental. Como la alegría es ajena a su ojo, no ve más que el malestar en nuestra civilización y se dedica a analizar esta neurosis del alma de la época. ¿Cómo es posible—se pregunta—que tan pocas satisfacciones reales animen nuestra civilización, que ha elevado, sin embargo, a la humanidad muy

por encima de las esperanzas y los presentimientos de las generaciones anteriores? ¿No hemos superado mil veces en nosotros al viejo Adán, no somos más semejantes a Dios que a él? ¿El oído, gracias a la membrana telefónica, no oye los sonidos de los continentes más lejanos; el ojo, gracias al telescopio, no contempla el universo de las miríadas de estrellas y, con ayuda del microscopio, no ve el cosmos en una gota de agua? ¿Nuestra voz no se remonta, en un segundo, en el espacio y en el tiempo, no se burla de la eternidad fijándose en el disco del gramófono; el avión no nos transporta con las mayores garantías a través del elemento prohibido a los mortales durante millares de años? ¿Por qué estas conquistas técnicas no apaciguan y no satisfacen nuestro yo íntimo? ¿Por qué, a pesar de esta paridad con Dios, el alma del hombre no experimenta la satisfacción de la victoria, sino, por el contrario, el sentimiento agotador de que estos esplendores son sólo prestados, de que somos "dioses de artificio"? ¿Cuál es el origen de esta inhibición, de este desequilibrio, la raíz de esta enfermedad del alma?—se pregunta Freud al contemplar la humanidad. Y, grave, rigurosa, metódicamente, como si se tratara de un caso aislado de su consulta, el viejo sabio se impone el deber de buscar las causas del malestar de nuestra civilización, de esta neurosis psíquica de la humanidad actual.

Se sabe que Freud empieza siempre un psicoanálisis por la investigación del pasado: procede con la civilización lo mismo que con el hombre enfermo, echando una mirada retrospectiva sobre las formas primeras de la sociedad humana: Freud ve aparecer primero al hombre prehistórico—en cierto sentido, el

lactante de la civilización—, al hombre que desconoce costumbres y leyes, al que es animalmente libre y virgen de inhibiciones. Movido por su egoísmo reconcentrado y sin trabas, encuentra una descarga para sus instintos agresivos en el asesinato y el canibalismo; para su tendencia sexual, en el pansexualismo y el incesto. Pero apenas este hombre primitivo forma con sus semejantes una horda o un clan, se ve forzado a aceptar que existen límites para sus apetitos, límites representados por la resistencia de sus compañeros: toda vida social, aun en su grado más bajo, exige una limitación. El individuo debe resignarse a aceptar que algunas cosas le están prohibidas; se establecen costumbres, derechos, convenciones comunes que llevan consigo el castigo para toda trasgresión. Muy pronto, el conocimiento de las interdicciones, el temor del castigo, exteriores todos, se desplazan hacia el interior y crean en el cerebro, hasta entonces incipiente y brutal, una instancia nueva, un Yo superior, un aparato señalizador que advierte a tiempo la necesidad de no excederse del marco de las costumbres, a fin de no ser alcanzado por la sanción. Con este Yo superior—la conciencia—nace la cultura y al mismo tiempo la idea religiosa. Porque todos los límites que la Naturaleza opone desde afuera al instinto humano del placer—el frío, la enfermedad, la muerte, el miedo ciego de la criatura— no los concibe sino como enviados por un adversario invisible, por un "Dios padre", que tiene poder ilimitado para recompensar y castigar, un Dios de terror al que se deben servidumbre y sumisión. La presencia imaginaria de un Dios padre omnisciente y omnipotente—ideal supremo del Yo en cuanto representa el

máximo de poder y, al mismo tiempo, imagen terrorífica, en cuanto a creador de los temores—mantiene despierta la conciencia que rechaza al hombre en rebelión dentro de sus fronteras; gracias a este freno, a esta renunciación, a esta disciplina y autodisciplina, comienza la civilización gradual del ser bárbaro. Uniendo sus fuerzas, ultrabelicosas en un principio, asignándoles una actividad común y creadora, en lugar de lanzarlas unas contra otras en luchas sangrientas y asesinas, la humanidad acrecienta sus dones éticos y técnicos y eleva, poco a poco, hacia su propio ideal, hacia Dios, una buena parte de sus potencias. La luz está aprisionada, vencido el frío, salvada la distancia, las fieras dominadas por las armas; todos los elementos: agua, aire, fuego, sujetos progresivamente a la comunidad civilizada. Gracias a la organización de sus fuerzas creadoras, la humanidad sube siempre más alto en la escala celeste hacia la divinidad; vencedora de las cumbres y de los abismos, triunfadora del espacio, plena de saber y casi omnisciente, ella, partida de la bestia, puede considerarse ya como un igual de Dios.

Pero en medio de este sueño sonriente en una civilización creadora de la felicidad universal, Freud, el incurable destructor de ilusiones—idéntico a Jean-Jacques Rousseau más de ciento cincuenta años antes—plantea la pregunta: ¿Por qué, a pesar de esta paridad con Dios, la humanidad no es más feliz ni más optimista? ¿Por qué nuestro Yo más profundo no se siente enriquecido, emancipado y salvado por todas estas victorias civilizadoras de la comunidad? Y él mismo responde, con su dureza enérgica e implacable: porque este enriquecimiento no es un don gra-

tuito sino que se paga con una limitación inaudita de la libertad de nuestros instintos. El reverso de todo lo que gana en civilización la especie es una pérdida de felicidad para el individuo, y Freud toma siempre el partido de este último. Al incremento de civilización humana de la colectividad, corresponde una disminución de la libertad, un descenso de la fuerza afectiva para el alma individual. "Nuestro sentimiento actual del Yo no es sino una porción debilitada de un sentimiento vasto, universal aún, y conforme con un parentesco más íntimo entre el Yo y el mundo ambiente". Hemos cedido en exceso nuestras fuerzas a la sociedad, a la colectividad, para que nuestros instintos primitivos, sexuales y agresivos, posean todavía su unidad y su potencia antiguas. Mientras más se concentra nuestra vida psíquica dentro de canales estrechos, más pierde de su fuerza torrencial primitiva. Las restricciones sociales, más rigurosas de siglo en siglo, endurecen y amenguan nuestra fuerza afectiva y "la vida sexual del hombre civilizado, sobre todo, ha sufrido grandemente. Parece a veces una función que declina, como parece haber disminuído también el papel de nuestros órganos, de nuestra dentadura y de nuestros cabellos". El alma del hombre no se deja engañar: sabe que innumerables placeres, nuevos y superiores: las artes, las ciencias, la técnica, tratan de ilusionarlo cotidianamente; que la servidumbre de la Naturaleza y las múltiples comodidades de la vida le han valido la pérdida de otra voluptuosidad más total, más espontánea, más natural. Algo en nosotros, biológicamente oculto tal vez en los laberintos del cerebro y que la sangre acarrea, recuerda místicamente esta libertad suprema,

ligada a nuestro estado primitivo; todos los instintos, yugulados, desde hace largo tiempo, por la cultura—el incesto, el parricidio, la pansexualidad—envenenan todavía nuestros sueños y nuestros deseos. Aun en el niño mimado y cuidado que ha venido al mundo sin choques y sin dolores de la más cultivada de las madres, en un local bien calefaccionado, iluminado por la electricidad, debidamente aséptico en una clínica de lujo, aun en él, se despierta el hombre primitivo: debe recorrer por sí mismo, a través de los siglos, todos los grados que conducen desde los instintos agresivos a la autolimitación; debe revivir y sufrir en su propio cuerpo en crecimiento toda la evolución de la cultura. Por eso, un recuerdo de la antigua autocracia permanece indestructible en todos nosotros y, por momentos, nuestro Yo ético siente la loca nostalgia de la anarquía, de la libertad nómade, de la animalidad primitiva. En nuestra vitalidad, la pérdida y el provecho se equilibran eternamente y mientras más se cava el abismo entre las limitaciones—siempre crecientes que impone la comunidad—y la libertad primitiva, más se agrava la desconfianza del alma individual. Se pregunta ella si, en el fondo, no está expoliada por el progreso, y si la socialización del Yo no daña su Yo más profundo.

¿Logrará alguna vez la humanidad—se pregunta Freud esforzándose en continuar su penetración del porvenir—someter definitivamente esta inquietud, este dualismo, este desgarramiento de su alma? Desorientada, oscilando entre el temor de Dios y el placer animal, agarrotada por las prohibiciones, agotada por la neurosis de la religión, ¿encontrará una solución para este dilema de su civilización? Las dos

potencias originales, el instinto agresivo y el instinto sexual, ¿se someterán por fin, voluntariamente, a la razón moral y podremos eliminar más tarde, en forma definitiva, como superflua, la "hipótesis utilitaria" del Dios que juzga y que castiga? El porvenir—para hablar como psicoanalista—¿sobrepasará este conflicto afectivo, el más secreto, llevándolo a la luz de la conciencia? ¿Sanará completamente algún día?

Problema peligroso. Porque al preguntarse si la razón podrá convertirse en amo de nuestra vida instintiva, Freud se ve obligado a una lucha trágica. Se sabe que, por una parte, el psicoanálisis niega el dominio de la razón sobre el inconsciente: "Los hombres, dice, son poco accesibles a los argumentos de la razón, están impulsados por sus instintos", y afirma, sin embargo, por otra, "que no tenemos otro medio que nuestra inteligencia para dominar nuestra vida instintiva". Como doctrina teórica, el psicoanálisis combate por el predominio de los instintos y de la inconsciencia; como método práctico, ve en la razón la única forma de salud para el hombre y, en consecuencia, para la humanidad. Desde hace mucho tiempo, se oculta en el fondo del psicoanálisis esta contradicción secreta; ahora, proporcionalmente a la amplitud del examen, crece de manera desmesurada: Freud debería tomar una decisión definitiva; es justamente aquí, en el dominio psicológico, donde debería pronunciarse por la preponderancia de la razón o del instinto. Pero para él, que no sabe mentir y que rehusa siempre mentirse a sí mismo, esta elección es terriblemente difícil. ¿Cómo sacar conclusiones? Ante su propia perplejidad, el anciano acaba de ver la confirmación de su teoría del dominio de los

instintos sobre la razón consciente por la psicosis colectiva de la guerra mundial: nunca se había advertido tan siniestramente como en estos cuatro años apocalípticos lo delgada que es todavía la capa de civilización que oculta la violencia de nuestros instintos sanguinarios, y cómo un solo empuje del inconsciente basta para derribar todos los edificios audaces del espíritu y todos los templos de la moral. Ha visto sacrificar la religión, la cultura, todo lo que ennoblece y eleva la vida consciente del hombre al placer salvaje y primitivo de la destrucción; todas las potencias santas y santificadas se han mostrado una vez más de una debilidad pueril frente al instinto, sordo y sediento de sangre, del hombre primitivo. Sin embargo, algo en Freud se resiste a reconocer como definitiva esta derrota moral de la humanidad. Porque, ¿de qué sirve la razón, de qué sirve que él mismo se haya sacrificado durante décadas por la ciencia y la verdad, si, al fin de cuentas, toda conquista de la humanidad resulta impotente contra su inconsciente? Incorruptiblemente honrado, Freud no se atreve a negar ni la potencia activa de la razón ni la fuerza incalculable del instinto. Por eso, para terminar, contesta con prudencia a la pregunta que se ha planteado—previendo así un "tercer reino del alma"—por un vago "tal vez", "tal vez un día muy lejano", porque no querría volver de este viaje tardío sin ningún consuelo. Es conmovedor comprobar que su voz, siempre tan severa, se hace conciliadora y dulce en el atardecer de la vida y quiere mostrar a la humanidad, al fin de su camino, una luz de esperanza: "Podemos continuar diciendo con razón que el intelecto humano es débil en comparación con los instintos.

Pero esta debilidad es cosa singular: la voz del intelecto es baja, pero no calla hasta que no se hace oír. Al fin, después de innumerables fracasos, triunfa siempre. Es uno de los aspectos en los cuales se puede estar optimista con respecto al porvenir de la humanidad, pero no es poca cosa en sí. El predominio del intelecto se encuentra, seguramente, en una región lejana, pero que no es, probablemente, inaccesible".

Son palabras maravillosas. Pero esta pequeña luz en la obscuridad vacila en un porvenir demasiado vago para que el alma interrogadora, helada por la realidad, pueda reconfortarse. Toda "probabilidad" es un consuelo mezquino y ningún "tal vez" apaga la sed inextinguible de fe en certidumbres supremas. Aquí nos encontramos ante el límite infranqueable del psicoanálisis: allá donde comienza el reino de las creencias interiores, de la confianza creadora, su potencia se agota; enemiga consciente de toda ilusión y de todo miraje, no tiene alas para alcanzar estas regiones elevadas. Ciencia exclusiva del individuo, del alma individual, no sabe nada y no quiere saber nada de un sentido colectivo o de una misión metafísica de la humanidad; es por eso que no reconforta el alma humana y se limita a aclarar los hechos psíquicos. No puede dar más que salud y la salud sola no basta. Para ser fecunda y feliz, la humanidad necesita ser fortificada constantemente por una fe que dé un sentido a su vida. El psicoanálisis no recurre ni al opio de las religiones, ni a los éxtasis perturbadores de las promesas ditirámbicas de Nietzsche, no asegura ni promete nada: prefiere callarse y consolar. Esta sinceridad, engendrada enteramente por el

espíritu severo y leal de Sigmund Freud, es admirable desde el punto de vista moral. Pero a todo lo que no es más que verdadero se mezcla siempre un grano de amargura y de escepticismo; sobre todo lo que no es más que razón y análisis se extiende cierta sombra trágica. Hay indiscutiblemente en el psicoanálisis algo que esquiva lo divino, algo que tiene un poco de tierra y de cenizas, como todo lo que no es sino humano, no hace ni libre ni feliz; la sinceridad puede enriquecer admirablemente el espíritu, pero no puede dar plena satisfacción al sentimiento, no puede enseñar a la humanidad a "superarse", que es la satisfacción más loca y, por lo tanto, más necesaria. El hombre—¿quién lo ha probado mejor que Freud?—no puede, aún en el sentido físico, vivir sin soñar: su cuerpo frágil estallaría bajo la presión de los sentimientos irrealizados; ¿cómo podría, entonces, soportar el alma de la humanidad una existencia sin esperanzas de un sentido más elevado, sin los sueños de la fe? Es por eso que la ciencia puede demostrarle a cada paso la puerilidad de sus creaciones divinas: para no caer en el nihilismo, su placer creador querrá siempre dar un sentido nuevo al universo, porque esta alegría del esfuerzo es ya en sí misma el sentido más profundo de toda vida espiritual.

Para el alma hambrienta de creencias, la razón, fría y lúcida, el rigor, el realismo del psicoanálisis no es un alimento. Aporta experiencias y nada más; puede dar una explicación de las realidades, pero no del universo, al que no atribuye ningún sentido. Allí está su límite. Mejor que todo otro método espiritual anterior, ha sabido aproximar al hombre a su propio Yo, pero no ha sabido—lo que sería necesario para

la satisfacción total del sentimiento—hacerlo salir de ese Yo. Analiza, diseca, divide, indica a cada vida su propio sentido, pero no sabe sintetizar estos mil y mil elementos y darles un sentido común. Para ser realmente creador, sería necesario que su pensamiento, que aclara y descompone, fuera completado por otro que reuniera e hiciera la fusión: después del psicoanálisis, la psicosíntesis, fusión que será tal vez la ciencia de mañana. Por largo que sea el camino recorrido por Freud, quedan más allá vastos dominios por explorar. Ya que el arte de interpretación del psicoanálisis ha mostrado al alma los lazos secretos que frenan su impulso, otras podrían hablarle de su libertad, enseñarle a salir de sí misma y unirse al Todo universal.

CAPITULO NOVENO

Alcance en el tiempo

> Al individuo que nace de lo Unico y de lo Múltiple y que, desde su nacimiento, lleva en sí tanto lo definido como lo indefinido, no queremos dejarlo desvanecerse en lo ilimitado antes de haber revisado todas sus categorías de representaciones, que son el intermediario entre lo Unico y lo Múltiple.
>
> *Platón.*

Dos descubrimientos de una simultaneidad simbólica se producen en la última década del siglo XIX: en Wurzburg, un físico apenas conocido, de nombre Wilhelm Roentgen, prueba, por una experiencia inesperada, la posibilidad de ver a través del cuerpo humano, que se consideraba hasta entonces impenetrable. En Viena, un médico, también poco conocido, Sigmund Freud, descubre la misma posibilidad para el alma. Los dos métodos no sólo modifican las bases de sus propias ciencias, sino que fecundan todos los territorios vecinos; por una ampliación notable, la medicina saca provecho del descubrimiento del físico y el del médico enriquece la psicofísica, la doctrina de las fuerzas del alma.

Gracias al grandioso descubrimiento de Freud, cuyos resultados están lejos de agotarse, la psicología científica sobrepasa, por fin, los límites de su exclusividad académica y teórica y entra en la vida práctica. Gracias a él, la psicología se hace aplicable, por

primera vez, a todas las creaciones del espíritu. Porque, ¿qué era la psicología de antes? Un ramo escolar, una ciencia teórica especial, aprisionada en las universidades y los seminarios, que engendra libros llenos de fórmulas ilegibles e insoportables. Aquel que la estudiaba no sabía más sobre sí mismo y sus leyes individuales, que si se hubiera dedicado al sánscrito o a la astronomía; y el gran público, con certero instinto, consideraba que sus resultados de laboratorio no tenían alcance, puesto que eran totalmente abstractos. Haciendo pasar con gesto decidido el estudio del alma de lo teórico a lo individual y haciendo de la cristalización de la personalidad un objeto de investigaciones, Freud traslada la psicología escolar a la realidad y la hace de importancia vital para el hombre, puesto que la hace aplicable. Sólo ahora la psicología puede ayudar a la pedagogía en la formación del ser humano en crecimiento; cooperar a la curación del enfermo; asesorar el enjuiciamiento del delincuente; hacer comprender las creaciones artísticas y, al mismo tiempo que trata de explicar a cada uno su individualidad que es siempre única, viene en auxilio de todos. Porque el que ha aprendido a conocer el ser humano en sí mismo lo comprende en todos los hombres.

Orientando así la psicología hacia el alma individual, Freud ha emancipado inconscientemente la voluntad más íntima de la época. Nunca fué el hombre más curioso de su propio Yo, de su personalidad, que en nuestro siglo de monotonización creciente de la vida. El siglo de la técnica uniforma y anula la personalidad del individuo, del que hace un tipo incoloro: percibiendo un mismo salario por categoría, ha-

bitando en las mismas casas, llevando los mismos vestidos, trabajando a las mismas horas, en la misma máquina, buscando después un refugio en distracciones de igual género, ante la misma radio, el mismo disco fonográfico, dedicándose a los mismos deportes, los individuos se parecen más y más, hasta límites espantables. Sus ciudades con las mismas calles tienen cada vez menos interés, sus naciones son siempre más homogéneas; la gigantesca guadaña de la racionalización cercena todas las distinciones aparentes. Pero a pesar de que nuestra superficie está tallada en serie y que los hombres son clasificados por decenas conforme al tipo colectivo, en medio de la uniformación progresiva de las formas de vida, cada individuo aprecia más y más la importancia de la única capa vital de su ser que es inaccesible y que escapa a la influencia externa: su personalidad única e imposible de reproducir. Ha llegado a ser la medida suprema y casi única del hombre, y no es una casualidad el que todas las artes y todas las ciencias sirvan ahora tan apasionadamente a la caracterología. La doctrina de los tipos, el estudio de la descendencia, la teoría de la herencia, las investigaciones sobre la periodicidad individual se esfuerzan en separar, de manera cada vez más sistemática, lo particular de lo general. En literatura, la biografía profundiza la ciencia de la personalidad; métodos de examen de la fisonomía interior—como la astrología, la quiromancía, la grafología, a los que se creía definitivamente muertos—se desarrollan en forma inesperada en nuestros días. De todos los enigmas de la existencia, ninguno importa tanto al hombre de hoy como la revelación de su ser y de su pro-

pio desarrollo, como las condiciones especiales y las particularidades únicas de su personalidad.

Freud ha aportado a este centro de vida interior su ciencia psíquica. Por primera vez ha desarrollado, alcanzando una grandeza poética, el elemento dramático de la cristalización de la personalidad humana, ese vaivén ardiente y turbio de la región crepuscular entre la conciencia y la inconsciencia, donde el choque más ínfimo alcanza las consecuencias más vastas, donde el pasado se une al presente por los engranajes más singulares, verdadero cosmos en la esfera estrecha del cuerpo y de la sangre, imposible de abarcar en su conjunto con la mirada, y hermoso, sin embargo, de contemplar como una obra de arte en su insondable conformidad con las leyes internas. Pero las leyes que gobiernan a un hombre—y es esta la revolución radical aportada por su doctrina—no pueden ser juzgadas nunca según un esquema escolar; es necesario que sean probadas, experimentadas y reconocidas por este hecho, como valores únicos. No se puede comprender una personalidad por medio de una fórmula rígida, sino única y exclusivamente por la forma de su destino, desprendiéndola de su propia vida. Es por eso que todo tratamiento médico, toda ayuda moral supone, ante todo, saber, un saber afirmativo, simpatizante y, por eso, verdaderamente intuitivo. El comienzo obligado de toda ciencia y de toda medicina psíquica supone para Freud el respeto por la personalidad, ese "misterio revelado", según el sentir goethiano; Freud, más que nadie, enseñó a reverenciarla como mandamiento moral. Gracias a él, miles y centenas de miles de seres han comprendido, por primera vez, la fragilidad del al-

ma, en especial del alma infantil; a la vista de las heridas descubiertas por él, han comenzado a darse cuenta de que todo gesto grosero, toda intervención brutal—basta, a veces, una palabra—en esta materia infinitamente delicada, dotada de un poder misterioso para recordar, puede destruir un destino, que, en consecuencia, toda amenaza, prohibición, castigo o corrección irreflexiva carga a su autor con una responsabilidad desconocida hasta entonces. El respeto a la personalidad, aun en sus errores, es lo que Freud ha introducido profundamente en la conciencia de hoy, en la escuela, en la iglesia, en el tribunal, refugios todos del rigor. Por esta visión más acabada de las leyes psíquicas, propagó por el mundo una mayor delicadeza y una mayor indulgencia. El arte de comprenderse mutuamente, el más importante en las relaciones humanas y el que se ha hecho cada vez más necesario entre las naciones, es el único que puede ayudarnos en la construcción de una humanidad superior. Este arte no ha aprovechado tanto de ningún método actual—que se refiera a los dominios del espíritu—como de la doctrina freudiana de la personalidad; gracias a Freud, se ha valorado por primera vez, en un sentido nuevo y activo, la importancia del individuo, la unidad irreemplazable del alma humana. No hay en Europa, en todos los dominios del arte, del estudio, de las ciencias vitales, un solo hombre importante cuyas concepciones no hayan sido influídas de manera creadora—directa o indirectamente, de grado o por fuerza—por las ideas de Freud; en todas partes, este hombre solitario ha alcanzado el centro de la vida: lo humano. Y en tanto que los especialistas siguen rebelándose contra el hecho de que esta

obra no está rigurosamente ajustada a las reglas de la enseñanza médica, filosófica u otra; en tanto que los sabios oficiales discuten aún furiosamente los detalles y las finalidades, la teoría de Freud ha hecho sus pruebas y se ha demostrado irrefutablemente verdadera—verdadera en el sentido creador, según la expresión inolvidable de Goethe: "Sólo lo que es fecundo es verdadero".

FIN


PAX